

EL CONTABLE

y otros cuentos

Francisco Guadaño



EL CONTABLE
Y OTROS CUENTOX

CENSURADO POR AMAZON KINDLE

EL CONTABLE

Presentación

LA PROVOCACIÓN

KIKI Y BOBO

NO SOY HENRY

Nota del autor

PRESENTACIÓN

Nada puedo decir sobre el origen de este relato, y muy poco sobre su autor. Encontré el manuscrito en el cajón de un escritorio, sepultado bajo un farrago de utensilios de oficina ya inservibles, bolígrafos con la carga seca, frasquitos de líquido evaporado, clips y grapas unidos por el óxido... El mueble y todo su contenido formaban parte del ajuar de una casita rural que compré el verano pasado, y estaban destinados al vertedero municipal.

Hacía ya algún tiempo que me rondaba la idea de cambiar de aires para guarecerme del ajetreo encanallado de la ciudad. En realidad, no era más que una de las muchas ideas que al cabo del día llega a formularse cualquiera que esté en desacuerdo con la vida que lleva, ideas que rara vez se materializan. Pero a veces el azar surge de un modo inesperado para ayudarnos a resolver nuestras indecisiones. A mí me ocurrió durante una caminata por las estribaciones de Gredos. Ver la casa y prendarme de ella fue todo uno. La envidia por su morador solo fue superada por la alegría de comprobar que estaba en venta. En ese instante di por terminada la excursión y emprendí apresuradamente el camino de regreso. Nada más llegar a casa traté de ponerme en contacto con el vendedor, pero nadie respondió al teléfono. Tuve que sujetar mi impaciencia durante doce horas antes de que el gestor encargado de la venta me contara lo siguiente: el dueño de la casa, un individuo misántropo, había fallecido en el interior de la vivienda, sin que su cadáver fuera encontrado hasta pasado algún tiempo, cuando un caminante tan curioso como yo coló su cabeza por una ventana entreabierta y el tufo casi lo tiró de espaldas. El

muerto tenía cuatro hijos, dos varones y dos mujeres que, si en vida lo habían aborrecido, a su fin ni siquiera se pasaron por la casa, encargando al gestor su venta con todo lo que hubiera dentro. La historia me pareció abominable, pero el precio era una ganga. La compré sin demora.

Tomé posesión de mi nueva residencia sin experimentar la menor aprensión por la vida y muerte de su anterior propietario. Si acaso, la lógica interrogante sobre el tipo de perversiones que lo llevaron a merecer el odio de sus descendientes. Tras comprobar que los herederos no habían perdido nada con su renuncia a las pertenencias de su padre, me propuse deshacerme de todos los muebles y mandar traer los míos. En eso estaba cuando encontré un manuscrito firmado por el difunto. Me pareció inmoral silenciar el hallazgo, porque una cosa es la propiedad material y otra la intelectual. Como era de esperar, el gestor se negó a facilitarme el teléfono de ninguno de los hijos, pero los encontré en la guía telefónica. Llamé primero al mayor. Le comuniqué la existencia de un escrito paterno y, tras su rechazo a visitar la casa del ogro, me brindé a llevárselo yo mismo. Claramente molesto, declinó mi ofrecimiento y me recomendó que tirase el texto a la basura, junto a cualquier otra cosa que pudiera encontrar en la casa. Uno a uno fui llamando al resto de los hijos, y todos coincidieron en repudiar el legado y hasta en negar que su padre tuviese la menor afición a la escritura. Finalmente, asumí que la muerte del autor y la elusión de su descendencia me convertían en legatario del manuscrito. Fue entonces, y no antes, cuando me atreví a echarle una ojeada.

Se llamaba *Un contable sabe contar*, y estaba dividido en tres capítulos. El título del primero, *La provocación*, era una evidente declaración de intenciones. No había leído la segunda página cuando la sensación de transitar por el interior de una cloaca me indujo a dar por finalizada la lectura. Era como si el autor no

tuviese otro propósito que ahuyentarme de su obra. Cerré el manuscrito y levanté la vista para que el mar de clorofila, el horizonte remoto y el cielo sin nubes, desinfectasen mi mente de la inmundicia en que el relato la había sumido. Cuando mi espíritu recuperó la pulcritud, pensé en continuar con las tareas de limpieza, pero estaba tan cansado y me sentía tan a gusto sentado en la mecedora del porche, que no fui capaz de ponerme en pie. No sé bien por qué lo hice, probablemente por mi hábito de acabar todo lo que empiezo, pero lo cierto es que, al cabo de unos minutos, reanudé la lectura en el punto en que la había dejado. Justo donde el autor decía: «Lo sé, lo sé, me estoy pasando de la raya. Pido perdón por ello.» Acepté sus disculpas. Superada la fase escatológica, el narrador trasladaba su provocación al entorno erótico. Reconozco que este aspecto me resultó más llevadero, pero lo que me impulsó a seguir adelante fue la corazonada de que aquellas primeras páginas, ciertamente deleznable, no eran más que una prueba de aguante que el lector debía superar antes de verse inmerso en una aventura surrealista y vertiginosa que lo compensaría del mal trago inicial. Ese fue mi caso. Tras haber reprimido varias veces el impulso de abortar su lectura, llegó un momento en que no pude ya ponerle fin hasta conocer el desenlace de esta extravagante combinación de intriga y humor, de acción y ternura.

No diré más. Solo he querido prevenir al lector escrupuloso de que se enfrenta a unas páginas altamente desagradables, por lo que haría bien dándolas de lado. Aunque si persevera y logra dominar sus remilgos quizá se sienta recompensado.

LA PROVOCACIÓN

Hay algo en mi manera de relacionarme con la gente que provoca su rechazo ya durante la primera cita, la única, porque nunca hay una segunda. Admito que mi comportamiento es deliberadamente incómodo, pero su finalidad no es el agravio gratuito. Como podrán comprobar, si tienen a bien llegar hasta el fin de mi relato, mi carácter se encuentra en las antípodas de la misantropía. Paradójicamente, de ahí viene el problema: me intereso tanto por las personas que la impaciencia me lleva a tratar de conocerlas a fondo lo antes posible. No entiendo a esos cabeza hueca que se ven cada fin de semana con otros, hablan, ríen, discuten y, al cabo de varios meses, no se conocen sino en apariencia. Yo necesito saber cómo son aquellos que el azar pone en mi camino, encontrar la razón de esta coincidencia. Oí que a la gente se la conoce a través del juego. Pero a mí los juegos de azar no me gustan y el ajedrez es muy lento. Mi tiempo es demasiado valioso para dejarlo correr de un modo improductivo. Por eso he desarrollado mi propia estrategia, basada en la emboscada psicológica: consiste en invitar a cenar a mis nuevos conocidos y enfrentarlos con alguno de esos temas que tienen la propiedad de crispar a la gente común, y que los papanatas califican de cochinas.

Dada la nefasta repercusión que esta práctica, en principio inofensiva, ha tenido sobre mi vida, creo aconsejable referir con todo detalle lo que ocurrió en una de aquellas reuniones, la última de mi primera etapa, hecho este que no solo ilustrará mi conducta, sino que podrá servir de alarma a quienes, inadvertidamente, compartan mi aborrecida inclinación.

Fue hace cosa de un año. Durante una soporífera reunión de empresa fui sentado entre dos tipos a los que, llevado por mi declarado interés hacia mis congéneres, dediqué más atención que al conferenciante. Uno de ellos, Lucio, era un hombre obeso que se pasó el sermón royendo su lapicero. Nervios, pensé. Luego, durante el almuerzo, comprobé que era voracidad. El otro, Germán, carne de espejo y gimnasio, hacía tales esfuerzos por entender los argumentos del ponente, que su lapicero no corrió mejor suerte que el de Lucio, quebrándose entre la cuadratura de su puño. Pese a tales muestras de apetito y vigor, los invité a cenar, ofrecimiento que ellos aceptaron.

Debo aclarar que en la expresión *nuevos conocidos*, el uso del calificativo resultaba ocioso: debido a mi vocación, mis conocidos eran siempre nuevos. Pude captar a Lucio y Germán gracias a que la reunión era de ámbito estatal. Su alojamiento en un hotel de dos estrellas y su falta de información sobre mí me dieron la rara oportunidad de contar con invitados. Con la gente de Madrid mis posibilidades se habían agotado hacía tiempo.

Mientras Merche, mi inmerecida esposa, se esforzaba en prepararlo todo para que la cena resultase agradable, tarea condenada de antemano al fracaso, yo cogí el candelabro del aparador con intención de llevarlo al centro de la mesa. A través del espejo pude atrapar su gesto de resignado reproche. Solamente lo enciendo cuando tenemos invitados y nunca cuando comemos solos, pero lo que Merche desaprobaba no era mi aparente desapego conyugal, sino algo que ahora mismo revelaré. Se trata de un candelabro de cinco brazos, en cada uno de los cuales arde una vela de un color distinto al de las otras cuatro. Sería encantador a no ser porque entre las velas perfumadas siempre coloco una especial, que compro en la tienda de artículos de broma, y que al quemarse suelta un olor fétido. Suelo encender las mechas momentos antes de que Merche sirva un platillo de su

especialidad, consistente en arroz con butifarra y gorgonzola, de modo que el olor comience a ser perceptible a los pocos minutos de que nuestros invitados hayan perpetrado su ataque al manjar. Entonces empiezan a mirarse unos a otros, tratando de descubrir al autor de la flatulencia. Naturalmente, antes de que el clima se cargue demasiado, aclaro la situación. Mis risas nunca han sido secundadas, pero yo insisto en ellas mientras retiro la vela hedionda y disimulo su pestilencia con un ambientador. Diez minutos después, nadie me guarda rencor por el incidente. Al menos, eso creo.

Aquella noche, a Lucio lo acompañaba Carlota, una mujer dulce y aparatosa como un vals. «Lo que nos ha costado encontrar un taxi», dijo al llegar, y yo pensé que los chóferes se habrían escondido al verlos, porque el volumen global de la pareja demandaba un capitoné. Germán se había hecho acompañar por Fina, esbelta, de aspecto un tanto quebradizo y prácticamente muda, probablemente siguiendo una consigna. Ambos las presentaron como sus esposas respectivas, aunque en el caso de Fina resultaba difícil atribuirle una ligazón estable. Por lo demás, las dos coincidían en ser bellas y en cuestionar, cada una por una punta, los límites de nuestro sistema de pesos y medidas.

Como cabía esperar, los cuatro encajaron el episodio del cirio fétido sin mayores problemas. Solo el ceño de Germán me hizo recelar que no hubiera entendido la broma. Quizá fuese un pedorro habitual y la burla lo hubiese afectado en lo personal. Tratando de sondear su estado de ánimo le dirigí un segundo ataque.

—La verdad es que en algunos aspectos no hemos progresado en absoluto. Por muy evolucionados que nos creamos, seguimos alimentando fobias y proyectando rechazos sobre temas inherentes a nuestra propia esencia. No hay más que ver cómo

reaccionamos ante cosas tan naturales como el olor de ese cirio. Y no digamos si uno de estos platos contuviera... una mierda.

Esta sí que no se la esperaba. Su estupor fue tan descomunal que ni siquiera enarcó una ceja, limitándose a ladear la cabeza buscando la reacción de Lucio. Este, que desde que vio ante sí el primer plato con cosillas para picar no había dejado de mover las manos de la mesa a la boca, se detuvo de golpe, manteniendo a medio camino un puñado de almendras fritas. La conmoción general demandaba una explicación.

—Entenderme bien, no quiero parecer grosero. Es solo que me gusta comportarme de un modo natural. No veo qué hay de malo en bostezar en plena cara de quien me aburre, o en hurgarme los dientes con un palillo para desincrustar algún resto de comida, o en llamar a las cosas por su nombre. Si esto me hace diferente, es porque lo normal es el disimulo: apretar las mandíbulas para no revelar el tedio, esconder la maniobra del palillo tapando la boca con la otra mano, emplear los eufemismos más rebuscados, como si las palabras fueran responsables de su significado. Lo entiendo, porque hubo un tiempo en el que yo también creía que con esos fingimientos demostraba un nivel superior de educación.

Mientras yo mantenía mi tira y afloja verbal, Merche había puesto sobre la mesa unas tostas de bacalao al ajoarriero, cuyo aroma encandiló a Lucio y Carlota. Ella pidió otro brioche porque el primero se lo había engullido en dos bocados. Fina, que ni había tocado el arroz, mordisqueaba un langostino con displicencia. Germán alargó el brazo para coger la última croqueta. Cuando todos tuvieron la boca llena, retomé la provocación.

—El día en que volví mis ojos hacia los niños y las criaturas virginales, comprendí que la mierda solo es asquerosa si la vemos como mierda. Pero en realidad no es más que una forma de

materia orgánica, como el pus, las legañas, los mocos... ¡Los mocos! —le estampé directamente a Germán—. ¡Una secreción natural de las mucosas! ¿Por qué dan asco? Puro convencionalismo. En el caso de la mierda se podría decir: ¡es que huele! Vale, pero los mocos no. Es más, seguro que cuando eras pequeño más de una vez te los has comido.

Lo sé, lo sé, me estoy pasando de la raya. Pido perdón por ello, pero la reproducción exacta del lenguaje empleado por mí durante aquella cena es imprescindible para que el lector pueda comprender la reacción de mis comensales. Una elipsis habría sido más elegante, pero menos eficaz. Y menos honesta por mi parte. De este modo, asumo ahora como narrador el mismo riesgo que asumí aquella noche como anfitrión. Puesto que ningún comensal se levantó de su silla hasta el final de la cena, confío en que ningún lector cerrará el libro antes de acabar su lectura.

Germán dejó caer una mano de hierro sobre la mesa.

—¡Por favor, que estamos comiendo!

—¡Perdón, perdón! Ya os dije que no todo el mundo es capaz de vencer los convencionalismos. Si tú crees que esta conversación no es la más adecuada para este momento, la dejamos para la sobremesa.

Y antes de que pudiera replicar, pregunté a Fina si tenían hijos. Estuve oportuno. Germán se desentendió de mí para centrarse en su acompañante que se limitó a curvar los labios con una sonrisa maliciosa. Aunque ninguno de los dos respondió, yo continué como si lo hubieran hecho.

—Merche y yo, tampoco. Creemos que es la mejor opción, porque donde hay hijos se acabó el albedrío.

—¡No estoy de acuerdo! —protestó Carlota, y lo hizo de un modo tan vehemente que un trozo de bacalao saltó de su boca con el ímpetu de un pez vivo que escapase de la red, algo que

supuse habitual en ella, porque no repugnó a Lucio—. Los hijos son la base de la familia.

—¡La familia! —repetí, sacudiendo la cabeza con indulgencia—. Carlota, perdona que te lo diga, pero la familia es una fuente de discordias. Anoche, sin ir más lejos, nos llamó la hermana de Merche para decirnos que éramos unos cerdos, porque, sabiendo que ellos le habían comprado una cassette a Manu, vamos nosotros y le regalamos un walkman, y que lo mismo les hicimos en la boda de Maritina... Y Merche que entra al trapo: peor es lo que hicisteis vosotros con el cumpleaños de Juanma. Le digo, mira, mándala a tomar por el culo y cuelga. Y ella: tú no te metas, que es mi hermana. ¡Joder, y yo soy tu marido! ¿Y qué? ¡Estas son cosas de mujeres! Me levanté, pegué un portazo y me fui a la cama. Fin de la primera parte, en la cual la Familia jode la charca. Ahora viene la segunda, en la cual, la Pareja, consciente de que solo se tienen el uno al otro, busca ansiosamente la reconciliación. Viene Merche, se sienta junto a mí, en el borde de la cama y yo, sin decir una palabra la beso en los hombros, le bajo las hombreras del sujetador y le acaricio los pechos hasta hacerles recobrar la dureza de los veinte años.

Lucio carraspeó con fuerza, como si algo se le hubiera atragantado de pronto. Carlota se quedó con la boca abierta, esta vez extrañamente vacía. Germán fue incapaz de reprimir un vistazo furtivo a los senos de Merche. Fina me miró con un fulgor especial, que entonces no supe interpretar.

—¿Veis como tengo razón? Os cuento una pelea conyugal y es como si oyeseis al hombre del tiempo: cada cual a su plato. En cambio, menciono un acto de amor, y os ponéis en guardia. Vamos, que aceptáis la hostilidad como algo cotidiano y el sexo como un tabú.

Esta vez fue Lucio quien plantó cara.

—¡Qué tabú ni qué...! Yo no tengo nada contra el sexo, pero de ahí a comentarlo en público...

—Mucho más fácil que en privado, ¿no? Todos los hombres que conozco hablan de su actividad sexual más libremente con sus amigos que con su mujer. Tú mismo. Estoy seguro de que, después de hacer el amor con Carlota, no le dices: ¿Sabes? Hemos empezado bien pero te has relajado demasiado pronto; quiero decir que, como yo retraso la eyaculación para prolongar tu meseta orgásmica, si cuando tú estás satisfecha distiendes los músculos vaginales, entre tus flujos y mis líquidos precoitales el exceso de lubricación impide que mi pene tenga el roce que demanda para eyacular.

Sorprendentemente, Carlota dejó escapar una risa alborotada que, tras un cruce de miradas con Lucio, se fue debilitando hasta quedar reducida a una risita nerviosa. Finalmente, se convirtió en algo parecido a un hipo. Lucio porfió:

—Ni que tuvieras un manual de sexología bajo la almohada. Pues que sepas que a nosotros no nos hace falta decirnos nada. Demasiado sabemos los dos si lo hemos pasado bien.

Reconozco que tampoco yo consulto con Merche los pormenores de nuestros lances amorosos, pero en mi caso no es por apuro. Es porque a mí lo único que me mueve a conversar es la provocación, y Merche es tan complaciente que no hay manera de provocarla, de modo que, para mí, hablar con ella de este o de otro tema sería perder el tiempo. Permítanme un inciso para aclarar que no siento ningún desprecio por mi mujer. Merche es una santa. Ella conoce lo más bajo y primitivo de mi ser, mis vicios y mis neuras, mis cicatrices y mis edemas. Y aun así, me soporta. Agradezco al destino, aunque nunca lo suficiente, que haya puesto a mi lado una mujer como ella. Sé que Merche haría por mí cualquier cosa, pero sé también que, para nuestra desgracia, mi redención escapa a sus posibilidades, igual que la de

don Juan a las de doña Inés. Aclarado este punto, continuó relatando mi disputa con el hombre que creía conocer el grado exacto de satisfacción alcanzado por su esposa durante el coito.

—Sí, claro, tú sabes cómo te fue, y Carlota cómo le fue a ella, pero ninguno sabéis cómo le ha ido al otro. Precisamente en el sexo es donde mejor se puede practicar el fingimiento —y esta vez miré intencionadamente a Carlota—. Sobre todo vosotras, las mujeres. Un hombre nunca puede tener la seguridad de que el orgasmo de su pareja haya sido sincero.

—¡Vaya que no! —saltó Lucio de nuevo—. Carlota nunca ha tenido que fingir un orgasmo porque yo sé perfectamente dónde tiene su punto débil.

—¿Dónde? —pregunté de forma refleja, sorprendido por la idea de que aquel cuerpo desmesurado albergara un punto débil.

—¡A ti te lo voy a decir!

—No, perdona, que no tengo el menor interés en saber dónde le hurgas a tu mujer.

Lo sentí por Carlota, que privada de su intimidad, ni siquiera se atrevía a levantar la vista del mantel. Pero solo llevando la discusión a un punto fronterizo con la reyerta podía precisar la firmeza de mis contrincantes. En este caso, la incertidumbre duró poco, porque su jactancia había llevado a Lucio demasiado lejos y lo asustó que Carlota pudiera poner en entredicho sus pretendidas nociones. Ante la eventualidad de verse atacado por dos frentes, arrojó la toalla.

Por un momento, el silencio amenazó con adueñarse de la mesa. Lucio estaba gastado, Carlota, avergonzada, Fina obedecía la consigna que previamente le habían marcado y Germán, después de protestar por mi insistencia en el tema escatológico, había encontrado la manera de resarcirse visualizando mis escarceos con Merche, cuyos pechos paladeó hasta quedarse adormilado en ellos como un bebé recién amamantado. En un

gesto de compensación, absolutamente involuntario, también yo dirigí una mirada al pecho de Fina. Su escote, abierto hasta más abajo de la boca del estómago, me reveló un par de cosas: que no usaba sujetador y que no le hacía falta. Pero ese no era mi objetivo.

—Y tú, Germán, ¿qué dices?

Le costó desprender los ojos del lecho donde dormitaban. Cuando lo hizo, me pareció ver en ellos un rencor blanquecino, como bañado en leche.

—¿De qué?

—De lo que estamos hablando.

—¿Estamos? Aquí el único que habla eres tú. ¿Y sabes qué? Tu rollo no me va.

A mi lado, Merche exhaló un suspiro apenas perceptible, quizás aliviada del peso obscuro que su docilidad la había obligado a soportar, quizás abatida por la certeza de que la velada, como tantas otras, se encaminaba a un desenlace abrupto.

—¿Rollo? No sé qué tiene de rollo descubrir que hay otras formas de pensar, de hacer las cosas. Hemos hablado de...

—¡Ya sabemos de lo que hemos hablado! No hace falta que nos lo repitas.

—Bueno, pues cambio de tema. Carlota, ¿qué hacéis vosotros después de cenar?

—Pues... nada en particular, lo que todo el mundo. Mientras yo recojo la mesa, Lucio mira la televisión... —había empezado a desgranar su exposición con un aire impersonal, como una actriz obligada por su oficio a recitar un guion en el que no cree, pero después de una breve pausa, en sus ojos brilló una emoción de revancha—. Bueno, lo de mirar es un decir, porque cuando vuelvo ya está resoplando.

—¿Y por qué no os olvidáis del televisor y de la mesa, y os vais a hacer el amor?

Súbitamente, Carlota comprendió que estaba a punto de caer en la misma trampa. Arrepentida de su osadía, cedió el testigo a su marido. Pero Lucio, desde la última refriega, solo buscaba la manera de levantarse y decir adiós sin parecer tan incivil como su anfitrión, retirada que estaba dispuesto a emprender de cualquier modo en cuanto Merche sirviera los postres.

A estas alturas, ya me había dado cuenta de que la única persona que no solo mantenía el aplomo, sino que hasta parecía disfrutar con mis dotes de maestro de ceremonias, era Fina. Redirigí la pregunta hacia ella.

—¿Y vosotros? ¿Hacéis el amor después de cenar?

Como era previsible, Germán se anticipó.

—Lo hacemos cuando se tercia.

—O sea de Pascuas a Ramos. ¡Qué lástima! No poner broche a una buena mesa con una buena cama es no entender la vida. ¡La cama es el mejor altar! Por supuesto, si la consagramos a Afrodita, no a Morfeo.

Germán me miró desafiante, chasqueando los nudillos.

—Y tú eres de los que invocan a Afrodita todos los días.

—Con la mayor devoción. Anoche, sin ir más lejos, alcé el cáliz tres veces.

Fina, la de pómulos prominentes, hombros escarpados, pecho exiguo y caderas puntiagudas, se inclinó hacia delante, dejando que su escote se abriera con una luminosidad carnal que inundó toda la mesa. Su incuria en este aspecto contrastó con el celo de Carlota, que a pesar de llevar un vestido bastante cerrado no pudo evitar darse un tirón hacia arriba. Germán miró de reojo a su acompañante y amagó con levantarse. Decidí ayudarle.

—Hoy, como estáis vosotros, había pensado que...

La pausa estaba programada. La hacía siempre, al llegar este momento, para incentivar el clímax. Pero esa noche, sobreexcitado por la ferocidad con que los ojos de Fina mordisqueaban mis

labios, la prolongué más de lo habitual. Irritado por mi tardanza, Germán preguntó:

—¿Qué?

Había llegado el momento de dar el golpe definitivo.

—Que en una ocasión como esta bien podría cambiar Afrodita por Dioniso y ofreceros una cama redonda.

Germán descargó un puñetazo sobre la mesa, se levantó, cogió del brazo a Fina y se dirigió a la puerta sin decir una palabra, seguido por Carlota y Lucio, que también se despidieron a la francesa. La reunión había sido un desastre y solamente por eso debería estar eufórico. Pero además, esa noche, me sentía dominado por otro tipo de exaltación inusitada. Llevado de este arrebato bestial, tan pronto nos quedamos solos abracé a Merche y la besé ferozmente, pellizcándole en una nalga hasta hacerle daño. Nunca antes me había dejado llevar por la pasión hasta ese extremo. Pero me gustó sentir su quejido estallando dentro de mi boca y comprobar que el dolor le daba a su aliento un sabor diferente, como si en la bocanada estremecida me entregase algo que no me había dado hasta ese momento.

Poco después de la medianoche sonó el teléfono. Escuché una voz como de línea erótica. Quizá por eso tuve el presentimiento de que aquella conversación me costaría cara.

—Hola, picha brava. ¿Has hecho ya tus tres brindis?

Aunque no había escuchado su voz en toda la cena, supe que era ella.

—¿Fina?

—¡Qué envidia me da tu mujer! Tan satisfecha. Y yo en cambio...

—Tú en cambio estás loca. ¿Cómo se te ocurre llamarme a estas horas?

—¿Qué quieres? Después de cómo me has puesto...

—¿Que yo te he puesto? Oye, si has interpretado mal mis palabras...

—A ver, a ver qué decías: hacer el amor, cama redonda... ¿Pues sabes que vas a tener razón? No sé cómo he podido confundir tus intenciones.

—Nada de lo que dije iba en serio, solo pretendía provocaros.

—Pues en mí has provocado un incendio y lo vas a tener que apagar.

—¡Que te lo apague Germán!

Mi grito sofocado no ondeó el silencio con mayor intensidad que lo habría hecho un susurro, pero aun así, Merche acabó por desvelarse. Sin decir una palabra, se giró hacia mí. Su rostro no revelaba la menor extrañeza, ni siquiera un interrogante. La prolongada convivencia con alguien tan peculiar como yo la hacía parecer estoica. Sin embargo, yo sé que sufría. Me apresuré a excusarme con Fina como lo haría con cualquier demandante inoportuno.

—Bueno, vale, pero ahora no. Es muy tarde. Mejor lo dejamos para mañana.

—Está bien, te dejo descansar. Pero mañana sales de casa, llamas al trabajo desde una cabina, dices que tienes fiebre y te vienes a mi consulta. Verás que pronto te bajo la calentura. Apunta: calle...

—No, bueno, verás, ya te llamo.

—Pero si no tienes mi teléfono.

—¡Que sí que lo tengo!

Mi creciente alteración contrastaba con la quietud de Merche, que simplemente miraba.

—Bueno, pues entonces, hasta mañana. Y si esta noche piensas en mí...

Colgué sin aguardar el final de la frase. Como consecuencia del tremendo sofoco que Fina me había hecho pasar, miles de poros desmesurados chorreaban sudor por todo mi cuerpo.

—¡Qué pesado! No veía el momento de colgar. Me voy a la ducha, que hace un calor.

Cuando volví, Merche quizá dormía. Yo no pude. Tal como Fina había sugerido, pensé en ella durante el resto de la noche.

Trataba de cuadrar ese asiento que nunca cuadra cuando sonó el teléfono. En realidad había estado sonando toda la mañana. Que si cuándo me tienes el balance, que si ojo con el IVA porque esa cuenta es de Canarias, que si... La primera vez, levanté el auricular con miedo, convencido de que sería ella. Luego, tras la enésima llamada rutinaria, el trabajo había acabado por absorberme hasta hacer que la mañana transcurriera como la de cualquier otra jornada. Justo entonces, escuché su voz.

—Hola, tigre, ¿te acuerdas de mí?

Sentí un estremecimiento ambiguo, hecho de miedo, expectación, deseo.

—Perdona, ya sé que habíamos quedado en que te llamaría, pero es que estoy muy liado esta mañana... Además, todo esto es un malentendido. Yo hablo de cosas que luego no llevo a la práctica. Ni siquiera he tenido una aventura fuera de mi matrimonio, no sabría cómo...

—Tranquilo, que te lo voy a poner muy fácil. ¿Sabes dónde tengo el punto débil? En todo el cuerpo. Hasta en las uñas de los pies.

Fue involuntario, lo juro, pero en ese momento la imaginé completamente desnuda, echada, ofrecida. La visión paralizó mi lengua y ella supo interpretar mi silencio.

—¡Eh, reacciona! Apunta, anda: a las dos y media en...

Anoté la cita y colgué, aturdido por la novedad. A diferencia de los otros, que siempre se batían en retirada y no querían volver a verme, Fina urdía en torno mío una tela de araña en la cual un mal presentimiento me decía que habría de caer. Cierto que aún estaba a tiempo de excusarme, pero entonces ella seguiría llamando, y quién sabe si no se presentaría en casa para contarle a Merche cualquier infundio. ¡Merche, mi pobre Merche! Hasta ahora, mi comportamiento no había tenido sobre ella más repercusión que un creciente aislamiento social con el que, todo hay que decirlo, no había perdido gran cosa. Pero esta intromisión directa en su vida sería tan dolorosa como innecesaria. Aunque solamente fuera por evitársela debía acudir a la cita con Fina y zanjar de una vez el asunto. Mi decisión se hizo tan firme que incluso admití la posibilidad de rendirme a sus pretensiones, si con ello conseguía evitar males mayores.

Pulsé el botón del telefonillo. La voz de un hombre me cogió por sorpresa. El asedio de Fina me tenía el seso tan sorbido que hasta me había olvidado de Germán. Estuve a punto de echar a correr. Tenía buenas razones para hacerlo. Una, mi notable desventaja muscular frente a él. Las otras sobran. Sin embargo, el propio miedo me impidió retroceder.

—¿E... eestá Fina?

—¡Joder con la puta! Es el botón de al lado, la letra B.

Revisé mi nota. En efecto, era la B, solo que con los nervios... Fina me recibió con un batín semiabierto.

—¡Vaya! Así que te has decidido. ¿Ves como pueden más dos tetas que dos carretas? Incluso unas como las mías, tan finas y punzantes que se te van a clavar en el corazón.

Sus dedos aflojaron el cinturón del batín para permitirme contemplar su desnudez completa, pero la cuestión prioritaria en mi cabeza era descartar la irrupción de Germán en plena faena.

—Entiéndeme, ya supongo que si me has citado a esta hora es porque no hay peligro, pero no dejo de pensar en lo incómodo que resultaría que se presentase de pronto.

Fina sonrió de un modo indescifrable.

—No te preocupes. Todos mis hombres desaparecen cuando les llega el momento. Y el tiempo de Germán expiró anoche.

Seguido de su mirada irónica, pasé junto a ella y me colé a través de una puerta que, como había imaginado, daba a un dormitorio. Me tranquilizó comprobar que nada sugería la presencia habitual de un hombre en aquel apartamento: ni útiles de afeitar en la taquilla, ni ropas masculinas en el armario. Una semana después, mi preocupación había desaparecido por completo con la evidencia de que Fina estaba disponible para mí a cualquier hora de cualquier día. Porque hubo más días. La especial voluptuosidad de Fina me hizo volver al día siguiente, y al otro, y cada vez se prolongaba más mi estancia entre sus brazos.

Luego, en casa, pretextaba algún trabajo extra para disculpar mi tardanza. No es que Merche me pidiera explicaciones (su sombra jamás oscureció mi espalda), pero yo estaba convencido de que debía dárselas, aunque fuesen rematadamente falsas. Por lo demás, tampoco le di motivo de queja. Mi relación con Fina me había conferido un fuego inextinguible, y como ellas eran de hechuras tan diferentes no tenía ningún problema para llegar al más alto grado de excitación con cualquiera de las dos.

Sin embargo, una situación así no podía tardar en embrollarse. Fue en nuestro décimo encuentro, cuando después de un coito heroico caí de bruces sobre la almohada y permanecí con los ojos cerrados, resoplando y sintiendo los hilillos de sudor correr por mi espalda. Pero no hacía calor en el dormitorio.

Intrigado por la persistencia del flujo, hice un escorzo con el brazo para palpar mi costado. En seguida comprobé que se trataba de una sustancia más densa y pegajosa que la que yo esperaba. Abrí los ojos y contemplé mi mano enrojecida. A mi lado, Fina sonreía satisfecha. Revisé su cuerpo y solo pude apreciar rastros de sangre en sus uñas y en las yemas de sus dedos. Tratando de dominar mi espanto, me palpé la espalda. Estaba surcada por profundos arañazos que, con la fiebre del combate, ni siquiera había advertido.

No sé qué me espantó más, si mi propia sangre o el gesto triunfal de Fina. Lo cierto es que, tumbado como estaba, di un brinco hacia el lado contrario y rodé fuera de la cama, encajando mi ojo derecho en el ángulo de la mesilla, conjunción que me produjo un inmediato eclipse ocular y un hematoma que me duró varios días. A partir de ese momento, la ocultación de mi doble vida se volvió problemática. No me fue difícil explicar lo del ojo. Un tropezón lo da cualquiera. Pero, ¿cómo sostener que ahora me apeteciese mantener la habitación a oscuras, cuando Merche sabía cuánto me excitaba descubrir de un modo gradual su cuerpo a medida que se desvestía? Y qué decir de mi insistencia en ponerme detrás de ella durante el acoplamiento, única posición que podía permitirme si quería evitar que me acariciase la espalda y se enganchara en los costurones.

Estaba asustado, pero aun así cada tarde dejaba el trabajo antes de la hora, alegando tener que acudir a rehabilitación porque me había hecho daño al levantar una caja, y me dirigía como un zombie a encontrarme con Fina. Yo, que tenía lo que tantos hombres ambicionan, una mujer sumisa y una amante lasciva, me sentía como un pobre diablo. Y ahí, en esa expresión tantas veces repetida sin pensar, tuve la enorme fortuna de encontrar la clave de mi degradación. Porque aquella palabra, *diablo*, resonó en mi interior de un modo premonitorio hasta

hacerme comprender que me había dejado seducir por un sicario de Satanás y que el verdadero nombre de Fina era Faustina. Sentí la angustia de un insecto al caer en la tela de una araña, de un negro al arder en la cruz del ku klux klan, de un vasco al traspasar las puertas de Intxaurrondo. Y, sin embargo, en medio de tan espantosa quimera, mi cerebro tuvo la lucidez necesaria para tomar una decisión obvia: si Fina era un súcubo, yo lo exorcizaría.

Pero, ¿cómo? Hacía tantos años que no pisaba una iglesia que ni siquiera sabía si seguían funcionando o, por acomodo a los nuevos tiempos, ya todos los fieles seguían la misa frente al televisor. Pregunté a una señora que por su edad e indumentaria parecía estar puesta en el tema.

—¡Huy, hijo, claro que hay iglesias! Pero la más cercana está un poco retirada. Tienes que bajar toda esta calle hasta el tercer cruce, el que tiene una zapatería en la esquina; allí te metes a la izquierda y cruzas otras dos calles. Bajas por la siguiente y...

Le di las gracias y me alejé de un modo tan precipitado que no escuché sus últimas palabras.

—Pero ahora no está abierta. Se cerró el día de San Benito y no abrirá hasta pasado San Lázaro. Las reformas, ya sabe.

Corrí como corremos los posesos, pregunté de nuevo y, por fin, llegué ante una fachada de poca altura, metida entre dos edificios de construcción moderna. Una cruz y un paso de procesión en bajo relieve adornaban su frontispicio. No había duda, allí encontraría lo que necesitaba, un hisopo, un crucifijo, un misal olvidado en un banco. Cargué contra la puerta, que no cedió ni un centímetro. Busqué un gozne piadoso, una rendija caritativa, pero mi angustia no despertó la compasión del templo. Desesperado, aporreé las maderas hasta que una voz me habló desde lo alto.

—¿Qué pasa, tío? Deja ya de dar la bulla.

Miré hacia arriba. La voz venía de la casa de la derecha. En una ventana del tercer piso había un hombre en camiseta, al que me dirigí implorando ayuda.

—Necesito agua bendita.

—Pues te has equivocado de puerta, el bar está más abajo. Aunque me da que ya vas bien cargado.

—¡Por favor! No he bebido, estoy sobrio. Solo quiero agua bendita.

—Y dale con el agua bendita. ¿Es que no puedes llamar a las cosas por su nombre? Si lo que quieres es algo pa' esnifar, en la droguería tienen mogollón de cosas guapas.

¡En la droguería! Nunca lo hubiera imaginado. Tantos años sumido en el descreimiento me habían convertido en un auténtico ignorante del mercadeo católico. Le pregunté por la droguería más cercana, le di las gracias y corrí de nuevo.

Reconocí en seguida la tienda por su escaparate lleno de botes de champú con la panza rechupada y pastillas de jabón con el envoltorio descolorido. Me precipité hasta el mostrador y sin pararme a recobrar el aliento pedí un litro de agua bendita. Mi aspecto alarmó al droguero.

—Lárguese o llamo a la policía.

Los maltrechos restos de lucidez que aún me quedaban, bastaron para hacerme comprender que el tipo no bromeaba. Balbuceé una disculpa y di unos pasos hacia la salida, pero antes de alcanzar la puerta me volví para preguntar con un hilo de voz:

—¿Sería tan amable de indicarme dónde puedo encontrar una iglesia que esté abierta?

Las palabras humildes y el tono lastimero de mi voz desconcertaron al hombre. Detrás del sujeto desquiciado que había entrado en su tienda con sabe Dios qué intenciones, descubrió de pronto un penitente desesperado en busca de redención. Contrito por lo impío de su primera reacción,

abandonó la parte de atrás del mostrador, llegó hasta mí, me pasó un brazo por el hombro y me acompañó hasta la acera. Allí me dio unas señas precisas y me siguió con la mirada, satisfecho por haberme ayudado a encontrar el camino de la salvación.

Encontré la iglesia sin dificultad. La pila bautismal estaba donde solían estar las que yo recordaba. Sin embargo, en mi aturdimiento no había tenido en cuenta proveerme de una vasija. Salí y busqué un autoservicio, donde compré una botella de agua laica que vacié en el alcorque de una falsa acacia. Volví junto a la pila y sumergí el recipiente en su interior. A aquellas horas solo había unas cuantas beatas sentadas en los primeros bancos, por lo que nadie oyó el burbujeo del aire escapando por el gollete.

Con el líquido purificador en mi poder recobré tal grado de serenidad que hasta pude reparar en lo extraño que resultaría presentarme en casa de mi amante llevando una botella de agua. Para no despertar las sospechas de Fina busqué una papelería y pedí que me envolvieran la botella en papel de regalo. Cuando entré en la casa de Satanás (había llegado a convencerme de que era él quien se escondía tras la apariencia femenina), el súcubo me miró intrigado tratando de adivinar lo que traía. «Ni lo sospechas —pensé—, tan listo como te crees». Le dije que era una sorpresa y le pedí que me esperase en el dormitorio, que, en seguida, iría yo. Me metí en el baño, deslié el envoltorio y vertí parte del contenido de la botella en dos vasos que cogí, uno en cada mano. Cuando me asomé a la alcoba, Faustina estaba tendida en la cama, ofreciéndome su cuerpo desnudo como cada tarde. Pero esta vez no iba a retorcerse de placer, sino de espanto, cuando el líquido santificado levantara ampollas en su carne pecaminosa y de su garganta blasfema surgiera el aterrador rugido de Leviatán. Llegué junto a ella, extendí los brazos y derramé todo el líquido sobre su cuerpo.

—¡Hey, qué haces! Si me acabo de duchar.

Debía de ser una diablesa impermeable, porque ni siquiera se lo tomó a mal. Intenté salir del paso.

—Ejem, hay mujeres a las que el contacto con el agua fría las hace más sensibles al placer.

—¿Es que el tigre tiene alguna queja de su gatita? ¿Le parece poco sensible? Está bien. Hoy procurará esmerarse. Ven aquí —y como yo vacilaba—. ¡Ven aquí!

Estaba poseído, así que obedecí.

Tenía frío, como cualquiera que anduviese descalzo por la escarcha. Creo haber dicho que no me gustan los juegos de azar, así que se podrían contar con los dedos de la mano las razones que me habían arrastrado hasta aquella timba de pordioseros. Una de ellas fue la extrema necesidad de conseguir una bufanda con la que entibiar mis bronquios. Como soy mal jugador, no la logré y en cambio perdí los zapatos. Desde entonces vagué por las calles semidesnudo y descalzo, intentando no sé por qué, sobrevivir a las heladas de aquel bullicioso diciembre. Creo que más que andar me impulsaba a golpes de tos. Pero no podía quedarme quieto. Si lo hacía, mis ojos se cerrarían para siempre. Así que me esforzaba en mantener aquel necesario movimiento errático sin importarme dónde estaba ni a dónde me dirigía: estaba vivo y trataba de alejarme de la muerte.

Hacía tiempo que había perdido el hábito de mirar al frente. A la altura de mi cara solo había escaparates hirientes y transeúntes que se apresuraban a esquivar mi asquerosa presencia. En cambio en el suelo encontraba litronas de las que aún podía extraer un trago y trozos de bollo ñoñamente mordisqueados. Además, debía prevenir un sinfín de zanjas y adoquines levantados que podían hacerme perder mi último equilibrio.

Todas estas miserias y asechanzas habían concentrado mi mundo en el plano horizontal. Sin embargo, hubo un momento en que un impulso inexplicable me hizo levantar la mirada. Teniendo en cuenta el nivel extremo de mi desnutrición, no cabe hablar de fuerza interna, sino de irreprimible anhelo del espíritu. Frente a mí el espacio se cortaba por un fino haz de luz filtrado a través de una rendija abierta en el portalón de un edificio que creí reconocer. Era el templo de la fachada recóndita y el paso de procesión en el tímpano. Abrí sus puertas y todo mi cuerpo fue bañado por la luz que irradiaba su interior. Me deslicé adentro. Quizá solo buscaba un poco de calor, pero estoy seguro de que en el fondo acariciaba la esperanza de encontrar algo más. Me eché a un lado para no disturbar a los asistentes y me refugié en una pequeña capilla presidida por una imagen que me miraba con increíble dulzura. Era una mujer de pómulos sonrosados y labios jugosos que se entreabrían para pronunciar mi nombre. Eran los mismos labios que tantas veces había besado, las mismas manos que tantas veces habían recorrido mi cuerpo demorándose en las zonas más erógenas, la misma cintura que tantas veces había acogido la mía para que yo la penetrase e inundase su vientre de lava seminal. ¡Era mi santa, mi Merche!

¡Cómo la había echado de menos! Recordé aquella tarde en que, tras haber desbaratado mi exorcismo, Fina me había atado a los barrotes de la cama y me había hecho disfrutar y sufrir hasta más allá de los límites de la razón. No sé cuándo llegó la noche, ni cuándo el día siguiente ni la siguiente noche, ni cuántas noches pasé atado a la cama, ingiriendo solamente bebedizos que ella misma preparaba y que me hacían desearla más y más. Solo recuerdo que un día desapareció, dejándome desnudo y atado. Cuando comprendí que ya no volvería más, empecé a gritar con las pocas fuerzas que aún tenía. No tardaron en golpear la puerta, suavemente primero, luego con mayor brusquedad. Finalmente,

la derribaron y un tropel de gente entró en la habitación. Me miraban como se mira a un animalillo en el zoo, tapándose las narices porque me había defecado en el colchón y la alcoba olía como la jaula de una mofeta. Dos hombres uniformados me desataron y, echándome una sábana por encima, me sacaron de allí.

No sé por qué fingí haber perdido la memoria. Seguramente porque era lo que entonces deseaba. Me ingresaron en un hospital sin nombre. Pero dos días después apareció Merche, conducida por un oficial. Se echó a llorar abrazada sobre mi pecho y ya no pude seguir fingiendo. Admití mi identidad y conté mi peripecia. Entre la policía y los periodistas despejaron las incógnitas. Fina no tenía ninguna relación sentimental con Germán. Solo había venido a Madrid como acompañante, aunque después, cuando él regresó a Barcelona, había decidido quedarse. En el momento de su detención tenía a otro imbécil encadenado a un lavabo. Más higiénico, pero menos cómodo.

El caso se convirtió en la serpiente de aquel verano y mi foto salió en todos los periódicos, dando pie a que me persiguiera una legión de reporteros amantes de las suciedades. La situación se hizo insoportable, no podía mirar de frente a mi pobre Merche, así que desaparecí de nuevo, esta vez para convertirme en vagabundo.

Y ahora ella me llamaba desde su altarcillo. Todo pecado tiene su penitencia y seguramente yo había cumplido la mía con creces. Descalzo, casi desnudo, pestilente e inane caí al suelo ante su imagen redentora. Cuando acudieron a auxiliarme les di el teléfono de casa.

Ahora no vivimos en Madrid. Después de aquel episodio deshonroso resultaba obligado poner tierra y mar de por medio, así que decidimos mudarnos a Palma de Mallorca. Ya dije que soy un buen contable, de modo que no me fue difícil encontrar un trabajo, no de mi valía, pero sí aceptablemente remunerado, que me permitió rehacer mi vida.

Este podría ser el final de este relato si, como declaraba al principio, su única pretensión fuese el que sirviera de advertencia a quienes comparten mi enfermedad. Pero mentí. El verdadero motivo de haber escarbado en mi historia es la búsqueda de una explicación a mi terca e insoslayable infelicidad. Ciertamente que a los pocos meses de instalarnos en la isla había recuperado la sonrisa e incluso llegué a albergar la esperanza de que todo volviese a ser como antes. En esa creencia hice nuevas amistades que, debido a mi incorregible proceder, no tardé en ahuyentar. Y como Palma no es muy grande, pronto agoté mis posibilidades de invitar a otras parejas a pasar una velada con nosotros. Finalmente, comprendí que mi mundo empezaba y terminaba en Merche.

En ese momento decidí convertirla en el centro exclusivo de mis atenciones, acechar cada uno de sus gestos para concederle el más insignificante de sus deseos aun antes de que lo pidiera. Mi implacable vigilancia fue recompensada con numerosas miradas de agradecimiento, pero también me reveló un detalle de nuestra relación carnal que, a pesar de su importancia, hasta entonces me había pasado desapercibido. Cada vez que era requerida, Merche cumplía fielmente con su deber conyugal. Se desnudaba lentamente, me dejaba acariciar sus pechos, entreabría sus muslos para que yo la penetrase. Pero me negaba su boca. Era como si considerase el intercambio de nuestros alientos más pecaminoso que mi eyacuación o sus orgasmos.

Y entonces experimenté un nuevo tormento. ¿Cómo saber si con su reserva bucal rechazaba el hedor de mis labios,

corrompidos por tanto beso adúltero, o trataba de preservar el aroma de otra boca más pura? Quizá tenía un amante, algún joven que hubiese acudido a nuestras reuniones con la intención de llevarse algo más que una merienda.

La idea de que Merche pudiera serme infiel me pareció tan inverosímil que la rechacé rotundamente un centenar de veces. Pero el centésimo primer asalto contó con el refuerzo de una evocación que lo trastocaba todo. Se trataba del jovencísimo Oriol, un lechuguino que no la quitó el ojo en toda la tarde. Recuerdo que Merche y él parecían tener las mismas preferencias alimenticias, porque sus manos no dejaron de encontrarse sobre las bandejas. Entonces todos reímos las coincidencias, pero ahora estoy seguro de que aquellos contactos no eran accidentales. Además, creo que esa fue la noche en que el teléfono sonó cuando ya dormíamos. El aparato, teníamos uno solo, estaba en el salón. Merche se levantó para cogerlo y volvió a la cama excitadísima, supongo, dándome alguna explicación a la que yo, medio adormilado, no concedí mayor importancia.

¡Qué ingenuo fui! Ahora ya es tarde. No hay nada que pueda hacer frente a Oriol, que, por carecer de empleo, dispone de todo el tiempo y de todas sus energías para cortejar a mi mujer. Seguro que no ha perdido el tiempo y desde el día siguiente se está acostando con ella. Seguro que desde ese encuentro Merche guarda su amor completo para su amante, y sus orgasmos conmigo son pura respuesta mecánica a la fricción, sin alma ni deseo.

No quiero tomar una decisión precipitada, pero de momento esta noche no haré el amor con ella. Y mañana no iré a trabajar. Necesito tiempo para reflexionar. Quizá vuelva a pordiosear. He comprobado que la isla no es tan dura como Madrid. Ni su clima ni el corazón de su gente. Aunque es tan reducida que Merche me

encontraría en seguida. A no ser que me oculte en un lugar aislado. Quizás en la Cartuja.

KIKI Y BOBO

Me incorporé sintiendo unas fuertes punzadas en la vejiga, consecuencia lógica de la media garrafa de alcohol ingerida en las horas anteriores. Con los ojos a medio abrir trompiqué por el mal conocido camino del aseo, alargué la mano hasta tocar la tapa del inodoro y, justo cuando me disponía a levantarla, un estruendoso chasquido procedente de la piscina me sobresaltó de tal modo que mi orina se esparció sin ningún control. Fue un ruido expansivo, como el de alguien tremendamente obeso que se hubiera lanzado en plancha, pero multiplicado por diez. Quizá fuese una ilusión de mi cabeza abotargada, pero lo cierto es que estaba seguro de haber sentido su salpicadura contra la vidriera del apartamento, situado en la tercera planta del edificio. Regresé al salón, donde había pasado la noche. En efecto, por los cristales del ventanal corrían gruesos chorretones de agua. Salí a la terraza sin prestar atención a mi completa desnudez, tal era el estado de alarma en que me encontraba. Allí abajo, la superficie del recipiente estaba encrespada y llena de espuma. Una considerable masa de agua había sido desplazada fuera de la gran bañera, encharcando el borde más próximo a las viviendas. Era todo lo que de momento pude distinguir. Intrigado, esperé a que las aguas se aclarasen convencido de que entonces podría descubrir algo. Así fue. Lentamente, el agua de la piscina recuperó su tinte azulado y desde el fondo afloró un cuerpo inerte, boca abajo, haciendo el muerto con la mayor propiedad. Correspondía a una mujer, aparentemente joven, desnuda y con una larga cabellera rubia dispersa en torno a su cabeza, como una gran medusa. La turbiedad mental provocada por la resaca no me impidió comprender que estaba muerta, ni tampoco especular sobre si

habría saltado por sí misma o alguien la habría lanzado desde una de las plantas superiores, a saber cual. Volví adentro, rebusqué la ropa esparcida y me vestí. Apenas tardé un par de minutos, pero cuando me asomé de nuevo a la terraza el cuerpo de la mujer había desaparecido. No cabía pensar en un desvarío de mis sentidos. El agua todavía rodaba por los cristales y había formado arroyitos que echaban carreras por el suelo de la terraza, buscando la meta del desagüe. Un vistazo a la fachada me confirmó que lo mismo hacían otros caños, achicando el agua de sus terrazas respectivas. Advertí que esto ocurría con mayor intensidad en la fila de apartamentos a la derecha del que yo ocupaba, lo que me llevó a deducir que el cuerpo había caído en la vertical de la puerta contigua y, por la violencia del impacto, desde una altura no inferior al séptimo piso. Salí al pasillo. Mi puerta estaba numerada como la 314. Teniendo en cuenta que el edificio era una torre de once plantas, la procedencia del cadáver se reducía a tan solo cinco habitaciones, localizadas en la vertical que iba de la 715 hasta la 1115. Dispuesto a husmear en esos aposentos, subí escaleras arriba.

Si al llegar a este punto alguien hallara cierta incongruencia entre mi lucidez para los cálculos y mi ceguera ante el peligro que entrañaba aquel hotel abandonado es porque ignora que un contable sabe contar y olvida que mi conducta nunca se ha ajustado a la normalidad.

Dándome un margen de error prudencial, llamé a la puerta 615. Como esperaba, no hubo respuesta. Mientras subía al piso siguiente sentí que mi corazón cambiaba de marcha. Pero el verdadero acelerón lo sufrí cuando vi que la 715 estaba entreabierta. Me acerqué y di una voz imprudente. Aguardé unos segundos. Como nadie contestaba, desplacé la hoja empujando con los nudillos. Asomé la cabeza. No hacía falta entrar al apartamento para comprobar el desorden en que se encontraba.

Aun así, avancé hasta el salón, cuyo aspecto me hizo pensar en el frenesí de una búsqueda, o quizás el furor de una pelea. Un rastro de ropas de mujer, con señales de haber sido violentamente arrancadas, conducían al dormitorio. Las prendas más delicadas habían sido hechas jirones. Había una silla volcada en el suelo. Alrededor del respaldo y de las patas se veían restos de cuerdas cortadas con arma blanca, y un poco más allá había un pañuelo trenzado, como el que se pone en la boca de alguien cuyos gritos se quieren sofocar. Deduje que la mujer desnuda, atada, amordazada y torturada, era la misma que minutos antes flotaba en la piscina. El cristal de la ventana estaba roto y algunos trozos yacían esparcidos por el suelo. Me acerqué al hueco lo justo para sacar la cabeza y confirmar que estaba en la línea de caída sobre la piscina. Hecha esta comprobación, nada justificaba mi permanencia en el lugar del crimen, así que di media vuelta para regresar al salón. La nueva perspectiva me permitió descubrir en un rincón, semioculto bajo la colcha, lo que parecía un bolso de mujer. Lo era. En su interior encontré una cartera con algo de dinero y las llaves de un BMW. También contenía la documentación de una mujer rubia, muy bonita, con toda seguridad la del baño involuntario. Me guardé todo como recuerdo. Para silenciar mi mala conciencia me dije que ella, en su estado actual, no necesitaba ninguna de aquellas pertenencias. Pero, aun así, quise escapar del dormitorio con tanta precipitación que me enredé entre los bultos desparramados por el salón y caí de bruces. Mi tropezón dejó al descubierto un portarretratos con la foto de una pareja. La mujer, rubia, pelo largo, sonreía inadvertida de su porvenir. Con un gesto impremeditado extraje la cartulina y la guardé en el bolsillo de mi camisa.

Bajé hasta la planta baja. Frente a la entrada del edificio, en la fachada opuesta a la piscina, había dos coches que no estaban la noche anterior. Uno de ellos era un BMW rojo, al que debían de

corresponder las llaves que apresaba en mi mano derecha. Me acerqué a él y me incliné para echar un vistazo a su interior. Fue entonces cuando un abejorro furioso zumbó junto a mi oreja, golpeó mi hombro y siguió su vuelo enfurecido. Comprendí que solo un insecto de plomo podía viajar a tanta velocidad. Abrí el coche, salté sobre el asiento del conductor y puse en marcha el motor. Un segundo proyectil perforó el reposacabezas, trazó una diagonal por el interior del coche y regresó al exterior abriéndose paso a través del cristal de la ventanilla trasera. No quise comprobar si a la tercera iba la vencida, con un empujón y una colleja tenía suficiente. Pisé el acelerador y salí de allí envuelto en polvo.

No conocía aquella carretera, pero preferí tumbar la aguja antes de que me tumbasen a mí. Tomé varias curvas de mala manera hasta que el brusco zarandeo me reveló una molestia en mi hombro izquierdo, justo donde me había impactado el abejorro. Por la pechera de mi camisa se iba extendiendo una mancha de sangre. Como dos kilómetros más adelante distinguí un pueblo en el que quizá hubiera un establecimiento de primeros auxilios. Pero detenerme sería peligroso. Si el que me había disparado venía tras de mí, apenas viera el BMW detenido ante la puerta entraría para rematarme. Espantado por la idea intenté atravesar el pueblecito sin disminuir la velocidad. Era muy temprano y aún no había un alma por las calles. Ya estaba dejando atrás el último grupo de casas cuando frente a mí se cruzaron dos bultos. No tuve tiempo de esquivarlos. Fue todo muy rápido, pero aun así pude distinguir que uno de ellos pertenecía a una chica joven y el otro a una mujer anciana. Incapaz de evitar la colisión, me decanté por arrollar a la vieja. El coche aún recorrió unos cincuenta metros, antes de quedarse completamente parado. Cuando se acalló el chirrido de los frenos, pude escuchar claramente los gritos de la chica, que corría hacia el

bulto negro. Salí del coche y corrí yo también. La distancia era más corta de mi lado, así que cuando llegó la niña yo había tenido tiempo de confirmar que su abuela, o lo que fuera, estaba irremediablemente muerta.

—¡Milagros! —musitaba la chica, intentando levantar a la anciana.

En medio de aquella vorágine de acontecimientos, aún tuve la suficiente lucidez para comprender que si me quedaba allí acabaría como la vieja, pero si me fugaba, la joven testigo iría a la policía con el número de matrícula de mi coche.

—¡Ayúdame, la llevaremos al hospital! —grité, arrebatándole el guiñapo—. No parece grave. Aún respira. Abre la puerta de atrás del coche.

Aturdida, la chica obedeció sin rechistar. Metí a la vieja en la parte trasera, hice entrar a la joven con ella y arranqué de nuevo. Todo había sido tan rápido que cuando quisieron arremolinarse algunos lugareños yo había desaparecido de su vista. Peor suerte tuvo mi perseguidor, que empotró su coche contra la barrera humana. Según pude escuchar por la radio, los ocupantes, que eran dos, tras causar un muerto y varios heridos fueron linchados por los supervivientes. Pero eso no lo supe hasta la noche, así que seguí pisando el acelerador.

Me dirigí hacia el nordeste de la isla, buscando la zona más escarpada donde pudiera refugiarme durante un tiempo. Estaba convencido de tener tras mis pasos a dos perseguidores bien distintos: de un lado, el asesino de la rubia (aún creía que era uno); de otro, la policía, puesta sobre aviso por los del pueblo de que el conductor de un coche rojo había matado a una vieja y secuestrado a una niña, que por cierto, iba muy callada. Le eché un vistazo a través del espejo interior. Tenía la mirada azul, limpiísima, orientada al frente con una serenidad impropia del trance que estaba viviendo. Tampoco su silencio era normal.

Desde que entró al coche se había quedado muda y no prestaba la menor atención a su abuela. Temiendo que la impresión le hubiera producido un shock, le hablé para comprobar su estado de ánimo.

—Ya estamos cerca del hospital. No te preocupes, tu abuela se pondrá bien.

—Milagros no es mi abuela y está muerta —dijo con una voz serena, en la que pude apreciar un ligero acento extranjero—. Además, por esta carretera no hay ningún hospital. Lleva a los acantilados, donde vas a matarme como has hecho con mi madre.

Al escuchar la acusación, pisé el pedal del freno como si ante mí se abriera un precipicio. El coche dio varios bandazos durante los cuales Milagros se me vino encima, rodó entre los dos asientos delanteros y acabó con la cabeza sentada en el del copiloto y las piernas apoyadas en el salpicadero. La niña, en cambio, como si hubiera previsto mi reacción, había tensado piernas y brazos para encajarse en su espacio y atenuar el efecto de las sacudidas. Cuando, tras el último tumbo, volví la cabeza, comprobé que estaba aparentemente serena, con los brazos cruzados sobre el pecho y el cuello girado hacia la ventana trasera, aunque no podía ver nada a través de ella porque ese cristal era el que la bala había convertido en una tupida tela de araña. Quizás estaba tan asustada como yo y solo trataba de evitar el cruce de su mirada con la mía.

—¿Qué has dicho? ¿De qué madre hablas?

Me miró, pero no como a un criminal, sino como a un imbécil.

—¿Acaso eres el bobo de la banda? Al menos podrías haberme secuestrado con otro coche, no precisamente con el mío.

—¿Este coche es tuyo?

—De mi madre, pero eso no importa. Lo he conducido muchas veces.

Por primera vez me paré a observarla con detenimiento. Probablemente aún no tuviera edad para conducir, pero tampoco era tan niña como había pensado. La limpieza de sus ojos estaba en todos los rasgos de su cara, configurados con la suavidad de los rostros aún no terminados. La línea de su frente se hundía entre las cejas, para descender por su nariz convertida en un tobogán por el que mi vista arrastraba el culo para salir despedida al llegar a la punta y caer sobre la blanda colchoneta de sus labios. El pelo, intensamente rubio, me recordó al de la mujer que había visto flotando en la piscina.

—Así que la rubia era tu madre.

Mis palabras reavivaron el brillo acusador de sus ojos. Me apresuré a disculparme.

—¡Oye, te juro que yo no la maté!

—Ya, ni a Milagros tampoco.

Miré a la vieja de reajo. Su cabeza, truncada por el cuello, me ofrecía una visión horrible, con los pelos ensangrentados y pegados a la cara, un ojo abierto y otro cerrado, la boca descompuesta en un rictus de asombro y de dolor.

—A ella sí, pero fue un accidente. Yo trataba de escapar de un hombre que me había disparado, seguramente el mismo que mató a tu madre, pero te juro que no sé de qué va este embrollo.

Saliva inútil. Obcecada en su idea, la chica pareció no haberme escuchado.

—¿Cómo lo harás?

—¿Hacer qué?

La chica miró el seguro de la puerta, que estaba liberado.

—¿Dejarás que eche a correr para dispararme por la espalda?

—¿Dispararte? ¡Pero...! ¡Si ni siquiera tengo un arma! ¿Qué puedo hacer para que te convenzas de que no quiero hacerte daño!

Por toda respuesta dirigió un dedo hacia el cristal y acarició con la yema el agujero de la bala. Luego, se llevó el dedo a la sien y ladeó la cabeza sobre su hombro como si hubiera recibido un disparo. Aquella testaruda no solo insistía en colgarme las dos muertas, sino que estaba segura de que la próxima sería la suya. Comprendí que necesitaría grandes dosis de paciencia y saliva para convencerla de que no era un asesino, y que solo por azar me había visto implicado en aquel asunto. Para empezar, decidí entablar un diálogo sosegado.

—¿Por qué no me dices cómo te llamas?

—¿Es que no te lo ha dicho tu jefe? ¡Está bien, no repitas el mismo rollo! No vas a convencerme de que el coche te lo has encontrado, ni de que no llevas una pistola en la guantera...

Consciente de haber cometido una indiscreción, la chica se mordió el labio inferior y bajó la vista. Demasiado tarde, porque ya mi mano derecha retiraba las piernas de Milagros y abría la guantera. En su interior no había ningún arma, pero sí un billetero con algunos documentos, tarjetas y un par de fotos. La primera mostraba un abrazo entre la propietaria del coche y su hija. La otra era de la chica, y estaba firmada con un hipocorístico que consideré improcedentemente cursi.

—¿Kiki?

—Así me llaman mis amigos.

No pude reprimir una sonrisa. Para mi sorpresa, Kiki también sonrió.

—¿Y a ti qué te llaman? ¿Bobo?

Su ceño mansamente desfruncido, sus labios esbozando una sonrisa, su voz desprovista de dureza, cayeron sobre mí como una lluvia lustral que arrastró todo el fango recibido en las últimas horas. La comprobación de mi desarme y, sobre todo, la imagen de su madre en la fotografía, habían logrado que Kiki diese

crédito a mis palabras y admitiera la posibilidad de que yo fuese tan víctima como ella.

—No, a mí me llaman por mi nombre —y se lo dije—. Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Me parece que está muy claro. A los dos nos buscan para matarnos, así que sal de esta carretera por el primer camino que veas. En esta época no será difícil encontrar alguna casa deshabitada.

—¿Quieres que ocupemos una casa? Eso puede ser muy arriesgado.

—No más que permanecer aquí, con un cadáver ahí delante y un cristal atravesado por una bala.

Tenía razón. Devolvimos el cuerpo de Milagros a la parte trasera y Kiki vino a sentarse a mi lado. Para que no se manchara de sangre cubrí el asiento con mi chaqueta, sucia también, pero solo por la cara interna. El que sí presentaba un aspecto escandaloso era mi brazo izquierdo, cubierto de una costra reseca desde el hombro hasta el codo. Kiki me miró, sorprendida.

—No me dijiste que estabas herido.

—Tenía otras cosas de las que preocuparme. Además, no sabía que hubiese sangrado tanto.

—¿Te duele?

Negué con la cabeza.

—Pues vamos, arranca.

Obedecí la orden. Como Kiki había previsto, unos kilómetros más adelante encontramos un camino sin pavimentar, cerrado por una empalizada. Kiki se bajó del coche. Abrió el maletero, trasteó en su interior y se dirigió resueltamente hacia la valla, llevando en su mano derecha unas tenazas con las que descerrajó el candado sin la menor vacilación. Retiró la barrera y me hizo señas para que avanzase. Cuando pasé, barrió las huellas de los neumáticos arrastrando un rastrojo sobre ellas y volvió a cerrar la entrada para

encubrir el allanamiento. Después subió al coche y nos adentramos por el camino.

Hasta ese momento, la precipitación con que venían sucediéndose los acontecimientos me había hecho vivirlos de un modo impersonal, como si le sucedieran a otro. Por eso, si en el transcurso de un día normal hubiera respondido con alaridos a un simple arañazo, aquella mañana el surco abierto en mi piel por una bala incandescente no me arrancó la mínima queja. Por eso, también, si la cercanía de una joven como Kiki se hubiera convertido en el centro exclusivo de mi atención, esa mañana apenas había dedicado unos segundos a su contemplación. Pero la lentitud de la marcha, forzada por un camino plagado de baches y piedras desprendidas, me devolvió a mi ser natural. La primera consecuencia fue que cada brinco del coche me hiciera gemir como si el brazo se me desgajase; la segunda, que la mirada se me distrajera cada vez con mayor asiduidad en la observación furtiva de las piernas de Kiki, ofrecidas a mi vista en su práctica totalidad gracias al exiguo pantalón que apenas le cubría un par de centímetros por debajo de las ingles. Ahí, en el límite mismo de la piel tenía la vista cuando el coche se hundió violentamente en un socavón, dio un par de sacudidas y se caló. Kiki recibió un golpe en la frente y se volvió colérica hacia mí.

—¿Pero es que no has visto ese agujero?

No, no lo había visto, pero no hizo falta que lo confirmara. La singular facilidad de la chica para despejar cualquier incógnita le había dado la respuesta apenas formulada la pregunta. Su agudeza, en este caso, tampoco tenía demasiado mérito. Una chica de su edad ya sabe dónde mira un hombre cuando está en su compañía. Comprendido el motivo de mi distracción, su enojo desapareció tan pronto como había surgido.

—Anda, arranca y mira lo que tienes que mirar.

Poco después nos deteníamos enfrente de una casa. A simple vista, estaba mejor conservada que la zona de acceso. Kiki se dirigió hacia la puerta y la observó detenidamente. Después empezó a rodear el edificio. Habría transcurrido un minuto cuando escuché la rotura de un cristal, seguida de un ruido como de poleas mal engrasadas. Aún tuve que esperar un rato antes de que la puerta principal se abriese, enmarcando la figura de Kiki.

—Rodea la casa. En la parte de atrás hay un garaje.

En efecto, el portón de la cochera ya estaba abierto. En el suelo había trozos de cristales procedentes de uno de los tres huecos en que estaba dividido el montante. Estacioné el coche y traté de reconstruir la estratagema de Kiki para acceder al interior de la casa. Los dueños habían tenido la precaución de poner rejas en todas las ventanas de la planta baja, pero la chica no tuvo problemas en subirse a uno de los dos poyetes de obra que flanqueaban la entrada al garaje, para desde allí romper el cristal con una piedra y escalar por la puerta hasta deslizarse al interior. La oí a mis espaldas y me giré hacia ella. Tenía el nicki sucio por delante, pero ni un rasguño.

—Eres increíble. ¿Cómo has podido pasar sin cortarte con los cristales?

Señaló con la cabeza un trozo de lona que había en el suelo.

—Estaba tirado ahí detrás. Lo puse sobre el cerco del montante y resbalé sobre él.

Subrayando sus últimas palabras, mis tripas dejaron escapar un largo borborigmo. Recordé que no había comido nada desde el mediodía anterior, es decir, desde hacía veinticuatro horas.

—Habrás que conseguir comida.

—No te preocupes, hambre no vamos a pasar. En la despensa hay bebidas y latas de conserva. Pero todo a su tiempo. Mientras yo limpio el coche, tú busca un sitio para enterrar a Milagros. Luego te curaré esa herida.

Todos nacemos con una predisposición especial del espíritu que nos hace más o menos aptos para según qué conductas. A mí, por ejemplo, lo que mejor se me da es cumplir órdenes. Si suelo parecer díscolo es porque nunca he tenido la ocasión de servir a un jefe que mereciera serlo. Pero Kiki lo era. Lúcida, concienzuda, rigurosa, implacable. Fascinado por sus extraordinarias dotes de mando me apresuré a obedecerla. No me fue difícil encontrar las herramientas necesarias para cavar la sepultura. Durante la tarea, empecé a sangrar de nuevo, lo que valoré de un modo positivo. Cuanto más grave fuese la herida, mayores serían los cuidados requeridos, y cuanto más durase la cura más tiempo sentiría en mi piel el contacto de sus manos.

Me di prisa en terminar el trabajo para regresar lo antes posible junto a ella. Estaba en la cocina, seleccionando algunas conservas. Al verme, se limpió las manos y me condujo hacia el baño con la misma desenvoltura que si estuviera en un entorno familiar. Tal como me vino a la cabeza así se lo pregunté:

—¿Habías estado antes aquí?

—No piensas más que bobadas. Ni había estado en esta casa, ni pienso estar en ella más de veinticuatro horas.

Su réplica, no dura, pero contundente, me hizo sentir cabalmente bobo. Avergonzado, me propuse no volver a importunarla, al menos hasta que hubiese terminado de restañar la herida. Pero se me hacía tan difícil fingirme mudo, no hablar del tacto suave de sus dedos cuando me quitó la camisa con la mayor delicadeza, de la caricia de su pelo sobre mi piel cuando inclinó su cabeza para observar la llaga, del cosquilleo de su aliento por entre el vello de mi pecho mientras limpiaba la sangre reseca...

—Ya sé que todo lo que digo te parece una bobada, pero ¿puedo saber cuántos años tienes?

Suspiró antes de responder.

—Si te hubieras esperado unas horas habría tenido uno más. Mañana cumplo quince.

Catorce todavía. Cuando yo era adolescente las chicas de esa edad saltaban a la comba y, si algún espabilado les robaba un beso a traición, el rubor les duraba una semana. Kiki, en cambio, aceptaba el contacto de mi cuerpo como algo natural, incluso permitía que su pecho me rozase sin experimentar por ello la menor afectación. Esta proximidad, aparentemente inadvertida para ella, a mí me volvía loco. Intenté abstraerme antes de que la hinchazón de mi entrepierna se hiciese demasiado evidente, pero todos mis pensamientos giraban en torno a ella. Huyendo del aspecto carnal se me ocurrió centrarme en su nombre, y entonces fue peor, porque un kiki es un quiquí, se diga con cu o con ka. Por último, ensayé el ejercicio mental de adivinar su patronímico. Probablemente se llamase Victoria y en casa la llamaron Vicky hasta que un segundo retoño empezó a gaguear.

—A que tienes un hermano pequeño.

Kiki pasó por alto mi pesquisa.

—Bueno, ya está listo. No era más que un rasguño. Quedaría mejor si te lo cosiera, pero no creo que aguantaras dos punzadas seguidas sin cloroformo.

Esta vez fui yo quien ignoró su pulla.

—¿Qué hacías en aquel pueblo?

Y como no respondía:

—¿Quién era Milagros?

—No te cansas de preguntar. Está bien, vamos a comer algo y luego hablamos. Tú también tienes que contarme algunas cosas.

Comimos en la cocina, conservas frías y bebidas calientes porque Kiki no quiso accionar el disyuntor de la electricidad.

—La rotura del cristal la cubre el seguro, pero no tienen por qué pagar ni un céntimo de electricidad por nuestra causa.

El raciocinio de Kiki no dejaba de sorprenderme. Iba a preguntarle si dejaríamos sobre la mesa el importe de las latas consumidas pero ella se me adelantó.

—¿Para quién trabajas?

—No trabajo para nadie.

—¿Un lobo solitario?

—No, no soy un lobo, ni tampoco tengo que ver con esa gente. Soy un hombre normal, tengo una familia... Al menos la tenía hasta ayer, cuando decidí hacerme cartujo —Kiki enarcó las cejas—. Bueno, solo era una idea. La verdad es que me fui de casa sin tener un plan concreto.

—¿Y a eso lo consideras normal?

—Sí, vamos, quiero decir que no soy como esos tipos que van disparando a la gente.

—¿Y por qué te dispararon a ti?

—Por azar. Ya te digo que cuando salí de casa no sabía muy bien qué hacer. Creo que bebí más de la cuenta. Luego, cogí un taxi. Le pedí que me llevara a la Cartuja, pero me dejó frente a un edificio de apartamentos deshabitado. No sé cómo logré entrar. Estuve recorriendo pasillos hasta que encontré una puerta abierta. Alguien había forzado la cerradura, pero en la habitación había una cama y eso era lo único que necesitaba.

—Era el edificio Cartuja —precisó Kiki, repentinamente seria—. Lo cerraron hace unos meses por razones de seguridad. Dijeron que se habían construido tres plantas de más y sus cimientos no soportarían la estructura. ¿Fue allí donde viste a mi madre?

No me atreví a decirle la verdad.

—No, no llegué a verla. Me despertó un ruido como de pelea y salí a la calle. Frente al portal había dos coches. Me acerqué a uno para mirar en su interior y alguien me disparó. Me protegí en el coche y, como tenía las llaves puestas, salí de allí a escape. Creo

que el matón me perseguía con el otro coche cuando atropellé a Milagros. Lo demás ya lo conoces.

—Sí, lo demás lo conozco, pero no lo anterior. Bobo, tú tenías la cartera de mi madre, y además, te excusaste de no haber matado a «la rubia». ¿Qué me estás ocultando?

No había caso en eludir un suceso cuyo desenlace Kiki parecía conocer. En realidad, ella solo quería que le contase los detalles.

—No le vi la cara, pero estoy seguro de que era ella. La maltrataron y después la arrojaron a la piscina. Desde el séptimo piso. La primera vez que me asomé la vi flotando en el agua. Entonces fui a vestirme y cuando volví a mirar ya no estaba. Subí al apartamento desde el que había caído y allí fue donde encontré su bolso. No sé por qué cogí la cartera y las llaves, pero gracias a eso ahora estoy vivo.

—¿Viste cuántos eran?

—No. Hasta puede que fuera uno solo. El cristal de la ventana estaba roto, como si tu madre lo hubiera atravesado. Quizá se liberó y se arrojó al vacío para poner fin a su tortura.

La crudeza de mis palabras provocó un reflejo húmedo en los ojos de Kiki. Me sentí triste, pero no culpable. Ella no me habría permitido silenciar ningún detalle, visto o intuido. Con una serenidad imposible, siguió indagando.

—Lo que no me explico es que no vieras a nadie.

—Creo que el asesino y yo jugamos a un escondite involuntario. Mientras yo me vestía, él bajó y sacó a tu madre de la piscina. Luego, mientras él escondía el cadáver en alguna parte, yo bajé, y fue cuando, al verme, disparó sobre mí.

Era una hipótesis bastante deficiente, pero no tenía otra. Kiki sacudió la cabeza.

—Vamos al coche. Quizá la radio nos aclare algo.

Sonó una canción de siempre. Fui a cambiar de emisora, pero ella me contuvo poniendo su mano sobre la mía.

—Me apetece escuchar la música.

Kiki podía ser muy rápida, pero nunca apresurada.

—Desde luego que no eres normal. ¿Cómo tuviste la sangre fría de subir al apartamento donde habían asesinado a una mujer?

Iba a extraviarme en consideraciones sobre la angustia de llevar una vida en la que nunca pasa nada, cuando terminó la melodía y empezaron las noticias. Los sucesos ocurridos esa mañana recibían un tratamiento preferente. Un coche en el que viajaban dos conocidos narcotraficantes se había estrellado contra un grupo de vecinos del pueblo de S'Esgleieta, ocasionando dos muertos y numerosos heridos. Los familiares y amigos de las víctimas habían golpeado a los agresores hasta matarlos. En el maletero del coche los delincuentes llevaban el cadáver de una mujer desnuda y con señales de haber sido salvajemente torturada. La víctima había llegado a la pequeña localidad el día anterior, acompañada de su hija, cuyo paradero se desconocía. También había desaparecido una vecina del pueblo, en cuya casa se habían alojado las forasteras. Probablemente fuera atropellada por un deportivo de color rojo que pasó anteriormente.

Kiki atajó la interrogante que afloraba a mis labios poniendo un dedo sobre ellos.

—No voy a contarte mi vida. No te conviene conocerla. Mañana bajaremos a Valldemosa. Allí cogerás un taxi.

—¿Y tú?

—Volveré al Cartuja. Si sus hombres hubieran encontrado lo que buscaban, lo habrían dicho en las noticias. Ahora no le queda más remedio que ir él mismo.

—¿De quién hablas?

—Del mayor *fils de garce* que haya existido nunca.

—¿No era de los que lincharon en el pueblo?

Kiki sacudió la cabeza lentamente.

—Él nunca se ensucia las manos. Pero el asunto se le ha complicado. Seguro que está en el edificio. Y yo voy a matarlo.

—Te acompaño.

—¿Tú? No seas bobo. Esta vez estará alerta.

—Me da igual. No voy a dejarte sola.

Iba a decir algo como que aún eres una niña, pero reaccioné a tiempo de silenciar la estupidez. Salimos del coche. Era un atardecer muy hermoso. Quizás el último.

—Bobo, tú nunca has manejado un arma, ¿verdad?

—No. Ni tú tienes edad para conducir.

Caminamos uno junto al otro. Su mano buscó refugio en la mía. La estreché con fuerza. Ojalá que yo fuese su padre para tener el derecho y el deber de protegerla. Además, mi condición de viudo vengativo legitimaría mi empeño por acompañarla.

—No te entiendo Bobo. ¿Qué esperas sacar de todo esto?

—Estar más tiempo contigo.

—¡Tiempo! ¿Pero no entiendes que mi tiempo se ha acabado? Mis horas están contadas.

—Aunque así fuera. Tú quisiste saber cómo murió tu madre. En cambio a mí nadie me contaría cómo te perdí. Por eso tengo que estar contigo hasta el final.

—¿Y si ese final es también el tuyo?

—He muerto tantas veces —aduje, evocando mis tiempos de vagabundo—. Al menos he sentido que dejaba de vivir.

Kiki dio un manotazo al aire, como aventando mis palabras, pero al menos esta vez no las calificó de bobadas. Creo que cuanto menos me entendía más toleraba mi presencia. En cualquier caso, desistió de ahondar en el tema.

El sendero culebreaba entre almendros en su ascenso gradual y sosegado a las montañas. En ese largo paseo se concentran los recuerdos más agradables de mi vida: el destello de sus ojos, tan húmedos, la limpieza de sus pómulos y labios, sin embadurnar

por ningún tipo de cosmético, la vivacidad de sus pechos, tan libres, la cadencia de su talle, tan grácil, rodeado por mi brazo, mitad protector, mitad incestuoso.

Cuando regresamos, mientras yo preparaba la cena, Kiki hizo una pequeña colada con mi camisa y su niki, que se quitó sin cohibirse por mi presencia. Le miré el torso lo justo para que lo uniforme de su bronceado me dijera que así es como tomaba el sol en la playa. Desde ese momento hasta que nos fuimos cada cual a un dormitorio, me esforcé en ignorar su desnudez. Sabía que a la mañana siguiente necesitaría disponer de todos mis reflejos y no los tendría muy despiertos si en toda la noche no lograba pegar un ojo. Antes de acostarme tomé un par de ansiolíticos que encontré en un botiquín. Tardé en coger el sueño, pero luego dormí de un tirón.

Me despertó el ruido de un motor. Salté de la cama y bajé las escaleras descalzo, temiendo que Kiki hubiese decidido irse sin mí. Falsa alarma, solo estaba comprobando el buen punto del coche. Me sonrió mientras abría el maletero. Extrajo una pistola que estaba oculta bajo un embellecedor y la sometió a manipulaciones que yo no entendía, por muchas veces que las hubiera visto en el cine. Todo parecía estar en orden. Volvimos al interior. Mientras yo me duchaba preparó algo para desayunar. Poco después estábamos en marcha. Esta vez no se molestó en cerrar la entrada de la finca.

Rodamos sin despegar los labios, sobrecogidos por la posibilidad de que nos pudiera encontrar una patrulla. No era fácil porque para evitar pasar por el pueblo de Milagros nos habíamos desviado por una carretera secundaria. A medio kilómetro del Cartuja, Kiki me dijo que dejara la carretera y escondiese el coche bajo la arboleda. Cogió el arma y salimos. Recorrimos los últimos metros al resguardo de una maleza alta, que nos permitió llegar hasta la parte trasera del edificio sin

denotar nuestra presencia. Kiki me pidió que aguardara y se acercó hasta la fachada. Echó un vistazo, dobló la esquina y desapareció. En ese mismo instante, mi corazón, que había permanecido incomprensiblemente sereno mientras mis ojos mantenían un contacto visual con la chica, se desbocó y el viento dejó de soplar entre las ramas. Sin embargo permanecí inmóvil, en la certeza de que ella saldría de cualquier peligro con mayor facilidad si yo no la estorbaba. Cuando, poco después, Kiki regresó, el viento volvió a acariciar mi cara.

—Nada, no han venido todavía. Aguardaremos cerca del coche.

Volvimos sobre nuestros pasos, ella delante, yo examinando cada uno de sus movimientos, incrédulo todavía de que un cuerpo pudiera combinar madurez y adolescencia en proporciones tan exactas. Prosélito inepto, pero dócil, pisé donde ella pisaba y me senté cuando ella lo hizo. Fue una espera larga en la que Kiki, que parecía tener la paciencia de un cazador, se limitó a jugar con una ramita, dibujando garabatos en el suelo. Yo, a su lado, vigilaba las manillas del reloj con la esperanza de que no vinieran, de que por una vez Kiki se hubiera equivocado y, después de perder la mañana, se olvidara del asunto y me llevara con ella a cualquier parte. Animado por estos pensamientos, poco después del mediodía empecé a sondear la manera más convincente de proponer nuestra marcha. No tuve tiempo de hallarla, me interrumpió el sonido de un motor. Angustiado, busqué a Kiki con la mirada. Esperaba que su sola imagen me produjera el efecto tranquilizador habitual. Pero esta vez mi turbación creció al advertir en ella numerosos indicios de inhumanidad. Su mano derecha había dejado caer la ramita y aferraba con fiereza la empuñadura de la pistola. Su cuello se curvaba hacia delante, proyectando la cabeza como un ariete. Su mentón se había afilado hasta cobrar el aspecto de un puñal. Sus ojos, olvidados del

parpadeo, acechaban el automóvil negro que se acercaba por la carretera. Cuando los narcos pasaron frente al lugar que nos servía de cobijo, se me erizaron las sienes y de nuevo se detuvo el paso del viento entre las ramas. Kiki, en cambio, permaneció inmutable en su nueva encarnación.

Aún aguardamos hasta que el coche se ocultó a nuestra vista. Entonces ella se incorporó y comenzó el descenso hacia el Cartuja. La seguí a cierta distancia para evitar que el crujir de una rama bajo mis pies pudiera distraerla. Me paré cuando ella se detuvo. Durante varios minutos permaneció totalmente quieta, sin duda vigilando al enemigo. Consciente de que cualquier imagen suya podría ser la última que registrara mi retina, tampoco yo aparté la vista de su figura. Fueron unos instantes de tiempo detenido. Luego, Kiki cambió de posición y dejé de verla. Solo la más elemental precaución me impidió seguirla. Estaba demasiado cerca del edificio y cualquier paso en falso alertaría a los hampones sobre la presencia de extraños. Si Kiki tenía alguna posibilidad de salir con vida era jugando la baza de la sorpresa, así que, bien a mi pesar, debía quedarme donde estaba, esperando no sabía qué. Súbitamente, mis tímpanos fueron sacudidos por dos detonaciones tan seguidas que una parecía el eco de la otra. Olvidé mis precauciones y corrí hacia el lugar que Kiki había abandonado segundos antes. Llegué a tiempo de verla entrar en el edificio. Junto al coche yacían los cuerpos de dos hombres, seguramente sin vida. Iba a echar una carrera en pos de ella cuando un proyectil arrancó una columna de polvo muy cerca de mí. Me dejé caer al suelo y rodé tras el árbol más cercano. De entre el tropel de hipótesis que se agolparon en mi cabeza una me pareció la más plausible: los tipos del edificio aún no habían visto a Kiki y creían que yo me había cargado a los del coche. Siguiendo esta lógica, si los mantenía pendientes de mí, la chica no solo podría localizarlos fácilmente, sino que quizá pudiera

sorprenderlos. Sin pensarlo salté hacia el árbol contiguo. Como esperaba, mi vuelo fue seguido de nuevas polvaredas y pellizcos en la corteza de los árboles. Inmediatamente cambié de lugar, perseguido por otra serie de impactos fallidos. Ebrio de audacia, tampoco me detuve ni un segundo en este emplazamiento. Me había convertido en un torbellino inalcanzable para las balas, sobre cuyo zumbido se alzaba la incesante carcajada que brotaba de mi garganta. El juego se prolongó hasta que cambió la entonación de los disparos. Reconocí la voz del arma de Kiki, hablando en último lugar. Después no hubo más silbidos entre las ramas, ni más pisadas de un lado para otro. Solo mi risa, enardecida, disparatada, irreprimible. No sé cuánto tiempo estuve allí, tendido boca arriba, sacudido por los espasmos de una hilaridad fatigosa, antes de que pudiera levantarme y trastabillar hacia la plataforma de asfalto. Kiki se apoyaba en el capó del coche. Al escuchar mis pasos se enderezó y pude ver una enorme mancha roja cubriendo todo su vientre. Trató de avanzar hacia mí, pero dio un traspies y cayó al suelo. Corrí a arrodillarme junto a ella. Levanté su cabeza para reclinarla sobre mi brazo. Su dolor debía de ser atroz, pero a pesar de ello trataba de sonreír.

—Gracias, Bobo. ¿Sabes que sin ti no lo habría conseguido?

Mi voz sonó como un aullido.

—¿Conseguido? ¿Qué es lo que has conseguido? ¿Qué había ahí dentro que valía tanto para ti?

—Un hombre. El que ordenó la muerte de mi madre.

—¿Tanto suponía para ti la venganza?

—¡Bobo, Bobo! —me reprochó, sin apenas fuerzas—. Si supieras que el hombre que me ha matado aún estaba vivo, ahí dentro, ¿tú que harías?

Guardé silencio y ella trató de sonreír de nuevo.

—¿Sabes, Bobo? Anoche me habría gustado que hiciésemos el amor, pero tuve miedo. Pensé que quizá me hubiesen faltado las

fuerzas para llevar mi plan hasta el final... Debe de ser tan agradable.

—¿Debe?

—No lo he hecho nunca. Cuando se vive como yo es peligroso enamorarse. De haber salido bien lo de esta mañana tú habrías sido mi primer amante.

—Kiki...

—Victoria —me interrumpió para darme su nombre, que era como una entrega casi póstuma de su virginidad.

—Victoria, te vas a poner bien.

—Estoy bien.

Le dio un golpe de tos y sonrió por última vez. Sus ojos se empañaban por momentos. O quizás eran los míos. Victoria murió entre mis brazos el día que cumplía los quince años. Sin haber conocido el amor. Yo la miraba y no podía pensar que hubiera nacido para otra cosa. Era tan bonita, tan joven. La estreché contra mi pecho y la besé en los labios, empapados de sangre. Después levanté su cuerpo suavemente y, llevándola hasta el coche de su madre, la senté en el asiento derecho. Me puse nuevamente al volante y conduje hasta encontrar un descampado. Paré en medio de la explanada, extraje gasolina del depósito y con ella roció el coche. Antes de encender la llama que lo reduciría a chatarra, me despedí de Victoria con una última mirada ondulada por el llanto. Después, arrojé el mechero al interior del féretro y me senté a unos metros de la pira mortuoria. La caricia del aire inflamado y el fragor de las llamaradas son los últimos recuerdos que guardo de aquella aventura.

Volví a la carretera y estuve caminando un tiempo impreciso antes de que escuchara un motor a mi espalda. Sin preocuparme de quién pudiera ser, extendí un brazo con el pulgar hacia arriba. Mi aspecto sucio y ensangrentado no disuadió al conductor, un buen hombre que se deshizo en atenciones y preguntas, mientras

derramaba la vista alrededor buscando un vehículo accidentado. Le pedí que me dejase a la entrada de Palma, en la primera parada de autobús, pero él insistió en llevarme a un centro de urgencias. Tuve que demostrarle que no estaba herido. Cuando me preguntó de quién era la sangre, me limité a darle las señas de mi casa. Por fin accedió a llevarme, y solo cuando vio que me quedaba en buenas manos, desapareció.

Merche tenía los ojos arrasados, pero no dijo nada. Ella nunca dice nada. Me desnudó, me metió en la bañera y me frotó con la mayor delicadeza. Después me besó en la herida antes de ponerme una solución de yodo. Me dejó llevar hasta la cama, donde sus labios se me abrieron húmedos como nunca. Mientras me hacía el amor, no sé si ella pensaba en Oriol. Yo no pude evitar el recuerdo de Victoria.

NO SOY HENRY

Más de cinco mil millones, se dice pronto. A bulto, ese es el número de seres humanos que puebla el universo en la actualidad. Conseguir esta cifra le ha costado siglos a nuestra especie, pero bastaría que los deseos se materializasen para verla multiplicada por cero de la noche a la mañana. ¿O acaso no es habitual entre nosotros invocar accidentes que nos libren de aquellas personas sin las cuales nuestra existencia sería más llevadera? El niño que nos ha torcido un dedo en la escalera, el profesor que nos examinará mañana, el guaperas que deslumbra a la chica de nuestros sueños, el mando intermedio que nos hace la vida imposible, el arribista que nos pisó un puesto para el que está menos capacitado que nosotros... Todos la palmarían si nuestros pensamientos se hiciesen efectivos. Y, con ellos, nosotros mismos, que no escaparíamos a la ojeriza de los otros.

Consideraciones como esta me asaltaron con frecuencia desde mi regreso al hogar palmesano. ¿Su origen? El dolor, que engendra dolor. La muerte, que genera muerte. Cuando vi morir a Kiki, asumí el convencimiento de que nadie merecía la vida. Y Merche, mi pobre e inocente Merche, se convirtió en la única depositaria de mi aversión a la humanidad. Nada justificaba mi rencor, porque ella me cuidaba con el mayor esmero, me acariciaba, incluso en más de una ocasión se me ofreció. Pero yo parecía blindado a su ternura. Tal era mi ofuscación que empecé a fantasear situaciones fortuitas en las que Merche perdía la vida.

En aquellos días de encierro absoluto, la televisión era mi único entretenimiento. Mantenía encendido el aparato desde primera hora de la mañana hasta después del último informativo, aunque no siempre le hacía caso. Lo que más me llamaba la

atención era la costumbre de terminar el telediario con un reportaje alarmante sobre los efectos de cualquier hábito cotidiano o doméstico: el gas se ha cobrado equis vidas este año, los asientos del autobús ocasionan malformaciones dorsales gravemente perniciosas, roncar puede tener fatales consecuencias... Decían que el ronquido produce un suministro entrecortado de aire que deriva en la falta de oxigenación de zonas vitales del cerebro, lo que, a la larga, puede causar la muerte por paro cardíaco. Merche roncaba un poco, pero se ve que no lo suficiente. Después de mil noches en vela, acechando su descanso con la esperanza de que el ronquido se hiciera estertor, llegué a la conclusión de que antes me mataría a mí el insomnio.

En realidad, acortar el plazo era una sencilla cuestión de orden: bastaría con que la almohada, en lugar de estar bajo su nuca, estuviera sobre su cara. La idea me la sugirió una película cuya doctrina me apresuró a desestimar por dos razones: porque yo nunca le haría daño a Merche y porque el criminal era un ser depravado movido por el cobro de una herencia, algo de muy baja calidad moral. Además, en esa historia había un pacto de por medio, y eso siempre trae complicaciones. La cooperación entre liquidadores, en todo caso, debería ser espontánea, de modo que cada cual se aplicase a su cometido sin dar ni rendir cuentas a nadie.

Lo ideal, si la renuencia de Merche a expirar por sí misma hiciera necesaria la intervención de un tercero, sería que el crimen se cometiese sin que yo supiera a quién agradecerse. Pero este planteamiento pecaba de poco generoso por mi parte, ya que me mostraba dispuesto a recibir sin haber dado antes. Ciertamente que una vez desniqué a una vieja, pero la sospecha de que su defunción no hubiese beneficiado a nadie anulaba el valor de ese acto como contribución al club de homicidas benefactores. Si quería saldar mi deuda con quien me hiciera viudo debería volver a matar.

Claro que, siendo mi víctima una perfecta desconocida, siempre cabría la posibilidad de que la nueva muerte fuese tan estéril como la primera. En fin, que me veía en la obligación de seguir matando hasta el día en que, al volver a casa, encontrase a Merche sin vida. El clavo quedó remachado la noche en que pasaron una cinta realmente esclarecedora. Su protagonista, un asesino en serie, despejó mis dudas y silenció mis escrúpulos de manera admirable.

Henry debía de ser el más eficaz criminal llevado al cine. A su lado, Norman Bates era una tímida araña que solo apresaba a los incautos que acudían a su recóndita urdimbre. No mucho más lejos iba Popaul, el romántico carnicero francés que prefería morir antes de rebanar el cuello de su amada. El T-800 sí que mataba a granel, pero lo hacía mal porque su único objetivo era iquidar a Sarah Connor y siempre se le escapaba. Para el engreído Anibal Lecter, el crimen debía ser un laberinto del que solo él conociese la ruta. Drácula, con su título de príncipe de las tinieblas, no era más que un ser agonizante, obligado a matar porque solo la muerte de los demás lo mantenía vivo. En cambio, para Henry, matar era ir de compras, salir a dar una vuelta. En sus crímenes no había odio, vanidad o temor. Mataba sin ninguna necesidad, sin cumplir una misión. Mataba, sencillamente, porque había descubierto que, si tomas ciertas precauciones, lo puedes hacer sin que te pase nada: «Si disparas a la cabeza con un 45 cada vez que matas a alguien eso se convierte en tu marca, pero si a una la estrangulas y a otra la apuñalas y a una la rajas y a otra no, la policía no sabe qué hacer. Piensan que hay cuatro asesinos. Lo que ellos buscan, lo que facilita su trabajo es una constante: lo que llaman *modus operandi*». Palabras de Henry.

Resuelto a empezar lo antes posible mi serie de crímenes, tracé un plan. El primer paso sería buscar un hábitat pródigo en víctimas. Palma no era la ciudad más indicada para que una

docena de asesinatos pasara desapercibida. Alegando que la humedad de la isla me sentaba fatal, convencí a Merche de que nos trasladásemos a la no menos húmeda Barcelona.

El segundo punto a considerar partía de otro precepto de Henry: «Lo más importante es moverse mucho. Entonces es más difícil que te cojan». A mí, la movilidad no se me daba bien. Siempre que me había ido de casa había vuelto hecho unos zorros. Deseché, pues, esta recomendación y me centré en la de variar el modo de actuar. Esa noche me agazapé en los quicios de los portales, me oculté a la vuelta de las esquinas y me introduje en el interior de un coche, con un cordel entre las manos, para esperar, tumbado a los pies del asiento de atrás, a que llegase su ocupante, sin saber si sería una persona o dos o quizás alguna más y entonces me descubrirían. Mi excitación alcanzó tal grado de intensidad que acabó por despertarme.

La persiana filtraba los primeros albos. Acezante, sudoroso, un poco asustado, un mucho enardecido, me incorporé dispuesto a consumir la fantasía soñada. Cogí mi ropa con sigilo y fui a vestirme a la cocina para no despertar a Merche. Antes de salir elegí un cuchillo. Mejor que el cordel, sin duda. Caminé hasta la parada de autobús, subí al primero que pasó y estudié con disimulo a los pocos usuarios, ni media docena, todos hombres, convencido de que uno de ellos sería ese madrugador a quien Dios no ayudaría demasiado. En seguida lo identifiqué. Era un hombrecillo de aspecto pulcro, pero insignificante. En el autobús, en la oficina, en su casa, allí donde estuviera, no debía de tener más presencia que un paragüero. Apoyaba un portafolios sobre sus piernas, tan cortas que apenas rozaba el suelo con la puntera de sus zapatos, lo que le daba una sensación como de ir sentado de puntillas. Cumplía, por tanto, los dos requisitos indispensables para ser mi víctima: carecer de signos externos que justificaran su

existencia y evidenciar una endeblez palmaria que facilitase su acogotamiento.

Por esta segunda condición no debería juzgárase cobarde, sino prudente. Pese a tener una complexión tirando a recia, nunca he resuelto nada por la fuerza. Cambiar este buen hábito justo cuando me iniciaba en una actividad tan azarosa no solo habría sido incongruente, también temerario. Las cosas no siempre salen como uno espera, y son tantas las minucias que pueden arruinar la carrera de un asesino: un botón, un cabello, una viruta de piel enganchada entre las uñas de la víctima. Y no digamos una descripción, en el caso de que llegase a escabullirse. Henry podía recorrer cincuenta estados. Yo no estaba dispuesto ni a cambiar de barrio. Por eso, cada elección que hiciera debería ser ejecutada de un modo limpio e inexorable.

Seguí al hombrecillo hasta un bloque de oficinas en la zona izquierda del Ensanche y aguardé su salida. No me impacientaba el transcurrir del tiempo. Puedo pasar horas y horas casi inmóvil, mientras en mi cabeza se desarrollan visiones, previsiones y revisiones de difícil contraste. Al medio día, la salida del edificio se convirtió en la boca de un hormiguero, pero mi víctima no salió. Sería de los que se llevan la comida en un tupper o forrada en papel de aluminio, como también yo en otros tiempos. Aproveché para tomar algo y regresé sin apresurarme. A partir de las ocho, se reprodujo el vertido de personal. Vi pasar frente a mí decenas de hombres tristes, enclenques, mediocres, adecuados todos ellos a mi propósito. En cambio, el que yo había elegido, seguía sin salir. No lo hizo hasta una hora después, cuando la calle estaba casi desierta. Inesperadamente, cogió un taxi y escapó. Un asesino con menos recursos habría maldecido aquel lance que lo alejaba de su presa, quizá definitivamente. Yo, por el contrario, lo celebré, porque me permitía poner en juego una de mis cualidades más apreciadas: cazar números al vuelo y memorizarlos. Gracias a

este don no tuve la menor dificultad en retener el teléfono que figuraba en la puerta del vehículo. Hablé con una señorita a la que dije haber extraviado un paquete, posiblemente en el taxi que había tomado a tal hora en tal sitio.

—A ver... Sí, 21:15, Urgell, Plaza del Pi. Pues el conductor no ha reportado nada. Si quiere...

Era suficiente. Al día siguiente me empecé junto al *pi* con tiempo de sobra para ver llegar al hombrecillo. Fue una espera vana porque no se presentó. Cabía la posibilidad de que la visita del día anterior hubiera sido un hecho fortuito, con escasas o nulas probabilidades de repetirse, pero también pudiera ser que se tratase de una cita con periodicidad superior a las veinticuatro horas. Me aferré a esta opción. Mantendría el lugar bajo vigilancia durante un ciclo de siete días. Si pasado ese tiempo no se producía el contacto, lo volvería a buscar frente al edificio de Urgell. Necesité agotar todo el plazo para comprobar que la cita del hombrecillo era semanal. Atravesó el portal de una casa antigua, del siglo XVII, según deduje, cuya hermosa fachada, esgrafiada con alegorías como *serenitas*, *victoriam*, *pacis*, me sirvió de entretenimiento. Salió al cabo de una hora. Caminó hasta la Rambla, donde cogió un autobús. Me senté cerca de él para poder observarlo. A pesar de que el servicio iba medio vacío él no podía percibir mi vigilancia porque estaba demasiado ocupado en vigilarse a sí mismo. Con movimientos nerviosos, revisaba meticulosamente cada parte de su atuendo, temeroso de la huella que pudiera delatar su adulterio. Incluso después de bajarse, solitario y minúsculo en la acera, seguía escrutando cabellos entre la lana de su traje. Luego, el autobús giró en el cruce y lo perdí de vista.

No lo volví a ver hasta la cita siguiente. Llegué al edificio poco después de las diez y aguardé su bajada emboscado en el interior del portal. No voy a explicar la forma en que me deshice del

sujeto. Sé que nunca lo habría hecho de no haber conocido la historia de Henry y no quisiera que mi relato pudiera inducir a otros a seguir mis pasos. Lo que no puedo obviar es un incidente cuya consecuencia pudo poner fin a mi carrera criminal, apenas comenzada. Todo empezó cuando, siguiendo un impulso repentino, me apropié de la cartera de mi víctima. La acción desató una fuerte controversia en mi ánimo, ya que la obtención de un beneficio material nunca había formado parte de mis motivaciones. Como no hay peor delator que el propio desacuerdo, me obligué a justificar este acto. Hacía tiempo que el descenso de mi peculio me venía preocupando seriamente, y sin duda por esa razón mi inconsciente me hizo tomar un dinero que me permitiera proseguir mi carrera sin agobios económicos. La explicación era fácil, discutible quizá, pero irrefutable por el momento.

Cuando llegué a casa, no solo estaba tranquilo, sino que hasta me sentía alegre. Encerrado tras la firme impunidad que me daba el débil pestillo del baño, revisé el fruto de mi rapiña. No habría sido prudente entretenerme junto al cadáver, y por eso, en la oscuridad del portal, me había limitado a extraer de la cartera todo lo que tuviera tacto de papel. El dinero, presumiblemente aligerado tras el pago de los servicios recibidos, no era mucho. El resto, anotaciones sin interés, fueron arrojadas al sanitario. Todas, excepto una. Contenía un nombre y un número de teléfono. El nombre era Fina.

Estas cuatro letras removieron el fondo de mi memoria para sacar a la superficie, más firme que nunca, mi vieja convicción sobre la naturaleza diabólica de aquella mujer. Fueron sus manos las que me mostraron el primer horror de la sangre, fue la total abstinencia de aquellas jornadas, atado a los barrotes de la cama, la que secó algunas vías de mi cerebro hasta confinar mis buenos sentimientos en sus cándidas reservas, impidiendo así que

acudieran a combatir el despliegue del mal que empezaba a adueñarse de mis sesos.

Me reconocí en aquel hombrecillo al que acababa de matar y sentí por él tanta lástima como antes había sentido por mí mismo. Fue apenas un instante, porque en seguida la pena se volvió júbilo ante el convencimiento de haberlo salvado de un destino tan horrible como el mío. Mientras lo degollaba, en ningún momento había sentido la menor piedad por él, pero, de haber sido así, mi mala conciencia se habría esfumado por completo tras el inesperado descubrimiento.

Súbitamente, la línea de mi vida cambiaba su trazado. La recta sin final previsible se convertía en una curva a punto de cerrarse. La sucesión indefinida de crímenes se reducía a uno solo: el de Fina, cuya muerte pondría fin a mi vocación homicida. Lo sucedido en los últimos días quedaría en mi mente como una pesadilla, y yo volvería a ser un buen contable, un poco incómodo para mis amigos, pero nada comparable con el monstruo en que estaba a punto de convertirme.

Acerqué la oreja a la puerta entreabierta del dormitorio. Un tenue fragor de ronquidos me confirmó que Merche dormía. Para mayor precaución, cerré del todo. La nota temblaba en mi mano, pero no hasta el punto de impedirme leer el número. Lo marqué.

—¿Sí?

—¿Fina?

—Dime, cariño.

No era la voz que esperaba, aquella voz que derretía los tímpanos y abría llagas en la piel.

—¿Fina? —repetí.

—Sí, dime, ¿quién eres?

No quise identificarme, pero concerté una cita para el día siguiente. La mujer abrió la puerta sin descorrer la cadenilla.

—¿Te conozco?

A través de la rendija pude comprobar que la voz no era lo único que le había cambiado. Aquella mujer que se hacía llamar Fina no era la que yo buscaba. En una fracción de segundo barajé mis posibilidades: dar media vuelta y alejarme, frustrado por no haber podido cerrar el círculo, o retomar la sucesión de crímenes sin motivación personal. Henry fue más rápido.

—No, es la primera vez que vengo.

—¿Te manda algún amigo?

Volví a titubear. No podía darle el nombre del enano.

—He visto tu teléfono en la prensa.

Podía ser que aquella Fina no se anunciase, pero no se me ocurrió otra cosa. Acerté con el farol.

—Perdona, cariño, pero es que hay tanta inseguridad. Anoche mismo mataron a un cliente mío aquí abajo, en el portal.

La alusión a mi crimen me hizo palidecer. Fina se apresuró a disculparse.

—¡Pero fue casualidad! Tengo cientos de clientes y nunca había pasado nada parecido.

Azorada por su torpeza, me abrió. Azorado por mi impericia, la abrí. Esta vez, la operación fue más lucrativa. No solo recuperé lo que faltaba en la cartera del enano sino que me adueñé de lo que Fina había recibido de otros.

A la mañana siguiente me levanté más risueño de lo habitual. No quise despertar a Merche. Desayunaría en alguna cafetería del centro y luego quizás abriera una cuenta para depositar el dinero adquirido la noche anterior. Subí al autobús y ocupé el primer asiento libre. La chica de al lado cruzó las piernas, probablemente para evitar el roce de nuestras caderas. Tenía unas rodillas muy bonitas. Miré hacia otro lado, pero no por eso dejé de recibir información sobre ella. Olía como huelen las mujeres recién perfumadas. Con el rabillo del ojo atisé el confín de su falda. Luego, fingí mirar más allá de ella, a través de la ventanilla, pero

enfoqué más corto para quedarme en su perfil. No me pareció especialmente guapa, aunque me costaba imaginar su aspecto natural, oculto ahora bajo un exceso de cosméticos. Lo único cierto es que aún tardaría en cumplir los veinte, dictamen confirmado por la elasticidad de sus movimientos cuando pasó frente a mis piernas recogidas y caminó pasillo adelante en busca de la salida. La poderosa imagen de sus nalgas debería haber sido la última de aquel encuentro fugaz, pero antes de que se cerraran las puertas, impelido por no sé qué anhelo, brinqué fuera de mi asiento y bajé tras la chica. Seguí su andar indolente y voluptuoso hasta una tienda de confección para mujer, frente a la cual se detuvo, sacó unas llaves del bolso y subió el cierre. Desde la acera, a través del escaparate, observé cómo accionaba los interruptores del cuadro eléctrico, haciendo que se encendieran las luces y sonase una música de fondo que la acompañaba en su cadencioso ir y venir, tomando blusas de los estantes para colgarlas en perchas y retirando las de las perchas para doblarlas y guardarlas en los estantes. Su ritmo acompasado aplacó mi tensión arterial y me hizo comprender que aquella joven dependienta sería mi tercera víctima.

Los días siguientes la vigilé desde mi coche. Ahora tenía dinero para comprar combustible y contemplar la vida a través del cristal me hacía sentir como un héroe de celuloide. Llegó la tarde del viernes sin que la chica hubiera hecho nada especial. De su casa a la tienda y de la tienda a su casa, una colmena del barrio de Montbau. Sin embargo, el sábado, tras echar el cierre, cogió un taxi que la dejó a las puertas de una discoteca. Convencido de que mi presencia en el local habría llamado la atención, esperé fuera. Salió en compañía de tres chicos. Vi cómo se metían en un coche y conduje tras ellos. Dejaron la ciudad por la carretera de la Arrabassada. No llevarían media hora de trayecto cuando su coche hizo una serie de giros extraños. En uno de ellos, se salió del

asfalto y frenó bruscamente. Se abrió la puerta de atrás y la chica fue arrojada del vehículo, que arrancó de nuevo y se alejó de allí. Me aproximé despacio hasta detener la marcha junto a la joven. Había conseguido incorporarse, pero estaba todavía confusa. Cuando la abracé, su mirada pasó del horror al agradecimiento, expresión que mantuvo hasta quedar inerte entre mis brazos. Creo que ni siquiera supo que se estaba muriendo.

Regresé eufórico. Esta vez la tipología de la víctima, el lugar del crimen y la forma de su muerte, que seguiré sin referir, habían sido radicalmente distintos a los anteriores.

Aquella noche, cabalgando sobre mi Merche, supe que me había convertido en el más perfecto de los animales mortíferos. No como el patético asesino de uniforme, que mata por una medalla, un credo o una bandera. O el pinchaúvas de reyerta, que antes de hundir la navaja se embarra en el tú dijiste, tú dejaste de decir. Me permitía incluso mirar por encima del hombro al asexuado Henry, que se obligaba a matar a la mujer de la que se enamoraba, cayendo en la terrible contradicción de establecer un vínculo entre él y su víctima, un punto débil que tarde o temprano llevaría a su detención.

Yo, en cambio, nada más cumplir una misión corría a sumergirme entre las ingles purificadoras de Merche, encadenando muerte y sexo, haciéndolos compartir calendario. Mientras la poseía respiraba su aliento cálido y entrecortado, que se convertía en mi alimento. Después bebía en los cuencos de sus ojos y sus lágrimas eran el elixir de la vida para mí.

Así ha venido siendo noche tras noche, crimen tras crimen. Hasta que esta mañana, al girar la cabeza sobre la almohada, me he dado de bruces con su carta. Dice que se va para siempre, y yo no tengo fuerzas para seguirla. Porque yo, algunos ya lo habrán presentido, llevo siglos sin salir de casa. La última vez fue el día en que el jefe de personal me dijo que era un profesional como la

copa de un pino, que estaba seguro de que no tendría problemas para encontrar trabajo en cualquier parte, que la empresa daría las mejores referencias sobre mí, pero que mi conducta, últimamente... En fin, que necesitaba un descanso, un cambio de aires, Mallorca me vendría bien.

Pero no fui a Mallorca, ni tampoco a Barcelona. Ni conocí a Kiki ni a su trama de mafiosos. Al que sí conocí fue al enano que fingí asesinar en primer lugar. Era el jefecillo que me echaba de la empresa y aún tenía la insolencia de aconsejarme poner mar de por medio. Y la chica de la tienda era clavadita a su secretaria, una joven cuyo perfumado contoneo me hizo errar más de una cuenta.

Pobre reivindicación de un espíritu enfermo. Todo falso, deformado. Lo único cierto, lo único cálido y entrañable de mi vida ha sido Merche, mi Merche.

Pero ya no está, y no sé qué hacer, si ejecutar mis fantasías o llevar estos folios a un editor. En ambos casos tendría que salir de casa, y eso supondría asearme un poco, vestirme de calle, en fin, hacer cosas a las que estoy deshabitado. Creo que me echaré desnudo sobre la cama y, extendiendo los brazos y las piernas en forma de aspa, fingiré que he sido atado por alguna encarnación del mal y dejaré pasar las horas, los días. Solo me arropará, colocada sobre mi pecho, la carta de Merche, mi Merche, lo único...

Nota del autor

A primeros de junio de 1995 tuve ocasión de hablar con Vázquez Montalbán, sobre quien me había formado la idea de hombre compacto y vitalista. Quizá lo fuera en otro tiempo, pero no en aquel. Retrepado en un butacón de piel oscura, que el librero había dispuesto con mejor intención que acierto en un ángulo de su quiosco, hacía esfuerzos por seguir firmando dedicatorias, pero la creciente crispación de su rostro denotaba que su resistencia atravesaba por un momento crítico. Después de rubricar el ejemplar del hombre que me precedía, se rebulló en su asiento y miró hacia atrás, buscando al responsable de su presencia para indicarle que hasta ahí había llegado. Tuve suerte. Su mirada tropezó con la nuca del destinatario, que en ese momento conversaba con otra persona vuelto de espaldas al escritor. Montalbán dudó un instante y luego me miró, suplicándome que desapareciera. Mi renuncia habría sido inútil, ya que detrás de mí aguardaba una fila de longitud considerable. Coaccionado por su compromiso mercantil, Montalbán se resignó a fingir atención a todas las ocurrencias que yo tenía preparadas para ese momento. Lo reconozco, soy de esos fans impertinentes que no se acercan a su ídolo para escucharlo, sino para obligarlo a escuchar. Finalmente, le pedí que me recomendara un libro suyo. Sin dudar, señaló *El estrangulador*. Escribió unas palabras, «Para (...) de parte del estrangulador de Barcelona», me dio una mano desfallecida y, sin aguardar el fin de mis agradecimientos, se levantó y salió por la puerta trasera en busca de un espacio menos sofocante.

Acribillado por las miradas de quienes sin motivo me culpaban de haber provocado la indisposición del escritor, yo

también me alejé del barullo ferial. No es fácil encontrar en el Retiro madrileño un paseo poco transitado, abovedado por acacias centenarias que dan sombra a dos hileras de bancos, libres en su mayoría. Pero esa mañana tenía la suerte de cara. Me senté, saqué uno a uno los libros que había comprado y los estuve resobando, como si mis dedos tuviesen la facultad de transferir su contenido a mi cerebro ahorrándome el esfuerzo de leerlos. Como no era así, los devolví a la bolsa y establecí un orden de lectura. Impugnando el hábito gastronómico de guardar para el final el manjar más apreciado, concedí a la obra de Montalbán el primer lugar. Por aquella época me encontraba en plena fase de emulación, y la trama me fascinó hasta el extremo de que, nada más terminar su lectura, comencé a escribir un relato inspirado en ella.

No hay nada literariamente pecaminoso en extraer ideas de allí donde se encuentren las mejores. Si el estrangulador de Boston había sido semilla del de Barcelona, ¿por qué no iba este a serlo de mi contable? No recurrí, en cambio, a connotación externa en el uso de los nombres de Kiki y Bobo, que se abrieron paso en mi mente de un modo espontáneo.

Años después, al conectarme a Internet, una de mis primeras pesquisas fue comprobar que ninguno de mis relatos hubiese sido plagiado por algún desaprensivo. Al teclear *Kiki y Bobo* el buscador me respondió con numerosas entradas. No tenían nada que ver con mi cuento, sino con el llamado *efecto kiki/bouba*. Según leí, en 1929 el psicólogo Wolfgang Köhler había realizado un experimento consistente en mostrar dos figuras en forma de estrella, una puntiaguda y otra redondeada, y preguntar cuál era *kiki* y cuál *bouba*. Más del 95% de los preguntados asociaban *kiki* con la puntiaguda y *bouba* con la redondeada. Este experimento fue repetido en múltiples ocasiones con individuos de etnias diferentes e incluso con niños menores de tres años, siempre con

los mismos resultados. Probablemente, esta asociación forma-sonido se deba a que la letra *k* suena más agresiva que la *b*. Pura sinestesia. En cualquier caso, me alegró saber que mi cuento coincidía con la mayoría de los encuestados, al estar protagonizado por una Kiki incisiva y un Bobo maleable.

OTROS CUENTOS

Aclaración
El fraile curioso *
La profanación *
Yoli *
Spleen *
Susana
Mi primera vez *
Amnón
La amiga embarazada
Paloma
La adúltera
La risa
Todos contentos
El 69
Aurora la Ventera
Bovary *
La gata
Injerencias

Nota: Los cuentos cuyo título acompaña un asterisco se incluyen, además, en otros volúmenes. Forman parte de *Tarde pero a tiempo* los cuentos *Spleen*, *Bovary* y *El fraile curioso*. Este último también se encuentra en *Echando el cierre*, igual que *La profanación*, *Yoli* y *Mi primera vez*.

ACLARACIÓN

Soy consciente de que la sustitución en el título de la S final por una X puede alumbrar la idea de un erotismo burdo de butanero y ama de casa, de paciente y enfermera. Pero la X, al menos en este caso, representa el sexo en cualquiera de sus acepciones. Y un relato sobre el sexo puede proponer la masturbación pero también la reflexión. En el primer caso, se dirige a un lector macho anclado en la etapa evolutiva del antropoide. En el segundo, busca al ser evolucionado, hombre o mujer, que se interesa por los aspectos cultural, social y psicológico del sexo. De este cariz son la mayoría de los cuentos que componen esta colección. En ellos se trata el incesto, la sexualidad enturbiada por el crimen y, naturalmente, el erotismo abierto.

Durante dos semanas, estos relatos formaron parte del catálogo de una editorial de ámbito universal. Luego, el censor entendió que su contenido violaba las normas de la casa y ordenó su retirada. No sé por qué. Los episodios que pudo considerar más escabrosos vienen siendo practicados por el hombre desde el inicio de los tiempos, como registra el Antiguo Testamento. El primer incesto conocido fue el de Caín: habiendo Dios creado una sola mujer, a los hijos de Eva no les quedó más remedio que copular con su madre o con alguna hermana si querían tener descendencia. Su ejemplo fue seguido por los hombres de otras generaciones, aunque ya había mujeres donde elegir: el patriarca Abraham se casó con su hermana Sara, de la que tuvo a Isaac. Parece que a Dios el incesto no le parecía mal. Tras destruir Sodoma por conducta pecaminosa, vio con buenos ojos que Lot engendrara en sus hijas a moabitas y amonitas. Moisés había nacido de la unión de una tía con su sobrino y fue elegido por Dios como depositario de su Ley. Tamar fue violada por Amnón,

siendo ambos hijos del rey David, el cual miró para otro lado porque Amnón era su primogénito y lo quería mucho... En cuanto al Nuevo Testamento, qué pensar de una joven que, para dar a luz al hijo de Dios, se queda embarazada sin participación de su marido. Contado por los judíos, todo esto da lugar a un Libro Sagrado; contado por mí, a unos cuentos malditos. Cosas de la doble moral.

Por último, una aclaración lingüística. No me gustan los prólogos en los que se habla de situaciones y personajes que el lector aún no conoce. Tampoco estoy de acuerdo con las moralejas, que considero un menosprecio a la capacidad interpretativa del lector. Aun así, en esta ocasión he añadido al final de cada relato unas líneas que glosan lo leído y orientan sobre lo que se leerá. A estos combinados los he llamado *ultiprólogos*.

EL FRAILE CURIOSO

—Reverendo padre, ¿por qué algunos de nuestros doctores dedican su mayor esfuerzo a definir el sexo angelical?

—Porque todo lo que atañe al cielo es de la mayor importancia para nosotros.

—¿Y no hay contradicción en conceder a los ángeles una cualidad que negamos a las mujeres?

—Respecto a los ángeles no me pronunciaré. Es un tema que está más allá de mis alcances. Sí te diré que la Iglesia tiene sobrados motivos para negar la sexualidad femenina.

—Pero...

—Te pondré un ejemplo con el que no dudo alcanzarás nuestra razón. Tú conoces al señor de Rozalejo, ilustre benefactor de nuestra congregación.

—Y a su señora esposa, a la que yo tuviera por su nieta cuando los viera por primera vez.

—No juzgaré disparate tu apreciación. Cuando los casé, él tenía setenta y cuatro años y ella quince. Pero vayamos al grano. Desde aquel venturoso día, cada semana los he venido recibiendo a ambos en mi confesionario. Y mientras él se deshace en elogios sobre ella, que si la suavidad de su piel, que si la calidez de sus... Um, creo que no debiera hablarte de esto.

—Por favor, padre, hágalo. Son temas que un religioso debe conocer. Y por qué medio mejor que por vuestra boca sabia.

—Quizá no te falte razón. Pues como te decía, mientras él, un hombre anciano ya, no ve llegar la hora de acudir al lecho para llenar de caricias el cuerpo femenino, ella, recién inaugurada su adolescencia, me confiesa que los tocamientos de su marido le producen honda repugnancia y que solo haciendo un esfuerzo de

abstracción logra soportar sus besos, por no decir la coyunda. ¿Y qué podemos concluir a tenor de estas declaraciones? Que Dios dotó al hombre de una sexualidad inagotable y a la mujer la privó de ella incluso en su edad de plena lozanía.

—Puede que así le ocurra a la señora de Rozalejo, pero a otras, en cambio...

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso has conocido...?

—No padre, solo especulaba. Como condenamos la lujuria en la mujer...

—Condenamos la lujuria porque el coito solo debe ser vehículo para la procreación.

—Pero hay mujeres que se sirven de él para ganarse la vida. Es probado que hasta en la más pequeña aldea hay al menos una ramera.

—¿¡Qué palabra es esa en boca de un fraile!?

—Perdón, reverendo padre. Ya sé que debería llamarlas mujeres de vida alegre, pero ¿no estaría entonces admitiendo que gozan con el sexo?

—No, hijo mío, no gozan, no pueden. Esas mujeres son fingidoras.

—Pues también he oído hablar de mujeres que, sin ser... alegres, disfrutan del coito.

—Esas no son mujeres, son súcubos.

—¿Súcubos?

—¡Sí, súcubos! Encarnaciones de Satanás, que en su afán de llevar la contraria a Dios, no duda en meterse en el cuerpo de una mujer.

—Pero, entonces, si esas mujeres no obran por propia voluntad, ¿por qué las condenamos?

—Porque el Maligno lo intenta con todas, pero solo consigue sus propósitos con aquellas que prefieren seguir sus dictados antes

que los de nuestro Señor. Por eso condenamos la lujuria femenina, porque es una manifestación del Mal.

—Creo que ya lo he entendido. Al menos, por lo que respecta a la mujer. Pero, si Dios consiente la proclividad al sexo en el hombre, ¿por qué nosotros no...?

—Antes de que sigas, te daré un consejo: cuando hables con un superior nunca formules un *pero*, algo que has hecho dos veces en cada minuto. Y aun te diré más: si quieres prosperar en este oficio dedica tus esfuerzos a temas que, lejos de turbar, afiancen tu condición de religioso. Recuerda: La mujer es más amarga que la muerte. Eclesiastés, 7:26.

Ultiprólogo

El antagonismo entre la moralidad eclesiástica y la razón más elemental suscita alguna duda razonable en quien todavía no ha sido uncido con el yugo del dogmatismo. ¶ En el relato siguiente, un seglar enfrentado a este tipo de cuestiones toma la decisión que le dicta el amor.

LA PROFANACIÓN

Ordenó que dejaran a su hija tal como llegó del viaje, sin permitir que el ama la desnudara por miedo a que su cuerpo se rompiera. Pidió a los criados que salieran de la estancia y se acercó hasta la cama bajo cuyo dosel la niña respiraba apenas. El traqueteo del carruaje había acelerado el desenlace y su piel exangüe parecía ya la de un cadáver de apenas quince años. Dicen que nuestro fin ha sido escrito aun antes de que nació. Pero, ¿por quién? ¿Qué mente todopoderosa podría concebir semejante condena? Su hija era la niña más hermosa que jamás se hubiera visto. Ningún hombre se atrevió nunca a expresarlo de un modo audible, pero en todos los ojos que tuvieron el privilegio de contemplarla se pudo leer el mismo pensamiento asombrado: era Venus rediviva. Y, sin embargo, aquella diosa del amor estaba a punto de expirar sin haber conocido el sentimiento que ella misma representaba. ¿Qué mente todopoderosa pudo escribir semejante destino? Las lágrimas que habían empezado a brotar mansas de los ojos del padre, se volvieron más y más impetuosas a medida que en su frente se dibujaba un sentimiento de rebeldía. Venus desamorada, Venus intangida, Venus virgen... Conmovido, el padre se fue inclinando sobre su hija de un modo paulatino. La proximidad de su rostro al de ella le pasó inadvertida hasta que una de sus lágrimas cayó sobre la mejilla de la niña y rodó hacia la comisura de sus labios. Aunque involuntaria, su injerencia en la belleza hierática del cutis virginal le pareció una transgresión atroz que debía ser enjugada inmediatamente. Pero no había lienzo de tal pureza que mereciese tocar aquella piel a la que, en su aflicción, atribuía naturaleza divina. Sería un sacrilegio. Aunque acaso haya designios indignos

de acatamiento. Además, la transgresión no sería tan grave si procedía de la misma carne. Resueltamente, acercó sus labios a los de su hija y absorbió su propia lágrima. Sintió en su rostro el hálito débil de la joven, exánime pero no yerta. Le dio tanta pena. Aquel prodigio de hermosura a punto de perecer sin haber conocido el amor carnal. Entreabrió la boca para acoger en ella un labio que nunca había sido besado. Entonces ocurrió el portento. Una corriente de aire cálido batió las hebras de su barba. Sobrecogido, el padre se incorporó para comprobar que el pecho de la joven palpitaba como llevaba días sin hacerlo, como quizá nunca lo había hecho. Su instinto humano se enfrentó a la voluntad de los dioses enarbolando la idea de que, si bien no podía prolongar la vida de su hija, sí debía darle aquello que se le negaba. Y se inclinó de nuevo para volver a besarla. Mientras lo hacía, extendió una mano sobre la falda. Sus dedos arrastraron la tela hacia arriba, pliegue a pliegue, provocando en su hija un creciente anhelo explícito en la turgencia insospechada de sus senos. Aquel renacer de la vida lo animó a seguir hasta alcanzar el pubis. El cosquilleo suave de los rizos en torno a sus dedos le recordó que no era él quien debía sentir placer, sino ella. Y por cierto que lo sentía. Pero, ¿por cuánto tiempo? La idea de ganarle la carrera a la muerte lo impulsó a continuar. Suavemente, acarició los labios vaginales cuya creciente humedad lo invitaba a proseguir. Lo hizo con los ojos cerrados y la mente absorta para enajenarse de sus manipulaciones. Lo hacía por ella, solo por ella. Alcanzó el himen intacto. Empezó a frotarlo con miedo, pero los suspiros y estremecimientos de su hija negaban razón al temor. No supo cuánto duró aquello. En su memoria solo quedaron dos acontecimientos imborrables: el éxtasis y la expiración. Y en su conciencia, la certeza de haber transgredido el destino.

Ultiprólogo

Nuestra Academia define «profanar» como tratar algo «sagrado» sin el debido respeto. No hay, por tanto, profanación donde no existe lo sagrado. Si de algo se pudiera culpar a este padre es de actuar de un modo contrario al dictado de una moralidad que condena la felicidad de quienes transitan por este valle de lágrimas. Lo cierto es que la relación carnal entre consanguíneos ha existido en todos los tiempos y civilizaciones, recibiendo un trato distinto según el legislador de turno. ¶ Pero, ¿es siempre un acto depravado?

A Yoli le gustaba pasar el día con su padre.

—Mamá nunca me trae al campo.

—Es que está muy ocupada con su trabajo.

—Tú también, y si te dejaran vendrías a verme todos los días.

—Sí, eso es verdad. ¿Qué es lo que más te gusta de mis visitas?

—Que hablamos de cosas. Contigo me siento... no sé, mayor.

—Es que ya eres mayor. Estás creciendo mucho.

—Sí, además me están saliendo...

Yoli se puso colorada.

—¡Uy! Te iba a decir algo... Es que de eso solo hablamos entre chicas.

Pablo comprendió la turbación de su hija. En los últimos tiempos, Yoli había experimentado un cambio físico apreciable. Quizá ya hubiese tenido su primera menstruación.

—¿Sales con algún chico?

—No. Hay uno que no está mal, pero es un poco tonto.

—¿Por qué? ¿Se ha pasado contigo?

—¡Qué va! Al contrario. Cuando le hablo de cosas de chicos y chicas se pone rojo, empieza a tartamudear y dice que aún somos muy pequeños para hablar de eso. ¡Pero ya tenemos once años! Si lo vas dejando al final se te pasa el arroz.

La expresión le hizo gracia.

—¿El arroz? ¿Y eso que es?

—Ya sabes. Es lo que se dice cuando una chica no tiene relaciones con un chico.

Pablo se detuvo sorprendido. Se veían todos los meses, pero hasta entonces nunca habían hablado de sexualidad.

—¿Es que tus amigas ya...?

—Se besan. Y Almu dice que ha hecho más cosas, pero yo no me lo creo.

—Esa Almu, ¿también tiene once años?

—No, trece. Pero es muy canija. Yo estoy más desarrollada que ella.

Pablo suspiró desconcertado. Lo encantaba que su hija tuviese la confianza necesaria para exponerle sus intimidades iniciáticas, algo que, sin duda, no hacía con su madre. Pero temía no saber conducir la conversación.

—Pues no sé qué decirte. Entiendo que estés impaciente, pero...

—No, si no tengo prisa. Es solo que como siempre están hablando de eso... A mí me gustaría saber cómo es un beso, pero ya te digo que el chico ese es un poco retrasado. Seguro que ni sabe hacerlo. Y dicen que la primera vez es algo maravilloso.

—Bueno, digamos que es distinta porque es una sensación nueva, algo que no conocías. Pero un beso es maravilloso siempre.

—Entonces, no entiendo por qué la gente no se está besando todo el tiempo.

—También comer puede ser maravilloso. O leer un libro, o ir al cine... Y no lo hacemos continuamente.

Yoli eludió el intento de cambiar de tema.

—Tú habrás besado a mamá millones de veces.

—Es posible. No se me ocurrió contarlas.

—Entonces, sabrás besar muy bien.

—Supongo. Al menos, ninguna mujer se ha quejado.

Ahora, la que pareció sorprenderse fue Yoli.

—¿Es que has besado a otras?

Pablo necesitó meditar su respuesta. De un modo inconsciente, se adentraba en un paraje cuyo suelo se volvía cada vez más resbaladizo.

—No es bueno que los adultos vivan sin amor.

—Mamá lo hace.

Por mezquina que sea esta reacción, ningún hombre puede reprimir un estremecimiento de alborozo al saber que su ex aún no lo ha sustituido. Pablo quiso consolidar la noticia.

—Que no lleve a nadie a casa no quiere decir que no esté saliendo con alguien.

—Si lo hiciera no estaría siempre de mal humor.

La explosión de alegría de Pablo duró exactamente el tiempo que tardó Yoli en retomar, del modo más brusco, el asunto que la interesaba.

—¿Por qué no me besas?

Pablo trató de engañarse a sí mismo.

—Lo hago siempre al recogerte y al despedirte.

Yoli pasó por alto el subterfugio de su padre.

—Quiero saber lo que se siente. Y quiero que seas tú quien me lo enseñe, no un idiota que ni siquiera sepa hacerlo. Además, tú eres mi padre. Eres el responsable de enseñarme todo lo que no enseñan los maestros... Bueno, el de mates está muy bien. Quizá se lo proponga a él...

Pablo se paró en seco. Su mano se cerró en torno al brazo de su hija con más brusquedad de la necesaria para detenerla.

—Yoli, vamos a dejarlo. Ya sé que a tu edad este juego resulta fascinante, pero también peligroso, más de lo que te imaginas.

—Es que no estoy jugando, papá.

Repentinamente seria, Yoli aguantó la mirada de su padre con un gesto que acrecentó su edad.

—Estoy cruzando el límite. Por eso te pido que me ayudes.

La declaración era de una ambigüedad inquietante.

—Cuando dices que estás cruzando el límite, ¿a qué te refieres?

—A que ya he empezado a manchar.

Como si allí fuese a encontrar la confirmación de estas palabras, a Pablo se le escapó la vista hacia el vientre de su hija, quien, comprensiva, lo reprendió en un susurro.

—Ahora no. Ahora estoy limpia.

Un parpadeo avergonzado y la vista regresó al rostro de la chica. No llegó a su destino porque tropezó antes con el abultamiento de la blusa que, hasta ese momento, le había pasado inadvertido. Aprovechando la turbación de su padre, Yoli se llevó el índice a la boca para humedecerlo con su saliva. Luego extendió el brazo y apoyó su dedo en el labio inferior de Pablo para, desde allí, recorrer lentamente todo el perímetro de la boca.

Pablo envolvió con sus manos la cara de Yoli y acercó la suya. La niña lo miró con ojos expectantes, pero, sobre todo, limpios, de una limpieza que Pablo se sintió incapaz de soportar. Estuvo a punto de echarse atrás, pero el abismo lo atraía tanto a él como a ella. Con un hilo de voz, suplicó más que ordenó:

—Cierra los ojos.

—¿Por qué? Quiero ver lo que pasa. Las estrellas y todo eso.

—Eso pasa dentro de ti. Si dejas que lo de fuera te distraiga no podrás verlo.

—¿Mamá también cierra los ojos?

—Los dos lo hacemos. Mira, yo lo hago.

Y entornó los párpados sin llegar a juntarlos hasta ver que Yoli obedecía su petición. Solo entonces, acercó su cara y dejó que sus labios rozaran la frente de su hija. La protesta fue inmediata:

—No, ahí no. Tiene que ser en la boca.

Pablo demandó silencio con un siseo y besó los ojos de Yoli para evitar que los abriese. Luego, sus labios indecisos iniciaron el descenso, rozando apenas la piel de las mejillas infantiles, hasta alcanzar la comisura de la boca. Sintió la reacción de Yoli, un estremecimiento, un inicio de risa. El contacto había sido tan leve que le había producido el efecto de un cosquilleo. Para evitar una

nueva protesta, Pablo apretó sus labios sobre los de la niña y los fue recorriendo de izquierda a derecha, de arriba abajo, hasta sentir que se entreabrían, esta vez no para reír, sino para tomar aliento. Entonces, aflojó la presión e inició un mordisqueo cuya falsa agresividad era inmediatamente mitigada por las caricias de su lengua, que no se demoró en buscar, más allá de los dientes, una pareja de baile con la que danzar a un ritmo cada vez más frenético... Sintió entonces una humedad cálida en las manos. Abrió los ojos. Las pestañas de Yoli, manantiales de lágrimas, lo asustaron.

—Yoli, ¿qué te pasa? ¿Te he hecho daño?

La niña apretó sus facciones y mantuvo los ojos cerrados mientras musitaba con la voz entrecortada:

—No, no... Es que es tan... fuerte... tan...

Y exigió con vehemencia:

—¿Por qué has parado? ¡Sigue! ¡Sigue! Bésame otra vez, pero ahora no te pares. Quiero saber cómo es el final.

¡Zas! El mazo del juez restalló como si en vez de estrellarse contra la madera lo hubiera hecho sobre su cabeza.

—Pablo R.M. Está ante este tribunal acusado de haber mantenido relaciones deshonestas con su hija de once años de edad. ¿Cómo se declara?

Ultiprólogo

La restricción moral del impulso fisiológico es perversa. A los once años, una mujer está sexualmente capacitada para sentir orgasmos (e incluso concebir una nueva vida), pero la cultura judeocristiana, tan proclive a la promoción comercial y artística del sexo, lo veta en la adolescencia, su época de máximo esplendor. En este trance, Yoli busca la ayuda de sus educadores: padres, profesores. El dictamen de la ley es abstinencia o castigo. ¶ El siguiente relato ilustra otra forma de relación entre adultos y adolescentes que sí denigra a la mujer, pero como satisface al hombre (tanto más cuanto más rico) la ley se pone de perfil.

SPLEEN

Después de acabar el primer turno, el músico disponía de una hora para mezclarse con el público bullicioso y conversador que atestaba las mesas adyacentes a la pista. Esta práctica de sociabilidad comprendía devolver el beso de alguna *groupie*, responder saludos de gente desconocida, soportar palmaditas de quienes se pasaban la actuación fijándose en sus dedos con la esperanza de saber reproducir su evolución más tarde, aceptar invitaciones a sentarse en cualquier mesa... Hubo un tiempo en que estas muestras de adhesión lo complacían, sobre todo las que aliviaban sus necesidades viriles más apremiantes. Fue una época dichosa para el músico. Luego, la oferta fácil y el halago gratuito fueron perdiendo aliciente hasta acabar por agobiarlo. Por eso, se daba prisa en atravesar la turba y subir las escaleras que comunicaban la pista con la planta de calle, mucho más desahogada. Una vez allí, se acomodaba ante una mesa retirada. Conocedor de sus costumbres, el camarero le llevaba una copa de su licor habitual, cambiaban impresiones sobre el aforo del día y poco más. Pero esa tarde...

—¿Has visto eso? —preguntó el camarero, levantando el mentón hacia una joven que acababa de entrar en el local.

El camarero y el músico se conocían desde hacía tiempo, pero no tenían puntos en común, tan simple era el uno, tan complejo el otro. Sin embargo, esta vez el músico no pudo evitar compartir el estupor del camarero. La recién llegada rompía el patrón de las chicas asiduas a este tipo de locales. Por su edad, algunos años mayor, por su forma de vestir, distinguida y cara, por la sobriedad de su gesto y el temple de sus movimientos. La admiración de

todos los que habían vuelto la cabeza alcanzó niveles de efervescencia cuando, al desprenderse del abrigo, la joven reveló el esplendor de sus hombros desnudos y el contraste diametral entre su pecho, cintura y caderas.

Indiferente a la fascinación que su presencia provocaba, la recién llegada se dirigió hacia una mesa desde la cual se divisaba la pista de baile, tomó asiento y encendió un cigarrillo. El rizo azulado del humo saliendo entre sus labios terminó por completar la sugestión de irrealidad generada por su presencia en el ánimo de los observadores. El primero en reaccionar fue el músico, que hizo chasquear sus dedos para sacar al camarero del profundo hechizo en que había caído.

—A lo mejor quiere beber algo.

—¿Quién? ¡Ah, coño! Si es que me ha dejado tonto.

—No es para menos.

Desde que la joven tomó asiento, el músico no había dejado de buscar la manera de entrarle. Difícil, porque nunca se había visto frente a un monumento semejante. Sin embargo, consciente de no ser el único pescador en aquellas aguas, se zambulló con lo puesto.

—Hola, ¿te importa que me sienta?

La joven no contestó. Ni siquiera levantó la vista para mirar al recién llegado, que interpretó su desidia como una aceptación.

—Gracias. Soy músico y paso muchas horas de pie.

Sabía que la justificación era absurda, pero creyó oportuno anunciar cuanto antes su condición de artista a fin de distinguirse del resto de mirones. Al menos, esta vez pudo escuchar su voz.

—Hay otras mesas.

—Lo sé, pero están vacías o las ocupan los mismos de siempre.

Abstraída en la evolución de las parejas sobre la pista, la joven todavía no había vuelto la cabeza hacia el moscón. Como todo

tiene un lado bueno, el músico aprovechó la indiferencia de la joven para observar libre y detenidamente la belleza escultural de su rostro, de su cuello, de sus hombros, de su pecho semidesvelado... Podría navegar por aquellas formas indefinidamente, pero una actitud meramente contemplativa solo le produciría un dolor testicular más propio de otros tiempos. Que la joven le dejase acompañarla era una prueba de que al menos toleraba su presencia. Esta señal de magnanimidad lo animó a dar un paso adelante.

—Bueno, reconoce que me llevas ventaja. Tú sabes por qué estoy aquí. En cambio yo no sé qué hace una chica como tú en...

Consciente de su *boutade*, no se atrevió a terminarla. Sin embargo, contra todo pronóstico, solo pudo llamarse imbécil dos veces y media antes de que la joven contestase a la más estúpida de las preguntas con la más enigmática de las respuestas.

—Puede que no te lo diga porque no quiera o porque ni yo misma lo sepa.

¡Bien! Aquello empezaba a parecer una conversación.

—Da igual, puedes decirme cualquier cosa. Todo el mundo miente.

El retorno de la joven a su mutismo hizo que el músico adoptase un tono suplicante.

—Aunque solo sea por ser amable.

—Solo soy amable cuando trabajo.

El músico cazó al vuelo la insinuación y esbozó una sonrisa impúdica.

—¿Muy amable?

—No sabes cuánto.

—Quizá me interese saberlo.

—Mi amabilidad tiene un precio que la gente como tú no puede pagar.

—¿Como yo? No te confundas, no existe la gente como yo.

La joven derramó alrededor una mirada que parecía no distinguir sino contornos y luego, por primera vez, miró al músico a los ojos.

—Todos son como tú.

El músico se rebulló incómodo. Primero lo empobrecía y ahora lo vulgarizaba. Si al dirigirse a la mesa había temido que la joven se marchara, ahora era él quien consideraba la posibilidad de levantar el vuelo. De hecho, ya había tomado la determinación de hacerlo cuando ella cambió el tono de su voz para preguntarle:

—¿Desde cuándo tocas aquí?

—Desde hace tres años.

—Yo dejé de venir hace diez.

Según esta confesión, la joven podría estar próxima a los treinta. Sin embargo, bajo la luz tenue y la experta capa de maquillaje, el músico habría jurado que aquella piel no alcanzaba esa edad ni por asomo. Buscando que sus palabras no pareciesen un halago manido, de resultado contraproducente ante una mujer tan experimentada, trató de encubrirlas bajo el aire de una deducción objetiva.

—Hace diez años no dejaban entrar a las chicas menores de dieciocho, y tú no tienes más de veinticuatro.

Tuvo que adivinar la respuesta a través del ligerísimo temblor del cigarrillo tras el cual la joven trató de ocultar su rostro, indicio de la emoción causada por la alusión a su edad, sin duda reconfortante, pero equivocada. Logró sobreponerse a la nostalgia, pero no pudo desanclarse de otros tiempos.

—Venía todos los días. El baile era mi pasión.

Intuyendo que la joven había empezado a descender por una ladera cuya pendiente precipitaría su caída por simple inercia, el músico guardó silencio.

—Solía bailar sola, era lo que más me gustaba. Con los ojos cerrados inventaba giros y escorzos, imaginándome sobre el

escenario de un teatro abarrotado por un público que me miraba entusiasmado.

Dejándose llevar por la añoranza, la joven había vuelto a cerrar los ojos, como cuando diez años antes bailaba en aquella pista. Dejándose llevar por la costumbre, el músico extendió una mano, pero la retiró un momento antes de que sus dedos tocasen los de la joven, cohibido por la certeza de que el más mínimo contacto rompería el hechizo bajo cuyo efecto se encontraba. De momento, la única incursión que podía permitirse era la de sus ojos descendiendo por el angosto desfiladero que separaba sus senos, retadoramente libres de sujeción. Pero tampoco mantuvo este gesto porque lo igualaba a los impertinentes que no dejaban de merodear en torno de la mesa. En otra ocasión lo habría complacido comprobar el deseo y la envidia con que lo observaban. Esta vez, en cambio, la apuesta era demasiado fuerte para ganarla. Y si no salía de la sala enlazando a la joven por la cintura su fama bajaría muchos enteros. Cuando volvió a mirarla, ella lo estaba mirando a su vez. Mala cosa que lo hubiese sorprendido con la cabeza vuelta hacia otro lado, como desatento a sus confidencias. Se apresuró a excusarse.

—Perdona, buscaba al camarero. ¿Te apetece otra copa?

—Aún no —declinó la joven, que en realidad apenas si había tomado un sorbo.

—Bueno, ¿y qué pasó para que dejaras de hacer lo que más te gustaba?

—No lo dejé. Me apunté a una escuela de danza. Allí conocí a una chica, dos años mayor que yo, que se interesó por mí desde el primer día. Me contó que a ella el baile no se le daba bien, algo de lo que ya me había dado cuenta, pero que lo necesitaba para su verdadera vocación: ser modelo. La verdad es que tenía un cuerpo envidiable. Un día me propuso que la acompañara a su agencia. Había hablado de mí y querían conocerme. Yo me asusté un

poco. Al lado de ella me veía muy poca cosa. Pero insistió tanto que acabé por hacerle caso. La directora de la agencia, muy amable, no dejó de sonreírme y de hacerme caricias que me avergonzaban porque todo aquello era muy nuevo para mí. Cuando me dijo que me iba a presentar a su *booker* yo ni sabía lo que era. Un perro, pensé, pero resultó ser un chico al que la directora pidió su opinión sobre mí. Debería recordar la palabra con que el chico me definió, pero estaba tan aturdida que solo puedo revivir aquellos momentos con la vaguedad de un sueño. Supongo que diría *charmante*, porque las palabras españolas parecían quemarle la lengua.

Como si la exhumación de aquellos recuerdos también la quemara a ella, apuró su copa de un trago. El músico levantó un brazo hacia el camarero, indicándole que repusiera las bebidas. Esta vez, la joven no atajó el gesto. Su conformidad concedía una prórroga a los anhelos del músico, que la ligereza del camarero amenazó con malograr.

—¡Vaya, Caco! Parece que se da bien la tarde —dijo, guiñando un ojo.

El músico lo habría fusilado. ¡Qué vulgar le sonó su apodo después de escuchar *booker* y *charmante*! Deseó que al bocazas se le cayese la bandeja, aunque se arrepintió en seguida. El estrépito podría poner fin a las revelaciones de la joven. Por suerte, ella parecía bastante ajena al entorno y siguió hablando con la misma entonación que antes de la pausa.

—Me propusieron hacer un *book*, pero yo no estaba segura de valer para aquello. Supongo que en algún momento debí de dar la sensación de que cedía a la insistencia de mi amiga, porque me hablaron del precio. Fue el punto final. La cantidad que me pidieron estaba a años luz de mis posibilidades. Yo era todavía una niña. No tenía más dinero que el que me daban en casa, y de haberles pedido aquel dineral tenía clara la respuesta. Ni me

habrían preguntado para qué lo quería, y si lo hubieran hecho, al saber que era para hacerme fotos habrían pensado que me había vuelto loca.

—Pero te pagaron las clases de danza.

—Ellos no. No habrían podido. Las clases me las pagaba una tía, que había sido bailarina y le hacía ilusión que siguiera sus pasos.

Al músico le pareció detectar un asomo de sonrisa en el rostro de la joven. En sus ojos, que no en sus labios. Siguiendo el buen augurio, la animó a continuar.

—De una u otra forma, lo que parece evidente es que te las arreglaste para salir adelante.

—No sé si adelante o atrás. A los pocos días, mi amiga volvió a sacar el tema. Me dijo que, si quería, yo misma podía pagarme el *book* haciendo algún trabajo. Cosas sencillas y en ambientes agradables, como ser azafata en el vestíbulo de un hotel, con mucha luz, rodeada de gente. Me di cuenta de que resaltaba estos detalles para ahuyentar mis recelos acerca del trasfondo de su proposición. Con el dinero que te den podrás hacerte el *book* y luego tú ya decides lo que quieres hacer. Pero si lo que te gusta es bailar, como no tengas un buen agente, despídete. Y a cualquiera que vayas, lo primero que te va a pedir es el *book*.

La joven hizo una pausa para humedecer sus labios, pausa no abreviada por el músico, en el convencimiento de que su intervención no era necesaria.

—Hice lo que me pedía. Quedamos en su casa, donde nos pusimos el uniforme y esperamos a que vinieran por nosotras. Nos recogió un individuo bien vestido, bien perfumado, que hablaba y se movía con unos gestos admirablemente precisos. Por su edad podría ser mi padre, pero el *glamour* que desprendía lo hacía incomparable a cualquier hombre que yo hubiera conocido. La familiaridad sin afectación con que se dirigió a mí terminó por

darme confianza. Cuando bajamos a la calle, me extrañó que alguien de su clase solo fuera el chófer. Con el tiempo, supe que también era el chaperón. En el coche nos aguardaba otra chica sentada en el asiento trasero. Mi amiga me dejó a mí delante y fue a sentarse junto a la otra. Durante todo el viaje las oí hablar de gente que parecían conocer muy bien, gente de dinero, de buena familia, incluso de cierta fama. La soltura con que hablaban de todo eso me hizo envidiarlas.

—Y decidiste ser como ellas.

—No, aún no. Ya te digo que todavía era muy niña. Al menos en mi forma de afrontar la vida.

Aún quedaba licor en sus copas, pero el camarero no esperó que lo llamaran y se presentó con dos de lo mismo. Esta vez no hubo guiño. Desabrochados los ojos por la fascinación y la voracidad, estampó en sus pupilas un grabado incendiario de la joven, que se llevó detrás de la barra.

—Realmente no había ningún engaño en aquella oferta. La gente te dirigía una sonrisa, puede que alguna mirada intencionada, pero eso no me disgustaba. Un día, sin decir nada a nadie, cogí el dinero que había ganado como azafata y me presenté en el estudio del *booker*. Estaba hecha un manojo de nervios, pero el chico tenía oficio. Con delicadeza de artista y sensibilidad casi femenina, me ayudó a superar el sonrojo de los primeros posados, del gesto cada vez más insinuante, de la supresión progresiva de ropa. Días después, cuando vi de lo que había sido capaz, casi me muero de vergüenza. Con decirte que guardé el *book* en un cajón porque no me atrevía a usarlo. Ni siquiera se lo enseñé a mi amiga, ni por supuesto a nadie de mi casa.

—Pero se lo enseñarías a tu agente.

—Nunca lo tuve.

—¿Y tu carrera de bailarina?

La joven denegó apesadumbrada con la cabeza.

—Dejé la escuela.

—Para seguir los pasos de tu amiga.

—No exactamente. Ella siguió asistiendo a las clases.

—Me dijiste que no se le daba bien la danza.

—Ni falta que le hacía. Era una buena *scout*.

El músico hizo un gesto de no entender.

—Ojeadora. Iba a la escuela de baile solo para conocer chicas que pudieran interesar a la agencia.

—Ya. Así que también su vocación de modelo era una tapadera.

—No sé. Supongo que al principio tendría esa ilusión, y luego...

—Descubrió que en esa agencia ni formaban modelos ni se conformaban con el alquiler de azafatas.

El dictamen del músico, tan certero como lacerante, barrió cualquier rastro de empatía sobre la mesa. De un lado, la cortesana asomada al brocal de un pozo de aguas amargas; del otro, el indagador infatuado por el acierto de sus conclusiones. Ávido de celebración, el músico invitó a la joven a beber con un ligero entrechocar de copas, pero ella no lo acompañó en esta ocasión. Impulsada por una fuerza catártica se apresuró a arrojar fuera de sí toda la hiel que la había hecho regresar a la sala donde una vez fue pura.

—En realidad, eres tú la que no te conformas.

La joven no culpaba a nadie de lo que ella hizo. Por eso dirigía sus reproches contra sí misma.

—Aceptas el primer trabajo como una forma fácil de ganar dinero y de conocer sitios que solo has visto en las películas. Luego, en el coche, en la *toilette*, escuchas a las otras hablar de cifras que tú no ganarías en un año. Sientes curiosidad. Les preguntas. Al principio no te contestan. Te dicen que son cosas de

mujeres, que tú no te atreverías, que aún eres demasiado niña para salir con hombres de verdad. Un día decides ir con ellas para callarles la boca. Al menos esa es la razón que te das a ti misma, pero en el fondo lo que quieres es ganar más. Nadie te ha explicado lo que hacen, pero tú lo sabes. Nadie te ha pedido que entres, pero una vez dentro ya no puedes salir.

—¿Te obligan a seguir haciéndolo?

—En cierto modo. Antes de empezar tienes que firmar un compromiso de confidencialidad y no puedes desaparecer así como así. Pero es igual. Una vez que coges tu primera paga ya no puedes evitar seguir en ello.

—Bueno, pues entonces míralo por el lado bueno. Tampoco es como estar en una esquina. Tus clientes son gente de nivel.

—El que paga nunca tiene nivel. Créeme, no hay lado bueno para una dama de compañía.

—Pues cuando hablabas de las otras me pareció entender que estaban contentas con su trabajo.

—Con lo que ganan, pero no con lo que hacen.

La joven dio una calada larga al cigarrillo, como tomando aliento para afrontar la recta final.

—Querías saber qué hacía una chica como yo en un sitio como este. Esa misma pregunta me la he venido haciendo con demasiada frecuencia en los últimos días: qué hago yo en la suite de un premio Nobel con una credencial de traductora; o en el chalet de un magistrado, echando horas como taquígrafa; o en el yate de un banquero, convirtiendo en hombre a su hijo medio lelo.

La joven había desgranado sus afrentas con un rictus de hastío que invalidaba la belleza de su rostro. Incapaz de manejar el nuevo giro de la situación, el músico siguió aferrándose al aire cínico, que tan buenos resultados le diera con otras y cometió el penúltimo error de la noche.

—Bueno, al menos el chico tendría la dentadura completa.

Su exabrupto no tuvo consecuencias. Liberada ya de lastre, la joven había determinado poner fin a aquel encuentro fortuito. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero, abrió el bolso y buscó en su interior.

Equivocando la finalidad del gesto, el músico creyó adelantarse a la joven ofreciéndole un nuevo cigarrillo, pero ella denegó con la cabeza. Buscaba el monedero. Comprendiendo su error, el músico trató de salvar la facha con una salida rumbosa.

—No hace falta. Los músicos tenemos pagada la consumición... Y también la de nuestras acompañantes —añadió, mintiendo.

Fue un gesto inútil. La joven sacó un billete que excedía con mucho el precio de lo bebido y lo dejó sobre la mesa, despidiéndose con voz calmada, casi abatida.

—Adiós. Y perdona. Al final, la tarde no se te ha dado tan bien como creía el camarero.

Su paso firme, elástico, refinado, fue seguido por miradas que se adherían a su falda con la viscosidad del chicle. Solo el músico podía adivinar más allá del contorno imperturbable el estremecimiento de aquella joven de belleza inolvidable que entró en busca de su adolescencia y salió irremisiblemente envejecida.

Ultiprólogo

En el spleen no hay violencia, rabia, ira, ni siquiera arrepentimiento. Solo tristeza, abatimiento, conciencia de la propia degradación. ¶ La historia que sigue eleva el listón de la sordidez a una altura de vértigo: incesto, violación, prostitución y crimen son sus componentes. Pero también ingenuidad y ternura.

SUSANA

Cuando le dijeron que su padre se moría, Susana se encogió de hombros y colgó el teléfono. Tiempo atrás habría sido una buena noticia. Ahora ya le daba igual.

Tendría que haberse muerto antes, mucho antes. Antes de forzar la puerta de su alcoba. Al primer intento no pudo lograrlo, porque esa noche, la niña, llevada de un presentimiento, había corrido el pestillo. Pero su padre no tardó en volver con una barra de hierro que le sirvió para quebrantar la débil resistencia del puente de latón. Así, pudo penetrar sin hacer apenas ruido. La niña luchó enrollada en la sábana hasta que el intruso, sorprendido por la bravía tenacidad de un cuerpo tan frágil, temió que alguien más se pudiera despertar con el ajetreo y salió del cuarto sin desflorar sus quince años.

Al día siguiente, Susi lo estuvo rehuendo durante toda la tarde, pero al llegar la hora de la cena no pudo impedir la repulsiva caricia de aquella mirada sobre sus hombros desnudos y se levantó precipitadamente. La silla, arrastrada sin control, cayó contra el suelo sonando como un pistoletazo.

—¿A dónde vas con esos humos? —gritó la madre—. Ya le ha entrado la ventolera.

—Déjala, si son los años. A su edad se tiene la cabeza a grillos —medió la abuela.

Cuando Susi regresó a la mesa, una rebeca cubría su desnudez.

—¡Con el calor que estamos pasando, esta niña está cada día más loca!

—Déjala, si es cosa de los años. A su edad se tienen fríos y calores, ¿verdad, bonita?

Silencioso, el cazador no dejaba de acecharla, estimulado por la callada resistencia de su pieza.

Hasta el día anterior, su padre había sido punto menos que un desconocido para Susi. De él sabía que era un delincuente habitual y que por esa razón no aparecía por casa. Pero nadie le había contado lo que hizo la última vez para merecer una condena que, aun reducida por conducta ejemplar, lo había mantenido diez años en prisión. Un día la llevaron al centro penitenciario para que lo viera, pero de aquel encuentro solo recordaba unas manos muy grandes que la cubrían de caricias. Debía de tener seis años entonces.

El regreso del padre había sido celebrado en el Cerro del Tío Pío como el mayor acontecimiento del año. A media mañana, la madre hizo correr la noticia, y la rapidez con que su voz se propagó por las callejas del poblado no pudo por menos que despertar en Susi una conmoción de asombro. Asombro que se convirtió en orgullo al ver que su padre necesitaba más de dos horas para cubrir el corto recorrido desde la entrada de la calle 8 hasta la puerta de su casa, retenido por la hilera de vecinos sentados al sol, que se levantaban de sus sillas de mimbre para dar la mano, y algún que otro abrazo, al pariente recuperado. En esas dos horas, la convulsión del poblado y la histeria de su madre, húmeda de lágrimas, afónica de gritos, indujeron en Susi una ansiedad filial que no había sentido en diez años de orfandad.

Cuando por fin pudo abrazarse al padre, a punto estuvo de sufrir un desvanecimiento místico. Pero el ensalmo de la niña se esfumó apenas sentir el ardor precipitado de aquellas manos, que registraban su cuerpo como si se tratara de un regalo encerrado bajo la tela del vestido. Una oleada de fuego le abrasó el rostro al notar la presión de un bulto duro, igual que la sentida algunas veces mientras bailaba con chicos. Luego, cuando su padre la distanció un poco para contemplarla a sus anchas, experimentó la

roja vergüenza de saberse expuesta a la mirada minuciosa de un extraño, que no dejaba de elogiar su transformación en una mujer capaz de alentar las ganas de cualquier hombre. Susi tuvo entonces un golpe de clarividencia y, antes de acostarse, corrió el pestillo de su puerta, precaución que no le había servido de mucho. Por eso, a la siguiente noche, la niña sintió miedo de entrar en su dormitorio. Todos los demás se acostaron, pero ella permaneció frente al televisor hasta que su madre le dio una voz y no tuvo más remedio que encaminarse a la habitación. Una vez dentro, atrancó la puerta con una silla. Pero, aun así, tuvo miedo de acostarse. Cogió la sábana y se arrastró debajo de la cama.

Poco después escuchó el leve quejido de la madera. Un chasquido brusco y la silla fue arrastrada. Contuvo la respiración en un intento de pasar desapercibida. Con los ojos cerrados y las manos crispadas sobre la sábana, escuchó unos pasos lentos que se acercaban con sigilo hasta la cama. Tras unos instantes de quietud extraña, las rodillas del hombre crujieron al plegarse. Una respiración fatigosa cerca, muy cerca de su cara, la hizo entreabrir los ojos a tiempo de ver una mano enorme a punto de alcanzar su cabello. Asustada, dio un respingo y reptó precipitadamente hacia el otro lado. Su huida fue acompañada por la risa sofocada de su padre, anuncio de que el juego empezaba a divertirse.

Susi había quedado casi fuera de su cobertura, pero por el lado contrario a su perseguidor, que se levantó y empezó a bordear la cama. No se dio ninguna prisa. El roce de la sábana arrastrándose por el piso lo excitaba. Cuando llegó al otro lado se agachó y extendió de nuevo el brazo. Sabía que no la alcanzaría, pero disfrutaba aterrorizando a la niña, cuyo cuerpo adivinaba empapado en sudor y tenso por el pánico, con todos los sentidos abiertos y la juventud a flor de piel, tan diferente a la masa fofa de la mujer que resoplaba en su cama, al otro lado del tabique.

Se volvió a incorporar e inició una nueva ronda alrededor del colchón. La niña procuraba mantener la mayor distancia posible, pero su padre, al pasar junto a los pies de la cama, se agachó de improviso y metió una mano a ciegas. Sorprendida por la maniobra, Susi fue agarrada por el tobillo y arrastrada con fuerza. Tan pronto como notó que el suelo se deslizaba bajo su cuerpo soltó la sábana y estiró los brazos por encima de la cabeza, buscando desesperadamente un asidero. Sus manos tropezaron con el enrejado metálico del somier. De un modo instintivo, se aferró a los muelles, cerrando los puños con todas sus fuerzas pese a sentir la punzada de un gancho en uno de sus dedos.

Sobreponiéndose al dolor, Susi resistió el tirón. Y los siguientes, ante la sorpresa del hombre que, irritado, incrementó la violencia de la sacudida. El gancho desgarró de un modo lacerante la mano de la chica, pero ella no se soltó y toda la cama crujió con estrépito. De la habitación de al lado llegó un gruñido seco. La niña sintió que su pie quedaba libre y escuchó la rápida retirada del intruso que susurró desde la puerta: «Voy a venir cada noche. Lo sabes, ¿verdad?». Después escuchó la cisterna del baño y la voz agria de su madre dominando las disculpas que alegaban una inoportuna flojera de vientre.

Susi rompió a llorar y así estuvo durante muchas horas antes de quedarse dormida. A la mañana siguiente le dolía todo el cuerpo, pero sobre todo la mano derecha, que tenía cubierta de sangre. Lentamente, salió de su refugio y puso la sábana sobre la cama. La vio tan sucia que no se molestó en estirarla. Tendría que lavarla a escondidas. Al echar a andar notó que también le dolía un pie. Vio que en torno al tobillo por el que fue agarrada se había formado un cerco de color amarillento y morado. Buscó unos calcetines bajo los que ocultar la marca. Luego, se asomó al pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie. Procurando no hacer ruido, avanzó hacia el aseo. ¡Que esté libre, por favor, que

esté libre! Suspiró aliviada cuando la puerta cedió a su impulso. Entró deprisa y corrió el cerrojo.

Lo primero que hizo fue lavarse la herida. Debajo de la sangre reseca tenía un corte bastante profundo y doloroso, tanto que casi no podía estirar el dedo. Se estaba desinfectando la herida cuando escuchó unas voces procedentes de su habitación. Al poco, su madre empezó a aporrear la puerta del baño, increpándola por el estado en que había encontrado la sábana.

Susi no se atrevía a responder, quería que la engullera el sumidero del lavabo, tirarse por la taza del váter, pero no tenía escapatoria. Las amenazas eran tan apremiantes que se dirigió a la puerta y recorrió el pasador. Impulsada con violencia, la puerta la golpeó en la frente y la hizo trastabillar unos pasos. Un remolino de brazos se le vino encima y los golpes le cayeron sobre todo el cuerpo. Después fue cogida por los pelos y llevada hasta su cuarto.

Su madre le gritaba algo acerca de la sábana sucia y la cama desplazada, pero ella solo escuchaba un zumbido. Quizá por la serie de bofetadas que le habían atronado las orejas. Finalmente, la madre salió de la alcoba y Susi recuperó la audición a tiempo de escuchar los regomellos que se alejaban por el pasillo.

—¡Está loca! ¡Como una regadera! ¡En pleno verano y se pone calcetines! ¡Vamos!

Llegó el mediodía y Susi apenas comió. Le resultaba imposible llevarse algo a la boca mientras sentía sobre su piel de oveja la mirada lobuna de su padre. Seguro que esa noche el muy cabrón se saldría con la suya. En su misma calle, Susi tenía una amiga que había pasado por lo mismo. Y en el Cerro conocía algunas más. Todas decían que al principio lo pasaron mal, pero luego la cosa se hacía llevadera. Al menos sigues con tu familia hasta que te casas, no como la Carmen, que se largó y acabó puta. Era horrible

la historia de la Carmen. Un día entró su hermano en el club donde trabajaba y le cruzó la cara de un navajazo.

Es que el hermano de la Carmen era un animal, pensaba Susi mientras fregaba los cacharros. En cambio a ella, el Jose nunca le haría algo así. Él no era de los que llevan navaja ni se metía en peleas. Claro, que tampoco se enfrentaría al padre por defenderla. Y si lo hacía, peor para él, porque tenía todas las de perder. Estas cosas, si te pasan, solo las puedes resolver tú misma. Cuando cerró el grifo, Susi había tomado la decisión de marcharse. Echó al bolso la cosmética barata que escondía bajo el cajón de la mesilla, cogió el dinero que su madre tenía en un tarro y salió de casa. No sabía si volvería, pero desde luego una cosa tenía bien clara: que no lo haría virgen. Antes que su padre, cualquier otro.

Cogió el autobús que iba al Puente. Al bajar, se detuvo junto a un coche y empezó a pintarse con la ayuda del retrovisor. Desde la acera contraria cruzó la calle un tipo cuarentón que se acercó a ella con una sonrisa húmeda. Era el dueño del coche. Viendo que la chica tenía el rostro a medio pintar, la invitó a subir para que pudiera terminar su labor más cómodamente. Susi volvió a sentir la repugnancia que la había estremecido el día anterior, cuando la abrazó su padre. Seguro que también este era padre de una hija. Y a lo mejor también se metía en su cama por las noches. Sin decir una palabra, guardó el pintalabios en el bolso y se alejó del coche, mordida por la rabia y la vergüenza de saber que durante algunos pasos el contoneo inevitable de sus caderas aún estimularía las apetencias del baboso.

Desde hacía algún tiempo, Susi era consciente de que los hombres la miraban por la calle. Lo sabía y, en general, le gustaba. Pero esa tarde, por primera vez, hubiese preferido pasar desapercibida.

Llegó a la disco demasiado pronto. Para hacer tiempo se metió en el bar de al lado. El estómago le recordó que apenas había

comido. Mientras le preparaban un bocadillo repasó una lista de presuntos amantes, aunque lo cierto es que ya tenía uno decidido. Había bailado con él en dos ocasiones y besaba que te hacía flotar. Además tenía coche, un 205 en el que habían dejado la virginidad al menos tres de sus amigas, lo que daba al chico un cierto prestigio. Así funcionan estas cosas: haciendo correr la voz.

Miró la hora. Debían de estar abriendo, pero prefirió esperar un poco más. Después de todo, no tenía ninguna prisa. Quería que el chico se la llevara, así que no lo calentaría hasta las últimas canciones. Luego, cuando saliesen del local, subirían al coche, buscarían alguna calle apartada y... Lo que ocurriese después era punto menos que un misterio para ella. Le habían contado tal cantidad de versiones contradictorias, que tantas veces su cuerpo le pidió hacerlo, otras tantas su razón, siempre recelosa, había encontrado algún motivo para retardar la experiencia. Y, sin embargo, ahora que el momento estaba a punto de llegar, se encontraba extrañamente tranquila, incluso alegre. Se diría que daba gracias a lo ocurrido la noche anterior, porque sin ese percance a saber cuándo se habría decidido a dar un paso que casi todas sus amigas habían dado ya, o, al menos, eso decían. Además, el hecho de ser ella la que decidiera cuándo y con quién, la hacía sentirse digna. Por primera vez en las últimas veinticuatro horas, sus labios perfilaron una sonrisa. Con ella en la cara, cruzó los dedos y salió del bar.

El portero de la disco le dijo algo entre risas. Ni le entendió ni le dio importancia, era un subnormal. Se adentró en el local pensando en sus cosas, pero no tardó en percibir una sensación extraña, como de ambiente inusualmente limpio, sin ese olor a tabaco que solía impregnarlo todo, ese rumor de conversaciones que siempre acompañaba a la música. La pista quedaba en un plano inferior al de la entrada. Se acercó a la barandilla para asomarse. Apenas había media docena de chicos bailando y

algunos más sentados en las mesas. Ninguno era de los suyos. Desconcertada, bajó las escaleras y le preguntó al pincha si había pasado algo. A mí no, respondió Celes, pero tú te has debido de caer de un guindo, no ves que es un día de diario y tú siempre vienes en sábado. Ni lo había pensado. Eso debió de ser lo que le dijo el de la puerta. Miró alrededor. Reconoció un par de rostros, pero esa tarde sus dueños no le interesaban. Eran más de cháchara que de restregar la cebolleta. Desolada, se fue hacia la zona de mesas para sentarse a recomponer sus planes. Al pasar junto a una columna descubrió a un chico que hasta ese momento había quedado oculto a su vista. Parecía estar solo, aunque pudiera ser que su acompañante hubiese ido al aseo. Susi no quería llevarse un nuevo chasco. Pasó de largo y fue a sentarse dos mesas más allá, de frente al desconocido. Él también se fijó en ella. Durante unos minutos, sus miradas se cruzaron en varias ocasiones. De los encuentros fugaces pasaron a los intercambios prolongados. Era el momento de sacar un cigarrillo. Lo hizo con parsimonia, de modo que su gesto permitiese la respuesta del chico. Siguiendo el guion establecido, él se levantó y fue a ofrecerle fuego. Hizo un comentario cualquiera, preguntó si estaba sola y pidió permiso para sentarse con ella. Susi asintió a todo. Rafael, aunque según dijo todos lo llamaban Falo, giró la vista hacia su mesa, donde había dejado un vaso y un paquete de tabaco.

—Voy a por mi bebida, ¿tú quieres algo?

—Un whisky.

A Susi no le gustaba el whisky, pero esa tarde quería sentirse más mujer. Tampoco le importó parecer aprovechada. Antes de la medianoche habría compensado con creces el valor de la consumición.

Pero aún era pronto para tañer campanas. Tras el empuje inicial, Falo se arrugó de un modo preocupante. Susi pretendía llevar la conversación por cauces propicios a sus fines, pero esta

falta de sutileza parecía intimidar a su acompañante y los silencios eran cada vez más largos. Entonces, como si de pronto hubiese recordado la función pregonada por su nombre, Celestino pinchó una pieza melódica. Sin decir una palabra, Susi se fue a la pista para desde allí extender los brazos hacia Falo, animándolo a bailar con el movimiento suave y acompasado de su cuerpo. Tras un instante de vacilación, el chico se levantó y fue a reunirse con ella, que se le amoldó de un modo tan exacto que los dos podían sentir cada centímetro frontal del otro. Turbado, Falo intentó recular, pero Susi no le dejó espacio y mantuvo la presión hasta comprobar que su esfuerzo no había sido en vano.

Falo no tenía coche. Se ve que era de esos que ponen poco de su parte. Cogidos de la mano, pero sin decir una palabra, echaron a andar calle abajo hasta llegar a una boca de metro. El chico pagó los dos billetes y le preguntó para dónde iba. ¡Serás memo! Para donde tú. ¿O es que aún no te has dado cuenta de que no pienso dejarte? Se bajaron en Portazgo. Subieron por la Albufera hasta que Falo se desvió para adentrarse en una callejuela mal iluminada. Por fin se había decidido a tomar la iniciativa, pensó Susi, sobre todo cuando el chico se detuvo frente a un portal más oscuro que los otros. Se equivocaba.

—Bueno, yo he llegado. A ver si coincidimos otro día...

Sin dejarlo terminar, Susi le pasó una mano por la nuca y atrajo su cabeza para besarlo con furia mientras con la otra mano lo acariciaba entre las piernas hasta volver a ponerlo a tono. Quizá porque temiera ser visto, quizá porque el dolor testicular se hacía intolerable, Falo arrastró a Susi al interior del portal y la hizo bajar un tramo de escalones hasta llegar a un rellano, donde solo había una puerta que daba al cuarto de contadores. Lo hicieron de pie, sin verse las caras, con más urgencia que deseo. Susi recibió en su vientre virgen la acometida torpe de un miembro que la desgarraba como un cuerno y se mordió los labios para sofocar el

grito. Restregándose la espalda contra una pared cubierta de telarañas, aguantó las dolorosas embestidas a la espera de que aquello terminase de una vez. Cuando Falo dejó de empujar, a Susana se le aflojaron las piernas y quiso aferrarse a algo, pero él se apartó y dejó que su cuerpo se deslizase por la pared hasta llegar al suelo. Allí quedó sentada, escuchando el jadeo fatigado de ambos. Después palpó el suelo hasta encontrar su bolso y buscó en su interior un paquete de pañuelos de papel. Tenía sucias las piernas y estaba sentada sobre el charco que ella misma había formado. Cuando se le acabó el paquete dio por terminada la limpieza, sin poder comprobar su aspecto.

Salieron en silencio, él delante y ella detrás. Al llegar de nuevo al portal, Susana le dijo que no tenía donde pasar la noche. Falo vivía con su familia, así que no podía alojarla allí. Tal vez mañana. Tenía un amigo que vivía de alquiler.

—No importa, ya me las apañaré. ¿Te veré mañana en la disco?

—El caso es que mañana...

—Bueno, si quieres verme, allí estaré.

Susana desanduvo el camino y llegó de nuevo a la Albufera. Con el acaloramiento, el whisky ingerido sin costumbre enturbiaba su lucidez. Atraída por el luminoso estridente de un pub se dirigió a la puerta, donde un forzado le cerró el paso. No se dejaba entrar a las niñas. Balbució que no tenía otro sitio adonde ir. Al gorila le brillaron los ojos. Susana se dejó llevar a un cuchitril en el que había un catre, se echó sobre él y cerró los ojos. Escuchó cómo el hombre salía, cerrando la puerta y haciendo girar la llave en la cerradura. Un instante después se había dormido.

No se enteró de que habían abierto la puerta. Le costó reaccionar cuando la sacudieron por los hombros. Sin muchas consideraciones fue metida en un coche y, tras un trayecto no

muy largo, subió al segundo o tercer piso de un edificio oscuro. Estaba tan aturdida que se dejó conducir sin miedo hasta un cuarto donde el hombre la desnudó a tirones para echarse encima de ella. Un peso descomunal le impidió el movimiento y casi la respiración mientras unas manos muy fuertes le apretujaban los pechos y una cintura demasiado ancha le abría dolorosamente las piernas, buscando acoplamiento entre sus ingles. Experimentó de nuevo el abrasador desgarró de su vientre y empezó a gritar, pero una manaza le taponó la boca y casi toda la cara. Al límite de la asfixia, mordió la mano, que se elevó un instante para caer de nuevo con violencia sobre su mejilla. Entonces, la oscuridad se llenó de luz y ya no sintió nada.

A la mañana siguiente se despertó en una habitación extraña, acostada junto a un tipo enorme que resoplaba como un hipopótamo. Le dolía mucho la cabeza, pero aun más el vientre. También sentía un intenso calor en la mejilla izquierda. Se levantó con sigilo, aunque parecía que nada pudiera interrumpir el sueño de Goliat, como Susana lo había bautizado. Cogió sus ropas y su bolso, y salió del dormitorio en busca del aseo, que encontró al final del pasillo. Ante el espejo pudo comprobar el desolador aspecto de su cara, marcada por unas ojeras profundas y un pómulo amoratado. Se lavó un poco y se maquilló mucho. Afortunadamente había bidé y pudo hacerse una limpieza en condiciones. Cuando regresó al cuarto, había logrado disimular bastante las huellas de las últimas doce horas. Aunque la ropa...

En el dormitorio todo seguía tal cual lo había dejado. Encontró uno de sus zapatos bajo la cama; el otro asomaba por detrás de las cortinas. Al atravesar la estancia para ir a recogerlo, pasó junto a una silla sobre la que yacía, incómoda y arrugada, la chaqueta de Goliat. El bulto de su costado delataba la existencia de una cartera. Susana se detuvo indecisa. Luego, con un ojo en la silla y otro en la cama, extrajo algún dinero, no todo, devolviendo

el billetero al interior del bolsillo. Sin dejar de vigilar al gigantón, cogió el otro zapato y salió sin calzarse hasta llegar a la escalera. Una vez en la calle, se alejó a toda prisa. Pasaba junto a una parada en el momento en que abría sus puertas un autobús que iba al centro. Lo cogió. En Sol, desayunó y se dio una vuelta por los grandes almacenes, donde compró ropa nueva y tiró la suya, que estaba sucia y con algún jirón.

Mientras subía hacia Callao, mirándose en todos los escaparates, pensó en el revuelo que se habría formado en su casa. Quizá hasta hubieran avisado a la policía. Estaba confusa. Ayer a estas horas aún era una niña virgen y atemorizada, y mírate ahora, toda una mujer. Le costaba asimilar el paso que había dado, pero lo que más la extrañaba era comprobar que se encontraba bien. Tenía la sensación de estar haciendo algo por sí misma, y eso la complacía. Por otro lado, la pérdida de la virginidad la hacía sentirse libre de miedos. Había empezado incluso a incubar una ilusión de superioridad sobre los hombres. Y todo esto en apenas doce horas.

Con el estómago lleno y algún dinero en el bolso, su mayor problema parecía ser el del alojamiento. Falo le había hablado de un amigo que tenía un piso. Holgazaneó unas horas esperando el momento en que vería de nuevo a su primer amante. Esta vez habría que hacerlo bien, en una cama y tomándose todo el tiempo que les apeteciera. Sin darse cuenta se encontró a las puertas de la disco. Había vuelto a llegar demasiado pronto. El portero necio se le quedó mirando a la cara, amoratada bajo el maquillaje, pero esta vez renunció a emitir un comentario. Susana encontró la sala tan vacía como el día anterior. Pidió un whisky, que ya no le pareció tan malo, y fue a sentarse de cara a la entrada. Al poco llegó Falo. Estaba avergonzado por su conducta de la noche pasada. Empezó a disculparse diciendo que había sido su primera vez y que por eso no supo comportarse en una situación tan

novedosa. Susana interrumpió sus excusas para preguntarle por las llaves del piso. En efecto, las traía.

No esperaron más. Salieron y se dirigieron al domicilio del amigo, que estaba muy cerca, a unos diez minutos. Caminaron deprisa. Él, tan afectado que ni siquiera la tomó de la mano. Ella, tan ilusionada como para no advertir que alguien llevaba su mismo camino, solo unos metros detrás de ellos. El apartamento era mucho más bonito de lo que esperaba. Susana tuvo el presentimiento de que recordaría aquel dormitorio para el resto de su vida. Radiante, se abrazó a Falo y los dos rodaron por el colchón, llenándose de besos. Entonces sonó el timbre. El chico hizo un gesto de contrariedad. ¡Joder, si me dijo que no lo iba a usar hasta mañana!

Abrió la puerta a un desconocido que, sin darle tiempo a preguntar qué deseaba, lo empujó y se coló en la casa. Falo hizo un gesto para repeler el ataque, pero el otro, mucho más corpulento, le paró el brazo y descargó su frente en pleno rostro del chico, cuyo tabique nasal se quebró. Un chorro de sangre cubrió su cara. Tambaleante, aún quiso agarrar la pechera de su agresor, pero este echó mano a un jarrón que había en la consola y lo descargó sobre la cabeza de Falo, que cayó fulminado.

Atraída por el estrépito de la pelea, Susana apareció justo cuando el jarrón estallaba en el cráneo del joven. Abrió la boca para gritar, pero no pudo hacerlo, enmudecida por el pánico que la presencia de su padre le causaba. En contraste con su aturdimiento, el hombre saltó ágilmente sobre el cuerpo del chico y la sujetó con fuerza por un brazo.

—Si dices una palabra, te mato. Y luego lo remato a él.

La empujó hacia la cama y la conminó con un gesto a que se desnudase. Susana inició una protesta, pero su voz se perdió bajo el chasquido enérgico de un revés que le cruzó la cara. Goliat, su padre, las mismas pretensiones, iguales argumentos. No esperaban

que les ofreciera su mejilla o su vientre. Lo tomaban todo con la mayor ferocidad. Mientras era forzada creyó que iba a llorar, pero en lugar de llanto le salió una risa convulsa, lacerante, incontenible, que aún se escuchaba en la habitación después de que su padre se hubiera marchado. Sobre las risas, el eco de un ultimátum.

—Y esta noche te quiero en casa.

Cuando pudo levantarse, no era capaz de andar sin apoyarse en algo. La risa le había producido un efecto como de anestesia: oportuno, porque no se enteró de la violencia del acto; penoso, porque la dejó tan débil que sus piernas no la sostenían en pie. Empujando la pared con las dos manos salió del dormitorio y recorrió el pasillo hasta llegar al hall. Se inclinó sobre Falo, que permanecía inmóvil, boca abajo, bebiendo su propia sangre. No necesitó un título de forense para saber que estaba muerto. Susana sintió que una descarga le subía por la espalda hasta estallarle en la base de la nuca. Sus articulaciones no resistieron el peso de su propio cuerpo y se desplomó en mitad del pasillo. Allí quedó, ovillada, sacudida por ligeros estremecimientos, incapaz de sujetar el choque de sus dientes entre sí. Con los ojos cerrados, dejó que transcurriese un tiempo ambiguo antes de empezar a incorporarse. Lo hizo muy lentamente. Volvió sobre sus pasos y empezó a vestirse. Junto a la habitación había un cuarto de baño. Metió la cabeza debajo de un grifo buscando el alivio del agua fría. Luego, regresó al pasillo. No quiso mirar el cadáver cuando tuvo que extender las piernas sobre él para ganar la puerta de la calle. Se alejó acera abajo, sin rumbo, preguntándose cómo sería su vida en adelante, si tendría que salir huyendo de todas partes, si contaría los días por las bofetadas recibidas...

Eran las siete. Aún quedaban unas horas de luz, pero la noche estaba cerca y no tenía donde dormir. En medio de su confusión, algunas ideas se alzaban firmes como edificios extrañamente

incólumes después del bombardeo. Por ejemplo, que nunca volvería a pisar la casa en la que había vivido, porque ahora la habitaba un lobo ávido de su carne. Ni denunciaría el crimen, porque los periódicos y cadenas de televisión divulgarían su nombre, quizá su cara, arrojando sobre ella una infamia que la acompañaría toda la vida. Se detuvo frente a un puesto de helados. Al abrir el bolso para pagar, comprobó que todavía conservaba la mayor parte del dinero que había hurtado a Goliat. Hasta ese momento, su mejor plan era coger un tren que la llevase lejos, pero seguramente en todas partes encontraría más de lo mismo. Quizá fuese cierto lo que dicen de lo malo conocido. Pensó en el mastodonte y no sintió miedo. Puede que al echar en falta el dinero se hubiese puesto hecho una furia, pero si le pedía perdón y le devolvía lo que le quedaba... Después de todo, la noche anterior la llevó a su casa. No la conocía de nada y aun así se fío de ella. Ni cerró la puerta con llave, ni escondió la cartera. La abofeteó, pero es que ella le mordió primero. Porque la estaba haciendo daño, pero qué culpa tenía él de ser tan grande. Uno tras otro, todos los argumentos se volvían a favor del hombre. En su desamparo, la chica se aferraba a la idea de que Goli no fuese mala persona. Seguro que la dejaría vivir con él un tiempo hasta que pudiera encontrar la manera de salir adelante por sí sola. Era lo mejor. Era lo único. Ahora necesitaba dejar de pensar. Estaba agotada. En las últimas veinticuatro horas le habían pasado cosas que no les pasan a otras mujeres en toda su vida.

Llegó cerca del pub y esperó a que cerrasen para seguir al gorila. Cuando este llegó al coche, Susana se dejó ver. La primera reacción de Goliat fue correr hacia ella para atraparla, pero en seguida se dio cuenta de que era Susana la que se acercaba a él. Y de que no estaba allí por casualidad. El moratón de la mejilla derecha no llevaba su firma. Comprendió que la chica se escondía de alguien, pero no de él. Sin bajar la guardia, escuchó las

explicaciones de Susana, suavizó el gesto al aceptar sus disculpas y acabó sonriendo al rechazar el dinero que la chica le devolvía. Demasiado para una inexperta, pero esa noche lo hacían otra vez y con eso quedaban en paz. Susana se quejó del peso y Goli, comprensivo dejó que la chica lo cabalgase. Decididamente, aquel potro no era tan malo.

Durante los días siguientes, practicaron el sexo a diario. Susi esperaba la llegada de Goli para meterlo directamente en la ducha y jabonar su piel inmensa que, luego, en la cama, recorría con la lengua, centímetro a centímetro, hasta llegar a conocer aquel cuerpo inacabable con más detalle que el suyo propio. Era como si toda la vida hubieran vivido juntos, y, sin embargo, aún mantenía el rubor propio de las primeras citas. Si tenía que ir al aseo, estando Goli en la habitación, abría el grifo del agua para disimular el gorjeo de la orina o la zambullida del mojón.

A Susi no se le ocurría pensar que aquella vida no fuera para siempre cuando una mañana Goliat entró riendo y dando gritos en la casa. Le había encontrado trabajo en un puticlub de la carretera de Burgos. No entendió el gesto de contrariedad de Susana. Si podía ser puta para él, podía serlo para otros. Aunque le agradó pensar que la chica se hubiera encariñado con él y que el disgusto se debiese a la separación.

La llevó esa misma tarde. Susana iba convencida de que la rechazarían, pero el encargado de aquel burdel debía de tener la manga muy ancha. Le bastó con que la chica mintiera diciendo que no tenía familia. Y también que era mayor de edad, pero eso no había quien se lo creyera, como demostró su nuevo patrón al advertirle de que se ocultara si le daba el queo, situación que debía de ser bastante habitual, porque ya la primera noche saltó la alarma. Escondida junto con otras chicas, supo que no era la única menor, aunque sí la más joven. Esta condición le produjo cierto orgullo. Sin embargo, no llevaba un mes cuando el menor

asomo de satisfacción se había esfumado por completo. Algunos clientes le daban asco. Además, tenía que hacerlo gratis con el encargado sin recibir ni un duro de propina. Un día dijo que se marchaba, pero se encontró con una navaja debajo de la barbilla. Se acordó de la Carmen y de la espantosa cicatriz que le partía la cara. Mejor quedarse.

Por la noche trabajaba, durante el día no podía dormir. Una compañera la sorprendió llorando y le preguntó qué le pasaba.

—Me asusta hacerme vieja en este sitio.

—No te preocupes, te echarán antes.

—No les dará tiempo, cada mes envejezco un año.

Ya desconfiaba de que su rostro volviese a mostrar una sonrisa sincera cuando vio a Goliat entrando por la puerta. Toda ella se recompuso de acuerdo con su verdadera edad y, como la niña que era, corrió a abrazarse a su gigante. La ternura no formaba parte del bagaje emocional de Goli, que aguantó impasible las efusiones de Susana. Sin embargo, luego, cuando en el interior de un apartado la chica le contó lo que le estaba pasando, sintió un ramalazo de furia y salió de la habitación con un gesto siniestro en el rostro. Debía de cambiar de humor con mucha facilidad, porque solo unos minutos más tarde regresaba calmado y sonriente para tender una mano a Susana.

—Recoge tus cosas, nos vamos.

En el pub donde trabajaba Goliat también había chicas que servían en top-less y ofrecían sus servicios a los clientes. Él no quería que la niña trabajase allí porque le había cogido afecto y de sobra sabía que los sentimientos no se deben mezclar con el trabajo. Menos aún con el suyo. Siempre había algún imbécil que se portaba mal con una chica y la casa lo consentía, si el tipo no se pasaba demasiado. Pero si alguien molestase a Susana, Goliat tendría que romperle el cuello y perdería el empleo. Por eso trató

de resistirse a la insistencia zalamera de la chica, que se había empeñado a toda costa en formar parte de la plantilla del pub.

Finalmente, Susana logró su propósito. El trabajo aquí no era mejor que en la carretera, pero al menos cobraba y salía cada mañana a ver el sol, hacer compras, tomarse un café detrás de un cristal viendo pasar la gente, incluso andar entre ella sin que nadie la obligara a hacer aquello que no quisiera. No es que fuera feliz, pero tampoco tenía grandes preocupaciones.

Una noche, el encargado le hizo una seña, moviendo la cabeza en dirección a un cliente. El hombre debía de ser de los retraídos, porque se había ido a sentar en la zona más oscura. Susana se fue hacia él con la sonrisa habitual, pero palideció cuando estuvo cerca y pudo verle el rostro. Al primer estupor siguió una oleada de vergüenza. Por un instinto antiguo, cruzó una mano sobre el hombro contrario para cubrir la desnudez de su pecho, pero la dejó caer de inmediato porque el pudor no es compatible con el puterío. Y, sin embargo, por grande que fuera su conmoción, no era nada comparada con la sufrida por el Jose, que repartía sus miradas entre la cara y los pechos de su hermana, con preferencia hacia estos últimos, sin poder articular una palabra. Súbitamente, se puso en pie y, arrastrando en su camino varias sillas, salió del local.

El incidente le costó una bronca a la chica, que acusó al cliente de ser un pardillo timorato. Tampoco a Goli le reveló el parentesco. No quería causarle ninguna preocupación. Sin embargo, el asunto había de traer cola. A la noche siguiente, Susana recibió una llamada telefónica. Era de su madre, que había sido informada por el Jose. La mujer pasó del insulto iracundo a la súplica lacrimosa, para acabar pidiéndole que, al menos, le dijese por qué se había marchado de casa. La chica se lo dijo. Del otro lado no hubo respuesta, pero Susana supo interpretar el

silencioso estallido de su madre. ¡Hijo de puta! Te gusta echar polvos, ¿eh? Pues te los voy a echar yo a ti.

Al atardecer del día siguiente, el padre empezó a sentirse mal. Sufría un dolor muscular generalizado y su osamenta se resistía a sostenerlo en pie. Con todo el cuerpo acalambrado se fue a la cama, pero su mujer se opuso a que entrara en el dormitorio marital.

—No oye, tú a mí no me das la murga. Si vas a estar quejándote toda la noche, te largas al cuarto de la niña.

¿No querías revolcarte en esa cama? ¡Pues vaya, si te vas a revolcar! Sin fuerzas para rechistar, el padre se fue a la cama que en otros tiempos había buscado con un ánimo bien distinto, se acostó en ella y ya no pudo levantarse más. Los dolores fueron en aumento. Perdió el apetito. Solo tomaba el caldo con sabor extraño que su mujer le hacía tomar por la fuerza. Al séptimo día de dolores insoportables se quedó quieto.

Alguien llamó a su hija para darle la noticia. La niña-puta se encogió de hombros. Ya lo sabía.

Ultiprólogo

Numerosos relatos, desde el libro de Daniel hasta el film de Buñuel, han mostrado a Susana como víctima de la codicia sexual de los hombres. Mi protagonista sigue los pasos de sus predecesoras, pero, a diferencia de ellas, no es un personaje de papel o celuloide. Existe y lo que has leído no es más que una transcripción de lo que me contó. ¶ Pero la pérdida de la virginidad no tiene por qué ser un acto abominable solo porque quien desvirga doble la edad de la otra parte. Si no hay imposición en el encuentro, esta asimetría puede jugar a favor de los actuantes.

MI PRIMERA VEZ

Ahora sé la suerte que tuve. Me estrené de la mano de una mujer entrada en años que me guio en todo momento, evitando que mi descubrimiento del sexo quedase en mi memoria deslucido por las torpezas del principiante. Ella lo hizo todo y yo me dejé hacer. La primera vez apenas gocé. Bueno, sí, me corrí, pero cuando aún no la había penetrado. Luego, durante el polvo, estaba tan atento a sus maniobras que no prestaba atención a mis propios sentidos. Me asombraba tanto la transformación de aquella mujer, a la que siempre había visto paseando, haciendo compras o en el ascensor, tan vestida, tan formal. Y esa tarde la veía desnuda de la cabeza a los pies, retorciendo su cuerpo debajo del mío, balbuceando incoherencias, gritando a pleno pulmón, llorando. Sí, llorando, y eso es lo que más me inhibía. La idea de hacerle daño me impedía empujar con fuerza, pero mi medida parecía exacerbarla aún más y acrecentaba sus convulsiones y sus demandas. Solo me tranquilicé cuando, después de una eyaculación, debía de ser la tercera o la cuarta, la vi relajada y satisfecha, inmóvil toda ella excepto por las subidas y bajadas de su pecho. No salió a despedirme. Se quedó en la cama observándome mientras me vestía. Yo también miré alrededor, sus ropas, sus bragas... ¡Me habría gustado llevármelas como recuerdo! Pero no me atreví a pedirselas. Mejor así. Era una pretensión idiota, ansiar el fetiche teniendo su cuerpo. Además, estoy seguro de que me las habría negado. Quedamos para el día siguiente. No quiero ser arrogante, pero creo que esa vez estuve bien desde el principio. Conocidas ya las que aún consideraba extravagancias suyas, me centré en mis propias sensaciones y disfruté como no lo había hecho el primer día. Solo sus gritos me preocupaban. En

estas casas se oye todo, era imposible que nadie más los escuchara. Pero decidí no dejarme intimidar y en la segunda acometida la penetré sin reservas. Ella también apreció la diferencia y tuvo luego unas palabras de felicitación, quizá de gratitud. El tercer día, conseguí que sus gritos me sirvieran de estímulo para también yo prorrumpir en bramidos y probablemente alguna que otra grosería. Luego, en los momentos de relajación, me regocijaba pensando en el escándalo que aquella especie de competición por ver quién de los dos se hacía oír más alto estaría provocando en el auditorio vecinal. Seguí visitándola a diario hasta que decidí que el alumno bien podía ejercer ya de maestro. Había una chica, dos años menor que yo, a la que nunca me había atrevido a dirigirme. Pero el conocimiento adquirido me daba una seguridad nueva. La abordé, conseguí mi propósito y estoy seguro de que también ella, como yo, se alegra de haber sido conducida al sexo de la mano de un experto. A la mujer entrada en años no volví a visitarla, pero no me reprochó el abandono. Seguíamos viéndonos en la calle o en el ascensor, y en esas ocasiones nos dirigíamos miradas complacidas, cargadas de agradecimiento mutuo. Yo, en cambio, cuando la chica me dejó por otro, reconozco que no lo llevé bien y anduve un tiempo comido por los celos. Una cosa es la experiencia y otra la madurez.

Ultiprólogo

En este relato, gracias a la diferencia de edad entre los practicantes, los encuentros se producen con felicidad para ambos. Claro que, como concluye el protagonista, la experiencia no da la madurez. ¶ Antes de cerrar el tema del incesto quiero recordar que, aunque en algún relato anterior los implicados eran padre e hija, también hay ejemplos de madre e hijo, como Yocasta y Edipo, de hermanos, como Tamar y Amnón, e incluso el tutto revoluto de la familia Borgia (aunque creo que si el padre incestuoso es Papa de la Iglesia católica, su condición de vicario de Dios en la tierra lo exculpa).

El cuadro, de un pintor desconocido, mostraba una mujer de espaldas apoyada en el alféizar de una ventana mirando al exterior. Podría ser la hermana de Dalí veinte años después, con más kilos y menos ropa porque estaba en bragas y sus caderas tenían una amplitud considerable. Sin embargo, esa noche soñó que aquella modelo era su propia hermana. Se preguntó confuso si alguna vez había tenido un pensamiento incestuoso hacia ella. No lo creía, pero entonces, ¿a qué se debía haberla hecho protagonista de aquel sueño cuya lubricidad extrema no podía menos que sobrecogerlo? En la ensoñación, era consciente de su consanguinidad con la mujer de la ventana, pero eso no le impedía bajarle las bragas y penetrarla. Para mayor desconcierto, ella lo reconocía, susurraba su nombre y también gozaba plenamente del coito. Súbitamente, cambiaban de escenario y, ya mirándose las caras, volvían a hacerlo. Y así repetidas veces, como aquella pareja de un film italiano que demandaba un interminable *dammelo, prendilo, dammelo, prendilo...* No veía a su hermana desde hacía mucho tiempo, y no le pareció que un sueño de esta índole fuese el mejor pretexto para romper aquel distanciamiento. Pero supo que tenía que hacerlo. La llamó. La alegría femenina por escuchar su voz casi olvidada dejó paso a la extrañeza cuando él, sin apenas mediar palabras, la citó en la puerta de una galería de arte. Más aún la sorprendió la urgencia con que, tras un saludo breve, se vio conducida al interior y enfrentada a una pintura. Un rubor intenso se apoderó de su rostro. Había posado para un pintor, sí, pero solo una vez. Y ni ella misma se había reconocido cuando vio el cuadro terminado. ¿Cómo pudo hacerlo su hermano, que dejó de verla cuando aún era esbelta? Junto a la

obra, una placa. Buscó en ella alguna referencia que pudiera identificar a la mujer representada. Nada. Tratando de vencer su vergüenza, giró la cabeza para interrogar a su hermano. Pero lo que vio fue un rostro tan desconcertado como el suyo y unos labios que balbuceaban una confirmación: «Entonces, eres tú».

Salieron abrumados de la galería. Ella le contó su desliz pasajero. Él, su sueño. La turbación de saberse deseada por su hermano, aunque fuese un anhelo involuntario, la repugnó. Sin embargo, no tardó en sentirse aliviada por el convencimiento de que nadie más conocería su secreto.

Se despidieron sabiendo que no volverían a verse. Pero él no pudo evitar seguir encontrándose con ella cada noche hasta el fin de sus días.

Ultiprólogo

La imagen de Anna María Dalí apoyada en el alféizar suscitó en su hermano una concupiscencia que el pintor acabó por hacer explícita en 1954 con el retrato de una *Joven virgen autosodomizada por los cuernos de su propia castidad*.

¶ Agotada la familia, el paso siguiente en proximidad afectiva, dentro de las relaciones ilegítimas, es el adulterio con el mejor amigo de tu pareja.

LA AMIGA EMBARAZADA

—¿Otra cerveza? —preguntó Irene.

Luis aceptó el ofrecimiento con un gesto.

Irene estaba embarazada de tres meses. Los cambios que la gravidez había operado en su aspecto saltaban a la vista, pero Luis no había reparado en ellos. Hasta ese momento.

Irene era la mujer de Charly.

Charly y Luis se conocían desde la escuela, habían empezado juntos a frecuentar los bailes, salir con chicas y, en alguna ocasión, compartirlas. Sin embargo, eran muy diferentes. Podría decirse que el vínculo que los unía tenía más que ver con la costumbre que con la forma de afrontar la vida. Cuando Charly se casó con Irene, la relación entre los dos amigos se distendió un poco, pero no tardó en volver a discurrir por unos cauces parecidos a los de siempre. A este restablecimiento contribuyó, más que ningún otro factor, la decisión de la pareja de invitarlo a comer con ellos cada domingo. Luis no quería ser un estorbo, pero sus amigos, sobre todo ella, insistieron en sentarlo a su mesa. Pobrecillo, soltero y solo, seguro que no comerás más que hamburguesas, decía Irene sonriendo. Pronto, la sintonía entre Luis e Irene se hizo evidente. En las conversaciones de sobremesa, Charly siempre ponía la nota discordante. En cambio Irene y Luis coincidían en sus gustos sobre cine, música, pintura. Cuando los dos reían, Charly los miraba con un gesto insulso. Cuando él reía, ellos sacudían la cabeza, misericordiosos. Con el paso del tiempo, esta afinidad fue cobrando cuerpo. Sin embargo, hasta ese momento, Luis había evitado cualquier pensamiento carnal sobre Irene. Fue mientras le ofrecía la cerveza que la vio como una mujer distinta, por el abultamiento de su pecho, por la tersura de su piel, la amplitud de

su sonrisa, el brillo de sus ojos. Y cuando ella se levantó camino de la cocina, él creyó que sus caderas desprendían un halo estimulante.

—¡Qué suerte tienes, tío!— exclamó, con los ojos puestos en Irene.

Lo dijo y se quedó entre sorprendido y asustado de su atrevimiento. Charly le dirigió una mirada interrogante. Luis se apresuró a salir del apuro.

—Lo de tener un hijo. Está bien, ¿no?

Debió dejarlo ahí, pero la seducción superó a la prudencia.

—Irene está mucho más guapa.

Charly se encogió de hombros y giró la conversación sobre cualquier otro tema. Durante el resto de la sobremesa, Luis evitó mirar de frente a Irene, aunque no pudo sujetar algunas miradas furtivas que confirmaron su impresión anterior.

La semana siguiente, Luis anduvo como ido por el sentimiento que Irene había despertado en él. Su incertidumbre lo llevó a excusarse de acudir a la cita dominical. Sin embargo, sabiendo los hábitos de Irene, el lunes fingió un encuentro casual con ella y la llevó a una cafetería. No tardó en sacar el tema que lo preocupaba.

—El último domingo me pareció que Charly estaba un poco más serio de lo habitual. No sé si se molestó por algo que dije.

—¿Charly? No, para nada. Me lo habría dicho. Ya sabes como es, rarito, muy suyo.

Después de esa primera tentativa, los dos callaron cerca de un minuto, circunstancia desacostumbrada. Sin duda, le daban vueltas a las últimas palabras. Esta vez fue Irene la que tomó la iniciativa.

—¿Y qué le dijiste? Me refiero a eso que crees que le pudo molestar.

—Bueno, en realidad, nada.

Irene levantó las cejas con el gesto de burla de quien espera algo más convincente.

—Verás, fue una tontería. Solo le dije que te sentaba bien el embarazo.

—Y es verdad, ¿a que tú también te has dado cuenta? Yo me lo noto a cada instante. Es como una alegría que no sé de donde me viene.

—Eso es lo que le dije, que estabas estupenda, y que tenía mucha suerte. ¿De verdad no te ha comentado nada? Yo lo dije con la mejor intención.

Súbitamente, bajó la intensidad con que los ojos de Irene habían brillado hasta ese momento. También su voz sonó sombría.

—Lo sé, Luis, lo sé. Y no sabes cómo te lo agradezco. Lo que pasa es que, últimamente...

—¿Va todo bien entre vosotros?

—Sí. Bueno, no sé. Es que Charly... Verás, no sé que aprensión le tiene al embarazo, pero el caso es que no... Vamos, que desde que le dije que estaba embarazada...

—¿No hacéis el amor?

Irene negó con la cabeza. Era evidente que le costaba hablar del tema, pero Luis era su mejor amigo, su confidente y, finalmente, estalló.

—No sé qué es lo que se cree, si es que piensa que su hijo tiene un complejo de Edipo precoz y va a darle una toba en el capullo, ¡qué sé yo! Si te digo que ni siquiera me besa en los labios.

—Pero lo habréis hablado.

—Claro, de la manera en que se puede hablar con Charly.

Luis nunca la había visto tan irritada y a la vez hundida. Extendió su mano sobre la mesa para cubrir la de Irene, y ella, a su vez, se apresuró a poner encima la otra, encerrando la de Luis

como en un estuche. Son tantos los estuches que el cuerpo de una mujer puede ofrecer a un hombre. Luis pensó en el más cálido, en el que tanto repugnaba a Charly.

—Entonces, lleváis casi tres meses sin...

Irene asintió con la cabeza mientras preguntaba:

—¿Esto es normal? Quiero decir que si a todos los hombres os da reparo tener relaciones con una mujer embarazada.

—Nunca me lo había planteado, pero supongo que no. Ya te he dicho que yo te veo estupenda...

—Es que así es como me siento. No sé si es por mi estado o por el tiempo que llevo sin hacerlo, pero me apetece como nunca que me acaricien.

Mientras hablaba, sus manos oprimían la de Luis y sus dedos no dejaban de explorar la otra piel en una petición vehemente de reciprocidad. A Luis se le agolparon las ocurrencias: «Bueno, para qué están los amigos», «A mí, como no soy el padre, no me asusta el complejo de tu hijo»... Demasiado vulgares para pronunciarlas. Tuvo que ser ella quien lo apremiase.

—Luis, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

Claro que lo entendía. Suavemente, deslizó su mano de entre las de Irene, pagó la consumición y la llevó a su casa. A la de él.

Ultiprólogo

Hay cuernos merecidos. ¶ La protagonista del cuento siguiente, Paloma, es una invención mía. Quiero decir que no la conocí, como a Susana, pero es tan plausible como ella.

Superada la fase del magreo, anda ya mordisqueando los pezones cuando una voz lo interrumpe en pleno calentón.

—¡Casto Ruiz! ¡Sal del coche!

Obedece con desgana. En contraste con la lentitud de sus movimientos su cara cambia de expresión a cada segundo. Fastidio al serle interrumpida la faena, desprecio al distinguir el uniforme, sorpresa al recibir la bofetada, vergüenza al trastabillar y acabar rodando por el suelo, trabadas las piernas por el pantalón a medio subir. Por la otra puerta, la chica que Casto tenía sometida sale tratando de recomponer sus ropas y corre a abrazarse al otro policía, que le ofrece su pecho y unos kleenex.

En el juicio, varias mujeres lo identifican. Él ni siquiera conoce los nombres de aquellas cuyas vidas ha marcado para siempre, Blanca, Iratxe, Nadia, Paz...

Como todos los martes, Casto se dirige al locutorio. A su lado camina un guardián que nunca le dice nada, simplemente lo acompaña cumpliendo con el reglamento. Casto sabe que, si la ley lo permitiera, aquel guardián lo golpearía hasta dejarlo en el suelo, arrugado y con varios huesos rotos. Pero eso no puede suceder y Casto celebra su inmunidad con una sonrisa que el guardián intenta ignorar dirigiendo su mirada a la pared o al suelo, sin dejar de preguntarse por qué tiene que aguantar la provocación de un convicto que cumple condena por violaciones múltiples y, sobre todo, por qué una de sus víctimas en lugar de odiarlo viene a darle conversación.

Casto la mira y cada vez le parece más guapa. Quizá porque se ha acostumbrado a sus rasgos a fuerza de verlos cada semana,

aunque más probablemente sea porque cuando la conoció, fuera de la cárcel, aquel rostro solo reflejaba horror. En cambio ahora Paloma lo mira relajada y hasta sonrío. En eso Casto coincide con el guardián: tampoco la entiende. Ella dice que no hay sufrimiento comparable al de perder la libertad. Bueno, es cierto que al principio lo irritaba no poder seguir haciendo lo que más le iba. Violarse la propia mano no es lo mismo. Pero luego, empezó a recibir las visitas de Paloma y, con el tiempo, la chica se convirtió en su único deseo. Esperaba su llegada con las ingles encendidas, devoraba sus labios sin prestar atención a lo que le decían y, cuando se alejaba, le miraba las caderas y se juraba que, en cuanto saliera, lo primero que haría sería volver a poseerla.

Sin embargo, en los últimos años, la cabeza de Casto ha conocido una nueva horma. Ahora considera a Paloma como a una novia, hace planes con ella para cuando salga y hasta se distrae hojeando algún libro en la biblioteca de la cárcel. Solo una cosa no ha cambiado, y es la excitación con que sigue esperando su llegada. Por eso este martes, a medida que transcurre la hora de visita sin que lo llamen, Casto se siente progresivamente enfermo. Paloma es ahora lo más importante de su vida, lo único que tiene y que nunca ha tenido. Pregunta al guardián si la chica ha telefoneado, si ha dejado alguna nota, pero el otro ni siquiera lo mira. Entonces empieza a recorrer la celda de un lado para otro, temblando de ira ante la sola idea de que algún cerdo pudiera haberla agredido.

A la semana siguiente, Paloma vuelve a verlo. Fue un imprevisto lo que la impidió ir, pero está bien. Casto no acierta a decir lo mismo. Incapaz de sostener esa apariencia de hombre duro con la que se ha venido revistiendo desde los años en que no era ni siquiera adolescente, se descompone ante Paloma y le suplica que nunca más le falte. Ya queda poco tiempo y, cuando salga, la va a proteger contra todo riesgo. Al decir esto, Casto

recuerda lo que le hizo y se asquea de sí mismo. En cambio Paloma sonrío feliz al escucharlo.

Desde ese día, sus encuentros revelan más amor que los de cualquier otra pareja del locutorio. Casto piensa en Paloma a todas horas, y cuando no la tiene delante, la imagina y eso le da fuerzas para hacer cosas que antes creía inútiles y hasta menguadoras de la hombría. Una mañana, de improvviso, le comunican que le van a reducir la pena. La noticia lo embriaga por el día y le quita el sueño por la noche. Durante varias jornadas anda como sonámbulo por efectos de la felicidad, pero cuando llega el martes no dice una palabra sobre el asunto, guardándolo como una sorpresa. Solo el día anterior a su excarcelación se lo hace saber a Paloma. Ella se estremece. Por un tiempo, que a Casto se le hace infinito, la emoción le impide hablar. Pero cuando al fin entreabre sus labios, es para decir las palabras que Casto esperaba escuchar: ha llegado el día que tanto esperaba.

Es invierno, seguramente hace frío, pero Casto no lo nota. Sonríe y se va hacia Paloma, que lo espera, enfundada en un abrigo, a unos metros de la puerta. Ella lo deja llegar hasta tenerlo enfrente. Entonces saca la mano del bolsillo. En ella brilla una hoja de acero que se hunde en el vientre de Casto. Por la mente del moribundo no pasan todos los instantes de su vida, como dicen que ocurre, sino todos los rostros de Paloma: sorprendida, cuando la pinchaba con una navaja en el interior del ascensor; suplicante, mientras se bajaba las bragas; contraída de dolor y de asco cuando la penetraba; llena de rabia e impotencia durante el juicio; tímida en la primera visita a la cárcel; enamorada con el paso del tiempo; trémula cuando supo que él salía; brutal mientras lo apuñalaba; sonriente mientras los ojos de Casto se cerraban.

Ultiprólogo

La víctima de una violación no descansa hasta ver muerto a su agresor. Ella sabe que la reinsertión es una trola. ¶ Hasta aquí, he dado pruebas de tener la manga bastante ancha con las relaciones sexuales. Ni siquiera he condenado el incesto. Solo con la violación me he mostrado tajante. Ahora tocaré el adulterio.

LA ADÚLTERA

I

Luis estrenaba apartamento. Para celebrarlo, había invitado a sus compañeros de oficina, cuatro hombres y una mujer. Conchi les gustaba a todos. Era bonita, alegre, buena compañera. Por ponerle alguna pega, estaba casada. Esta condición no impedía que Luis mantuviera con ella una relación estrecha. Con frecuencia, las muchas horas de conversación mantenidas dentro y fuera de la oficina (solían desayunar en una cafetería cercana) mudaban, sin intención aparente, de la trivialidad a la confidencia. Conocedor de los gustos y estados de ánimo de su compañera, Luis le había regalado algún libro, algún disco, siempre oportunos. Naturalmente, nunca lo hizo a escondidas, no era una conducta deshonesto. Sin embargo, a Jordi estas atenciones no le parecían del todo inocuas. Pensaba que una flor está bien porque dura lo que dura sin dejar más que el recuerdo de un detalle. Un libro tampoco tenía más calado. Lo lees y lo guardas en una estantería donde no vuelves a mirarlo. Pero un disco es diferente. La música trasciende, la escuchas una y otra vez, y siempre que la escuchas recuerdas su procedencia. Regalar un disco es un modo de inmiscuirte en la intimidad de otra persona. Así lo veía Jordi no sin razón. En algún momento en que Conchi, sin saber por qué, había necesitado algo parecido al consuelo, se había dirigido al mueble de los discos y había elegido el último regalo de Luis. Pero, como ya se ha dicho, nada en esta relación era deshonesto. Hasta aquella tardenoche de junio.

La velada discurría con el desenfado que cabía esperar. Unas copas, algún cigarro, risas, felicitaciones por el nuevo picadero,

palabra acompañada de un guiñar de ojo. Cerca de las diez, Jordi fue el primero en iniciar la retirada.

—Bueno, yo os dejo, que la parienta luego me dice que vaya horas de volver a casa.

—Sí, yo también me voy, que menuda noche me espera. Hay un tema que me trae de cabeza y lo tengo que resolver antes de mañana.

—¡Menudo pringao!

Uno tras otro, cada cual añadió su coletilla y se puso en pie dispuesto a seguir el ejemplo de Jordi.

—Yo me quedo un rato más.

La declaración de Conchi frenó en seco la marcha de sus compañeros. Se hizo un silencio elocuente. Ni siquiera Jordi, el más lenguaraz, acertó a decir algo. Simplemente, dirigió a Luis una mirada interrogante, como si le preguntase si aquel final estaba concertado de antemano. El gesto de estupor con que respondió el interpelado negó esta suposición. Las miradas entrecruzadas sustituyeron a las palabras. Todos buscaron los ojos de todos, excepto los de Conchi, a quien nadie se atrevió a mirar. Sobre Luis, como anfitrión, recayó la responsabilidad de ser el primero en reaccionar. Acompañó hasta la puerta al grupo y regresó al salón donde el olor a tabaco, licor y cuerpos había sido desplazado por el del perfume que Conchi se había apresurado a poner en puntos estratégicos de su cuerpo. Sus labios se distendían en una sonrisa que pretendía ser natural, ingenua, carente de picardía. Sin dar tiempo a que Luis encontrase una frase con la que afrontar la situación, Conchi dio un paso que parecía definitivo.

—No nos has enseñado el dormitorio.

La procacidad de Conchi tenía desbordado a Luis.

—No, bueno... Se me habrá pasado.

A la excusa impropia siguió la pregunta estúpida.

—¿Quieres verlo?

Conchi afirmó con la cabeza. Luis pasó junto a ella sin atreverse a mirarla, cruzó el salón y se adentró por el pasillo. Ella lo siguió. Al llegar a una puerta, Luis la abrió, alargó una mano para encender la luz y se echó a un lado. Conchi agradeció la cortesía con una ampliación de su sonrisa que seguía pretendiendo ser ingenua. Dio un par de pasos y se detuvo para mirarlo todo como miras los muebles que vas a comprar, los que en breve se convertirán en tu ambiente habitual.

—Es bonito. Tienes buen gusto.

Luego, fue a sentarse en el borde de la cama. Hizo presión unas cuantas veces como comprobando la elasticidad del lecho, se inclinó para descalzarse, giró sobre su cintura y se tendió en la cama con los ojos cerrados. Luis se acercó despacio. Todavía indeciso, puso una mano sobre uno de los pies desnudos. El contacto borró la sonrisa de los labios de Conchi. Un escalofrío la había recorrido hasta las sienas. Sin prisa, Luis acarició los dedos, el empeine, el tobillo. Luego, su mano ascendió hasta la rodilla, se detuvo un instante y continuó progresando, ahora por la cara interior de la pierna. La emoción de Conchi se hacía ostensible, sobre todo en el volumen de sus pechos que crecían bajo la blusa impulsados por una respiración jadeante. Cuando la mano alcanzó el confín de la piel, un dedo se apartó de sus compañeros para internarse bajo las bragas en el bosquecillo de rizos sedosos con los que estuvo jugando unos segundos antes de asomarse a la hendidura húmeda custodiada por un pequeño músculo que se tensaba más y más con las caricias. Había llegado el momento enojoso de romper el clímax para desnudarse y desnudarla a ella. Tan pronto retiró la mano, Conchi abrió los ojos y clavó en los suyos una mirada en la que había súplica, reproche, anhelo. Luis se dio prisa en quitarse la camisa, los zapatos, los pantalones, los boxer, los calcetines, mientras Conchi se desabrochaba la blusa y,

arqueando la espalda, se bajaba falda y bragas como si fueran una sola prenda. Luis tiró de ellas para desembarazar definitivamente las piernas, que celebraron su libertad facilitando el alojamiento entre ellas del cuerpo deseado. La humedad de los sexos facilitó una penetración urgente a la que siguió un movimiento frenético que entrechocaba los pubis con una coordinación perfecta.

Lejos de allí, un hombre solitario daba vueltas sin sentido alrededor de una mesa, sin prestar atención al televisor y repartiendo miradas apremiantes entre el teléfono y el reloj.

II

Hay dos tipos de homicidio: el de ocasión y el planificado. En el de ocasión, el verdugo no tiene intención de matar a la víctima, es más, puede que ni siquiera la conozca. Por un azar asesino, un hombre inofensivo se ve envuelto en una serie de circunstancias fortuitas y vertiginosas que lo arrastran a cometer un acto del que nunca se creyó capaz y del que se arrepentirá durante el resto de su vida. En el homicidio planificado todo es distinto. El verdugo conoce bien a su víctima, acecha sus movimientos, piensa en ella con insistencia obsesiva y cuando, por fin, decide llevar a cabo su crimen, elige cuidadosamente el momento y el lugar para que todo salga bien. ¿Qué juez castigaría los dos casos con la misma pena?

Dije homicidio como podría haber dicho adulterio. Entiendo, y hasta disculpo, el vértigo de una mujer casada ante la proximidad imprevista de un desconocido tremendamente atractivo que la encoge con su estatura y la envuelve con su aroma, su mirada, su voz. Un arrobamiento del que no la protege llevar una alianza en el dedo, pero que podría resistir si tuviera una vía de escape, una tercera presencia que la ayudase a guardar

la compostura, el zumbido de un teléfono, qué sé yo, algo capaz de anular el magnetismo que ha enloquecido la brújula de su razón. Pero nada de eso ocurre y la mujer se siente aislada del mundo sin más compañía que la del hombre que la ofusca. Un roce no rechazado da paso a la caricia, al abrazo, al beso. Será una entrega fugaz, pero tan intensa y apasionada, que dejará a la mujer marcada para siempre. No con la impronta plácida de un sueño realizado, sino todo lo contrario, porque apenas el fuego se haya consumido, ella sentirá vergüenza de lo que ha hecho, el arrepentimiento la acompañará de por vida y ya no volverá a mirar limpiamente a su marido. Creedme si os digo que esa mujer me apena y que me esforzaría en demostrarle que todo puede volver a ser como antes, mejor incluso, porque su flaqueza la habrá vacunado contra deslices de ese tipo.

Pero el adulterio, igual que el homicidio, también puede cocinarse a fuego lento. En este caso, la mujer conoce al hombre prohibido y no solo no lo aparta de su cabeza, sino que piensa en él a todas horas, imagina el contacto de sus dedos sobre su piel, el serpenteo de su lengua dentro de su boca, llega incluso a fantasear que la penetra el otro mientras yace con su marido. Pronto, el pensamiento se vuelve insuficiente y la mujer admite alguna insinuación impura, si es que no es ella quien la hace. Accede a una cita, llama a su puerta, recibe el primer abrazo en el pasillo y llega medio desnuda a una cama impropia donde cumple su deseo deshonesto. Horas después, en casa, se tiende en el lecho conyugal y abre para su marido, de forma rutinaria, el vientre que horas antes abrió con frenesí para el otro. Quizá los compara y puntúa mejor al adúltero que al legítimo. A esa mujer infiel no la puedo perdonar. Por eso la he matado.

Ultiprólogo

La monogamia es un sistema contrario a nuestros impulsos sexuales. De ahí que el confidente de este relato no considere como una falta el adulterio ocasional y espontáneo. Lo que no puede perdonar es el engaño. ¶ El tamaño es un concepto que no se puede obviar cuando se habla de sexo. Este será el leit motiv de los dos cuentos siguientes.

Se lo dijo a sí mismo antes de entrarla. Demasiada mujer para ti. Pero estaba tan buena que no pudo dejar de mirarla hasta que ella, advertida, lo correspondió alzando levemente la comisura de sus labios. Alentado por el gesto, fue a sentarse a su lado. La invitó a una copa, que la mujer aceptó risueña. Poco después, su pierna rozó la de ella y no tardó su mano en apoyarse en la piel desprotegida por una falda de longitud adecuadamente escasa. No fue rechazada su caricia, como tampoco su propuesta de llevarla a su apartamento. Desnuda sobre la cama era tan hermosa, tan abundante, tan amplia. Se tendió sobre ella y la penetró con facilidad. Demasiada facilidad. Pero eso no lo preocupó. Todo el mundo sabe que la mujer, como la ficha de parchís, se corre con un dedo. Él no tenía un pene de grandes dimensiones, pero más grueso que el más ancho de los pulgares sí que era. Y también más largo que su lengua, otro instrumento de eficacia demostrada en la generación de orgasmos. Claro que aquella gruta... Durante varios minutos, el espeleólogo estuvo dando tumbos por su interior sin encontrar apoyo en las paredes mucilaginosas. Finalmente, a ella se le escapó la risa. ¡Qué desconsideración! Él esforzándose por arrancarle un gemido, un jadeo, un grito, y ella se le rio en la cara. Nunca había pegado a una mujer, pero en ese momento sintió el impulso de abofetearla, de apretar su cuello hasta acallar aquella risa hiriente. Horrorizado por sus propios sentimientos, saltó de la cama. Sin embargo, ella no dejaba de reír, con la mirada puesta en el colgajo encogido, replegado, como buscando en la bolsa escrotal un refugio a su vergüenza. Incapaz de soportarlo, se echó sobre ella, cogió la almohada y le tapó la cara. Poco después, la mujer dejaba de reír, pero él siguió

escuchando su risa. Años después, en su celda, cada vez que cerraba los ojos, aún la escuchaba.

Ultiprólogo

Hombre, mira dónde te metes. Cada cual tiene que ser consciente de sus limitaciones. Y si te equivocas, piensa que la culpa ha sido tuya, no de ella. ¶ Las dos historias recogidas bajo el título siguiente demuestran que para cada *problema* hay una solución.

TODOS CONTENTOS

I

Estoy erguido al pie de la cama. Dejo caer mi ropa lentamente, saboreando el momento en que la última prenda, siempre el boxer, se desliza a lo largo de mis piernas dejando al descubierto un miembro de proporciones inusitadas. Desde ese momento, ella no dejará de mirarlo. Veo en sus ojos un principio de asombro, casi de incredulidad, que no tarda en ceder el paso a la incertidumbre, quizás alarma, que suscita lo nunca antes experimentado y que pone en su piel un temblor de miedo y una expectativa de gozo. Le he pedido que tome la delantera, por eso ya está en la cama, completamente desnuda, con las rodillas levantadas y bien abiertas para poder contemplarme a través del ángulo formado por sus muslos. Yo también fijo la mirada en ese vértice donde se dibuja una crin oscura y perfilada que equidista de las ingles dejando a cada lado una franja de piel sonrosada, única parte de su cuerpo no quemada por el sol. Dejo que se extasíe unos segundos y luego me arrodillo sobre el colchón para gatear lentamente hacia ella. Tiene que enderezar la cabeza para seguir observando fascinada el enorme badajo que pendulea camino de su sexo. Como yo retraso el momento del primer contacto, la posición se le hace incómoda y vuelve a apoyar la nuca sobre la almohada. Me mira con un gesto que ya conozco, porque lo he visto en todas, y desciendo mi cara sobre la suya para besar su boca abierta por el pasmo. Al mismo tiempo, una de mis manos acaricia sus pechos, poniendo sus pezones tan duros como estará mi pene dentro de unos instantes, cuando alcance su verdadera dimensión. ¡Si ella lo pudiera ver entonces! Pero no

podrá porque el largo convoy ya estará introduciéndose en el túnel. Lo dejaré entrar despacio, centímetro a centímetro, hasta hacerlo desaparecer por completo. El efecto de la penetración se reflejará en sus ojos, desmesurados al principio, luego entornados y finalmente ciegos bajo los párpados, cerrados por una crispación acorde con el rictus que frunce todo su rostro. Es un gesto que nunca he sabido interpretar, si es el dolor provocado por el intruso que colma su vientre, o es el éxtasis de un deleite nunca imaginado. Y eso que es una mujer con experiencia, sé que se ha acostado con varios hombres que conozco. Pero también sé que ninguno le ha hecho sentir nada parecido. Nunca saqué buenas notas en mis estudios, malogré todos mis proyectos. Pero en la cama jamás defraudé a una mujer. Y creedme, he conocido muchas. Entre ellas, nada corre de boca en boca como el rendimiento de un hombre en la cama. Por eso, hace tiempo dejé de buscarlas: ellas vienen a mí. Puedo entretenerme contando todo esto porque sé que ella necesita un tiempo para asimilar una sensación tan intensa. No quiero que se agobie. Le doy medio minuto de tregua. Para romper el impasse, le pregunto si sabe lo que es el vacío. Como no me comprende, reculo lentamente, dejo que su vientre se recupere de la invasión y, cuando ya lo tengo fuera, contesto yo mismo a mi pregunta: Esto es el vacío, lo que estás sintiendo ahora. Sin transición, vuelvo a introducir la cabeza del pene y lo hago progresar con la misma parsimonia con que lo hice salir. A medida que avanza, le hago otra pregunta: ¿Y sabes lo que es esto? Sus dientes, mordiendo con fuerza el labio inferior, me dicen que no habrá respuesta. Entonces, empujo hasta el fondo y susurro en su oído: Esto es... ¡la plenitud! Por primera vez, ella rompe el silencio del dormitorio. Sus quejidos me estimulan. Me cimbreo de un lado para otro, giro la cintura haciendo rotar mi miembro dentro de ella, retrocedo, vuelvo a avanzar, y así una y otra vez durante no sé cuánto tiempo. Me

cuesta retener la eyaculación, pero mientras sienta su cuerpo retorcerse bajo el mío, debo esperar. Así lo hago hasta que, por fin, sufre una convulsión más fuerte que las anteriores y se queda quieta, aunque no inmóvil, porque sus pechos suben y bajan con ritmo y fuerza de mar. Entonces me dejo ir y la inundo. Ella lo siente como un bálsamo y distiende su rostro en un gesto de satisfacción insuperable.

Todos han obtenido diplomas, han levantado trofeos, han inflado sus cuentas bancarias. Pero ninguno ha visto nunca una cara tan agradecida como la que yo estoy viendo ahora a tan solo un palmo de la mía. Agradecido yo también, me inclino sobre ella y fundo en uno nuestros alientos entrecortados.

II

Las dimensiones de mi pene no alcanzan la media exigida para un adulto. Durante un tiempo, esta insuficiencia dificultó mis relaciones con el sexo femenino, pervertido por la falocracia. Ya se sabe que no hay río tan fluido como el comadreo femenino. Especialmente por lo que se refiere a las vivencias de alcoba. ¿Qué mujer no ha presumido alguna vez de haber echado el polvo del siglo, de haber conocido al hombre ideal o cualquier otra exageración tras un encuentro que, simplemente, le sirvió para salvar la noche? Es una forma de lamerse las heridas porque, al menos en los círculos que yo frecuento, todas llevan una vida sexual tan infausta como promiscua. Esto es así porque el hombre suele buscar en el sexo una satisfacción puntual, y a menudo urgente, sin preocuparse de saciar a su pareja. Claro que no todos son así. Alguno cumple, pero tan pronto la afortunada pregona su hallazgo, las otras se apresuran a disputarle el mirlo blanco. Por la boca muere el pez.

En mi caso, la publicidad fue cruelmente adversa desde la primera noche. Defraudada, la mujer derramó sobre mí un sinfín de irrisiones que fueron recibidas con alborozo por un auditorio adicto a propalar los escarnios ad infinitum. Pero la exageración es un arma de doble filo. Tanto énfasis puso aquella mujer en desprestigiarme, que una de sus confidentes, recelando que la cosa hubiera sido al contrario, y que la difamadora quisiera tenerme en exclusividad, decidió verificar la exposición por sí misma. Yo estaba convencido de que a partir de esa noche mis tentativas solo cosecharían risas y sarcasmos. Aun así, no malicié la razón de que esta segunda mujer se me insinuase. Un simple vistazo le bastó para comprender que la primera no mentía. Y, sin embargo, bien por negación a reconocer su fracaso, bien porque tenía más tablas que la otra, supo reconducir la situación para sacarle partido a lo que yo podía ofrecerle.

Hay entre las mujeres, incluso entre las sexualmente más liberadas, algunas reticencias. El tabú más extendido se refiere al coito anal, modalidad que debe ser practicada con suma delicadeza por parte del hombre. Si la pérdida del himen es siempre dolorosa, el desgarramiento del esfínter anal tiene unas consecuencias mucho más desagradables, porque tarda bastante más en sanar. Una de las mujeres del grupo fue una vez penetrada por un cromañón y su experiencia había puesto en guardia a todas las otras. Sin embargo, esta amante mía dio una nueva prueba de su reticencia ante las versiones de las otras y se propuso salvar la noche.

En mi destierro, yo me había consolado con revistas sobre sexualidad, algunas simplemente guarras, pero otras con cierto calado científico. O al menos así me lo parecían. Gracias a ellas, había adquirido un conocimiento teórico bastante profundo sobre parafilias, y en concreto sobre pedicación. Sabiendo que no podía fallar por segunda vez me esmeré en los preparativos, caricias

previas para lubricar la zona sin necesidad de vaselina (no me avergüenza reconocer que incluí el beso negro entre ellas), penetraciones digitales, primero el corazón, luego el índice y, finalmente, el pene que se alojó en el orificio como en un estuche que se hubiera hecho a su medida. La prueba de que aquella mujer salió plenamente satisfecha de mi apartamento es que de nuevo he vuelto a estar en boca de todas, aunque ahora sus comentarios tienen un signo bien distinto.

Dice el adagio que donde una puerta se cierra una ventana se abre. En mi caso se ha cumplido. De un periodo de escasez he pasado a otro de abundancia. Tanto es así que mi cama es frecuentada con asiduidad por todas las mujeres de mi entorno, con solo dos excepciones: la que tuvo una experiencia traumática y aquella primera que tanto me escarneció. Me consta que también ella quiere perder la virginidad anal, pero yo desoigo sus demandas. Que se busque otro. Y ojalá resulte un cromañón.

Ultiprólogo

Tan oportuno como un buen licor después de una mala comida me parece la conclusión feliz de un asunto cuya primera entrega expuso una conducta abyecta. ¶ La anécdota siguiente se llamó al principio *Todo a su tiempo*.

Hace unos días, mi existencia alcanzó lo que, dada mi afición a la astrología, no dudé en considerar un alineamiento perfecto: sesenta y nueve años, sesenta y nueve kilos y un metro con sesenta y nueve centímetros de estatura. Esta triple confluencia en el número 69 tenía que significar algo. Lo primero que me vino a la cabeza fue lo más obvio: la simultaneidad de una felación y un cunilinguo. Nunca lo había hecho, pero la certeza de encontrarme ante el momento propicio me impulsó a probar.

La primera tentativa fue un desastre. Cometí el error de echar mano a lo que tenía más cerca, mi mujer, con la misma edad que yo pero algunos kilos más. Puestos en posición, ella no tardó en alcanzar su objetivo. Yo, en cambio, no tuve tanta suerte. Había oído que la cosa consistía en poner una oreja en cada muslo y la boca donde caiga, pero por mucho que trataba de arrimar la cabeza no era capaz de superar el mar de lorzas. Y es que mi mujer... Por que os hagáis una idea: puesta en pie, los michelines le cubren el pubis como esa cascada que oculta la entrada de una cueva (;ay, aquellas películas que veía cuando mozo!). Recurrí a las manos para abrirme paso y, por fin, pude encarar la maraña. Sin embargo, me fue imposible encontrar la rendija. Lo intenté una y otra vez, pero mi lengua se perdía entre tanta arruga. En eso estaba cuando a mi mujer le entró una arcada, me tiró de la cama y salió disparada en busca del baño.

No la culpé del fracaso. La pobre bastante hizo con no rechazar mi propuesta a pesar de que, estoy seguro, le había parecido una guarrada. Comprendí que ella no era la mujer adecuada, así que decidí probar con otra. La escogí más joven, dieciocho me dijo, pero puede que tuviera menos. En cuanto se

quitó las bragas comprendí que esta vez sería diferente. Toda su piel, de ombligo para abajo, era tersa y limpia, sin pliegues ni pelos. Había, en cambio, cascabeles. Según la chica, a muchos les gusta escuchar su tintineo mientras empujan. No fue la única sorpresa. Por razones de peso, yo siempre había ocupado la posición superior. Pero se ve que esa vez la cosa iba de novedades. La chica me pidió que me echase. Obedecí. Ella, dándome la espalda, se puso a horcajadas sobre mí, flexionó sus muslos y, con la precisión que da la experiencia, hizo que su vulva aterrizara justo sobre mi boca. ¡Así cualquiera!, pensé. Y, sin perder un segundo, empecé a dar lametones con el mayor entusiasmo. Pero como no hay dos sin tres, ahí fue la tercera sorpresa. Mi lengua y sus cascabeles parecían un monaguillo tocando las campanas. A cada envite, un clin-clin-clin. Entre aquello y lo de tener la nariz clavada en su ojete se me cortó el rollo. Pregunté a la chica que cómo iba con lo suyo. Me dijo que como si se la chupase a un muerto. Normal, ¿quién podía concentrarse con aquella musiquilla? Total, que la invité a descabalgarme y me marché convencido de que si mi triple sesenta y nueve tenía un significado lo tendría que buscar por otro camino.

Ultiprólogo

Dicen que hay que probar de todo. Y también que cada cosa a su tiempo. ¶ No cuesta reconocer conductas propias o de allegados en un relato actual y urbano. Más chocante resulta descubrir trazas de erotismo sofisticado en un ambiente decimonónico y rural como el descrito a continuación.

AURORA LA VENTERA

Aurora la Ventera tiene la fuerza de tres hombres. Le dobla el brazo a cualquiera y levanta sin resollar sacos de cinco arrobas. A pesar de su vigor, Aurora es guapa, dibuja una silueta bien proporcionada y su piel es tan fina como las piedras del arroyo. Al menos, así lo dicen algunos, muy pocos, que una vez se atrevieron a propasarse y fueron derribados de un empujón o vueltos la cara del revés por efectos de una bofetada. Solo daríamos crédito a Fermín el Buhonero, único hombre al que Aurora permite quedarse cuando cierra la venta. Pero Fermín, que tan suelta tiene la lengua para convencer a las mujeres de que compren sus mercaderías, jamás ha dicho una palabra acerca de la ventera.

Fermín pasa por la aldea una vez al mes. Las mujeres rodean su carromato, eligen ropas o cacharros y dejan caer chismorreos acerca de la virilidad del buhonero. Porque algo tendrá cuando una mujer como Aurora le permite lo que a ningún otro pretendiente. Fermín es ágil y fibroso, pero sin la fuerza de un hombre medio. Y tampoco tiene unos rasgos particularmente bellos. Seguramente, su atractivo está en el interior de esa caja que siempre trae para la ventera y sobre cuyo contenido jamás responde por mucho que sus clientas le pregunten.

Al llegar la noche, Aurora cierra su establecimiento y se queda a solas con Fermín. Ella se interna en los penetrales de la venta y él la sigue con los labios cerrados pero los ojos bien abiertos, fijos en los capiteles de esas dos columnas que lo preceden. En la habitación, mientras ella prepara el barreño, él saca de la caja prendas de lencería fina y las coloca sobre una silla. Ella las mira complacida. Luego, se desnuda y entra en la bañera. De pie, con los brazos en alto para recogerse el pelo sobre su cabeza, recuerda

esos cuerpos mitológicos cuyas estampas trae Fermín por encargo de los mozos, diosas cuya impudicia de mármol es la única que le permiten vender.

Aurora es la viuda de Juan el Ventero. Cuando niña, su padre, un leñador, la empleaba como bestia de carga para ahorrarse el dinero de una mula. Un día, siendo ya moza, Aurora llegó a la venta cargando tal cantidad de leña que Juan necesitó hacer dos viajes para trasladarla al interior. Asombrado por el vigor de Aurorilla, así se la conocía en el pueblo, el ventero provocó a un mozo para que midiera sus fuerzas con ella. El chico se resistió diciendo que todo un hombre como él no se rebajaba a competir con una mujer, pero al escuchar la suma con que Juan premiaría al ganador la codicia pudo más que el orgullo y aceptó el pulso. Menos reacia se mostró Aurorilla, acostumbrada a poner el dorso de su padre contra la madera de la mesa. El duelo se zanjó con la victoria de Aurorilla. Después de aquella exhibición, Juan pidió al leñador que se la diese por mujer a cambio de una suma de dinero suficiente para comprar media docena de mulas. El casamiento puso a todo el pueblo los pelos de punta. Juan era un hombre rudo, con dos viudeces a su espalda, y nadie dudó que Aurorilla seguiría la misma suerte sin tardanza. Los primeros indicios parecieron darles la razón. Un día, un moratón en la cara; otro día, un rasponazo en el cuello... Al tercero, Juan rodó por las escaleras y se partió el espinazo. No faltaron aspirantes a ocupar el vacío del ventero, pero Aurorilla supo poner a cada cual en su sitio y al poco tiempo se había convertido en la más temida que deseada Aurora la Ventera.

Fermín, que también se ha desnudado, moja una toalla en el agua del barreño y la enjabona. Después, la extiende entre sus manos y comienza el lavatorio de una piel que ya no le recuerda el

mármol porque cede a la presión de sus dedos. Con simetría meditada, recorre brazos, hombros, cuello... Si sus manos se demoran al llegar a las axilas no es porque esta parte del cuerpo requiera una friega más intensa. Es que en ese punto siempre duda entre seguir descendiendo o arquear los brazos para alcanzar los pechos, tan cercanos. Como siempre, hoy el temor vence al deseo, y la jabonadura sigue su itinerario espalda abajo hasta alcanzar las nalgas. Con los ojos cerrados, Fermín imagina que estruja unos pechos de dimensiones formidables. Lo hace con ansia, pero también con suavidad, no quiere provocar el menor reproche. Ahora, enjabona las piernas hasta llegar a los tobillos. Acucillado, su cara queda a la altura de esos globos magníficos bajo los cuales una mano se desliza, recorre sin apresuramiento la cara interna de los muslos, apenas entreabiertos, y alcanza los confines de la vulva, que fricciona con delicadeza. Allí es donde la mujer con la fuerza de tres hombres, tiene su punto débil. Obedeciendo al estímulo, Aurora inicia un giro que termina con la oferta frontal de su cuerpo, la que contiene los senos, el vientre y el pubis. Desde ese momento, Fermín debe darse prisa en lavar la piel pendiente porque Aurora ha empezado a mojarse también por dentro y la paciencia no es una de sus virtudes. Los dedos sueltan el paño, las manos liberan el pelo. Mientras ellos remueven el clítoris, ellas aferran la verga. Las lenguas se entrelazan con vehemencia fugaz porque, en seguida, Aurora sale del barreño y, sin soltar su asidero, arrastra a Fermín hasta la cama.

Una hora después, desfogados los amantes, vuelven al barreño para repetir el lavatorio con los papeles cambiados. Aurora no ha tenido inconveniente en restregar su cuerpo limpio contra otro sudoroso, al contrario, le gusta así. Pero la ropa es otra cosa. Para probarse las mercancías que ha traído, Fermín ha de estar impoluto. Primero se pone las bragas, da unos pasos por el

dormitorio y vuelve hasta la silla para ponerse el sujetador. Aurora sonríe ante el contraste de las copas flácidas con las bragas a punto de reventar. Recuerda cómo llegaron a esta situación.

Acababa de abatir el brazo de un pipiolo deseoso de hacerse hombre. Lo hizo sin el menor esfuerzo. Alguien dijo que el único capaz de doblegarla sería el buhonero, acostumbrado a cargar y descargar su carromato. La idea fue celebrada por todos menos por el aludido. Para zafarse, a Fermín se le ocurrió decir que solo aceptaría si el premio fuese pasar la noche con ella. La primera sorpresa fue la aceptación de Aurora. La segunda, su derrota. Pudo ganar pero no quiso. Demasiadas noches sofocando sus ardores de viuda joven. Fermín no fue el primer hombre en penetrar su vientre, pero sí en hacerla sentir mujer. Se ve que el deambular de un sitio para otro le había dado una experiencia que no tenía ninguno de los gañanes de su pueblo. La trató con una suavidad inesperada, dejando incluso que ella tomase la iniciativa. No fue un sexo impuesto ni precipitado. Fue un sexo complaciente y complacido. Además, Fermín tuvo el detalle de regalarle un juego de lencería tan delicado que ella no se atrevió a poner sobre su cuerpo. Entonces, el buhonero se ofreció a servir de modelo. Así empezó todo. Después de esa noche, la mejor de su vida hasta ese momento, Aurora convino con Fermín en repetirla cada vez que el buhonero pasara por la aldea.

Ultiprólogo

La fuerza física no es privativa del hombre. Llamar virago a la mujer que la detenta es propio de obtusos y maledicentes. ¶ El relato que sigue describe cómo pudo ser el primer acercamiento a la escritura de un aspirante a escritor.

BOVARY

Es un atardecer de invierno. El presupuesto municipal no da para encender los fogones de la forja literaria y el frío circula libremente por la sala. Sin desabrocharse el abrigo, la preceptora saluda, dice su nombre y, tras una breve indecisión sobre la conveniencia de sentarse o caminar entre los pupitres, resuelve pararse ante los alumnos, dejando que sus nalgas se acoplen al filo de la mesa. Desde allí, busca la manera de romper el hielo, tarea siempre engorrosa, y aun más en una tarde como ésta, pero lo consigue tirando de oficio. Tras dirigir a la veintena de asistentes unas palabras de reconocimiento por su decisión, provoca las primeras risas desgranando anécdotas bien ensayadas, aunque finge recordarlas por casualidad, ocurrencias reales o inventadas atribuidas al acontecer de otros cursos precedentes. La incipiente relajación de los alumnos da paso a la primera propuesta: escribir unas líneas que le sirvan para orientar la enseñanza de un modo personalizado. Dando por sentado que todos los aspirantes a escritores son grandes aficionados a la lectura, la monitora nombra tres títulos: *Madame Bovary*, *El extraño* y *El guardián entre el centeno*, pidiendo que cada cual escriba sus impresiones sobre cualquiera de ellos. Un alumno levanta la mano y confiesa que no ha leído ninguno de los tres. Su gesto es seguido como una consigna por algunos más. La profesora frunce las cejas, saca la mano del bolsillo para rascarse la frente y, en un gesto que revela su benevolencia, transige que los incultos realicen su ejercicio sobre cualquier relato que conozcan. No es el caso del hombre de mi edad. Él ha leído las tres novelas propuestas, aunque ninguna le gustó, y eso lo contraría.

Sobre el pupitre hay unas cuantas hojas de papel con el emblema de la concejalía y el nombre del taller en la cabecera, seguidos de algunas casillas donde el aprendiz debe escribir su nombre, lugar y fecha de nacimiento, y fecha actual. El alumno de edad avanzada vuelve a sentirse incómodo. Hace muchos años que no se sienta a una mesa que no tenga encima un ordenador o un plato de comida. Ciertamente utiliza el bolígrafo a diario, pero siempre para escribir anotaciones precipitadas y con una caligrafía confusa que él mismo a menudo es incapaz de luego descifrar. A punto está de irrumpir el Iracundo, pero el Sabio lo intercepta, permitiendo que el Voyeur afronte la situación. El Voyeur otra virtud no tendrá, pero escribe como los ángeles, si se acepta la existencia de ángeles rijosos. Coge el boli y, con su letra sensual, redondilla, propia de un pendolista, escribe:

EMMA BOVARY

Emma se detuvo frente a la escalinata de mármol y levantó la vista hacia la gran puerta. La magnitud y opulencia proclamadas ya desde la entrada misma del edificio la hicieron sentir insignificante, miserable y hasta ridícula en sus pretensiones. Estuvo a punto de pasar de largo, pero la pequeña cajita le quemaba en la mano. Había sido afortunada y tenía que aprovechar aquella suerte sin dejarse acobardar por lo insólito de la empresa. No había humedecido las sábanas durante toda una noche de sofocaciones, ni se había puesto su mejor vestido y gastado la última gota de su esencia más costosa para echarse atrás en el último momento. Tratando de acallar sus temores, Emma cerró los ojos, apretó la mano que encerraba la cajita y respiró profundamente. Cuando se supo dispuesta, subió los escalones e hizo sonar la aldaba. Transcurrieron unos segundos sin que la

puerta se abriese. Quizás el toque fue demasiado débil. Volvió a golpear, esta vez con más firmeza. Mientras aguardaba, tensó los muslos para evitar que el temblor de sus piernas se apoderase también de su lengua en el momento de anunciarse. Un leve crujido de madera la puso en guardia. Al momento, apareció en el umbral un lacayo que la miró de arriba abajo con un gesto escaso de cortesía, pero pleno de agudeza en punto a precisar la condición social de la visitante. Sin dejarse intimidar, Emma le dijo su nombre y el motivo de su visita: ver al señor de la casa. El cerbero respondió que sin duda se había equivocado de dirección, pero Emma insistió, mostrándole el objeto que llevaba en la mano. Ante la petición del criado, que pretendía tomar la caja y despedir sin más a su portadora, Emma dijo que sólo se la entregaría a su dueño. El sirviente entornó la puerta y fue a consultar. Poco después regresó para franquear la entrada a Emma y conducirla de mal grado hasta una sala, donde el caballero la esperaba.

Al verse en su presencia, Emma sintió que las piernas apenas la sostenían y de nuevo la invadió el arrepentimiento. Pero ya era tarde. El caballero se había acercado a ella y le preguntaba cómo consiguió su tabaquera. Con una voz que no reconocía como suya, Emma explicó que la tarde anterior, mientras paseaba, se había cruzado con él. Cautiva de su distinción, no pudo evitar volver la cabeza unos pasos adelante, queriendo el azar que en ese momento algo cayese del bolsillo del caballero. Ella lo recogió e intentó devolvérselo, pero antes de que pudiera hacerlo, él subió a un carruaje y se alejó.

¿De verdad volvió la cabeza para mirarme?, pregunta el caballero, sonriendo seductor, mientras su mano izquierda toma la de Emma y la atrae hacia sí, haciendo caer la tabaquera, pretexto de este encuentro pero que, a estas alturas, a nadie importa. Con su brazo derecho, él rodea la cintura de Emma, que

se deja arrastrar sin resistencia, sus ojos ahogados en los del hombre, sus labios entreabiertos para exhalar un aliento cálido, que él atrapa con los suyos, cerrando un beso prolongado en el que su lengua enreda la de ella. Ahora Emma tiene los ojos cerrados y así los mantiene mientras la mano del caballero se desprende de la suya para acariciar su brazo, su cuello, su mejilla. Emma respira con dificultad, pero no tiene voluntad para poner fin al beso ni deshacer el abrazo. Nunca su piel ha sido acariciada por unas manos tan suaves al tiempo que decididas y quiere vivir la experiencia hasta el límite, no importa donde esté. La mano que acariciaba su rostro ha empezado a desabotonar su blusa. Emma siente sobre su pecho el roce, quizás atenuado, tal vez resaltado por el espesor de la tela, no lo sabe, porque cada sensación es nueva y conducente al delirio. El salto del último botón permite a la mano deslizarse libremente por debajo de la seda hasta alcanzar el seno, sustentado por el corsé. Emma no siente aún el tacto directo de los dedos sobre su piel, pero sí su firmeza buscando el pezón, rodeándolo, retorciéndolo suavemente hasta endurecerlo como nunca antes. Por un momento ha sentido que se ahogaba, pero se apresura a tragar la riada de saliva, suya, de él, para que no cese el baile de las dos lenguas. La mano derecha del caballero hace tiempo que dejó de ceñir su cintura para ir a evaluar la consistencia de sus glúteos y después cubrir la hendidura que los separa y alojar en ella uno de sus dedos, que explora en círculos y presiona cada vez con mayor insistencia, como si quisiera penetrar por donde aún no puede. Pero este impedimento hace que Emma sienta un placer inmenso, y ceda al empuje del dedo, y estreche su pubis contra el del hombre, concretado ya en un miembro tan duro como sus propios pezones.

Inesperadamente, el abrazo se distiende. Pero el súbito desasosiego de Emma dura el tiempo que tardan las manos de su

amante en despojarla de sus prendas hasta dejarla completamente desnuda. Emma lo deja hacer sin atreverse a separar sus párpados, como si temiese despertar de un sueño fascinante sublimado por el vértigo de sentirse alzada del suelo y llevada en volandas hasta una nube de terciopelo. Tumbada, con los ojos cerrados para sentirlo todo con mayor intensidad, escucha el murmullo premonitorio de los ropajes masculinos, el siseo del cinturón al aflojarse, el deslizamiento de los calzones, el golpe amortiguado de los botines, el crujido del diván bajo el peso del cuerpo que se tiende junto a ella.

Inmediatamente, de nuevo los besos, las caricias, pero ahora siente las manos del hombre directamente sobre la piel de sus pechos, su vientre, sus ingles. Emma se retuerce de felicidad y también acaricia a su acompañante, al principio con timidez porque se sabe inexperta, pero poco a poco va cobrando seguridad mientras recorre el otro cuerpo y conoce cada uno de sus músculos. Siente que una pierna se introduce entre las suyas y presiona su pubis, refrotando una y otra vez la zona encharcada. Luego, la otra pierna se abre paso y Emma siente frente a su sexo un miembro vigoroso que golpea aquí y allá con suavidad exasperante, amagando una penetración que no termina de consumar, entra un poco, sale de nuevo, y así varias veces, volviéndola loca de ansiedad, haciéndola contorsionarse bajo el cuerpo de su amante. No sabe cuánto podrá aguantar sin gritar, aunque puede que sus sollozos alcancen ya la categoría de gritos. Fuera de sí, Emma apoya sus manos en las nalgas del hombre y las atrae con todas sus fuerzas hasta sentir, por fin, que el miembro entra en su vientre con toda su longitud, y entonces grita, palabras lógicas, como “más” y “tuya”, y otras impropias de su lenguaje, “fóllame”, y así durante un tiempo inmedible, sintiendo andanadas de placer hasta que el agotamiento físico desmaya sus brazos y sus muslos, y su cuerpo sólo se mueve a impulsos de las

acometidas del hombre. Finalmente, también él se abandona, dejándose caer a un lado. En la quietud de la sala, apenas alterada por el jadeo satisfecho de los amantes, Emma trata de grabar en su memoria cada estremecimiento reciente para poderlo revivir noche tras noche, hasta el último día de su vida, en la soledad de su dormitorio conyugal. Suspira cuando siente que su acompañante se incorpora, convencida de que el sueño ha llegado a su fin. Pero los brazos que pasan bajo su cuerpo no la ayudan a levantarse, sino que la voltean enérgicamente hasta ponerla boca abajo. Emma deja escapar un quejido por la brusquedad del vuelco, pero sigue sin abrir los ojos y dejando hacer con docilidad. No tarda en sentir de nuevo el cosquilleo de las piernas velludas rozando la cara posterior de las suyas y voluntariamente las separa creyendo que el siguiente contacto será el del miembro en busca de una nueva posesión, pero se equivoca. Ciñéndola por la cintura, las manos del hombre tiran de ella hacia arriba, obligándola a ponerse de rodillas, con la cara y los pechos aún apoyados en el lecho. Unos dedos diligentes ascienden luego entre sus muslos, húmedos de semen, para ir a jugar con su sexo, recorriendo la oquedad hasta dar con el punto donde el placer se vuelve paroxismo, como así lo confirman el movimiento convulso de las caderas de Emma y los gritos no sofocados por el terciopelo que aprisiona su rostro. El éxtasis se prolonga hasta la extenuación y el enronquecimiento, y sólo cuando el sexo de Emma parece enmudecer, la mano reduce la intensidad de sus envites. Pero no hay tregua, porque ya la otra mano ha encontrado entre las nalgas un nuevo alojamiento, contra el que frota la yema de sus dedos lúbricos. Instintivamente, Emma trata de evitar este contacto, pero el dedo anclado en su vientre impide cualquier intento de retirada, y su gesto de indocilidad se queda en un débil respingo. Instigada por la novedad, Emma muda su resistencia en colaboración y favorece los propósitos del asaltante, cuyos círculos

en torno del ano suscitan en esta región un placer distinto, pero no inferior, al experimentado en el lugar vecino. El dedo aumenta la presión en cada giro, se asoma al interior de la hondura para volver a salir, como si fuera tímido, pero no lo es, y vuelve a entrar, un poco más esta vez, y sale de nuevo, provocando la exasperación de Emma, que ya pide un mayor avance. Sintiendo doble y simultáneamente penetrada, Emma cree que no le será posible sentir un gozo mayor, pero se equivoca una vez más, y así lo comprueba cuando el dedo postrero es reemplazado por un miembro que ha tenido tiempo de recuperar la rigidez. De nuevo los escarceos, la penetración escasa, un poco más a cada empuje y, por fin, todo el miembro introducido. Y de nuevo el “más”, el “tuya” y algún otro grito que Emma jamás ha pronunciado antes, porque nunca, ni siquiera en sueños, ha sentido un placer comparable al que ahora siente.

Cuando el noble se retira, Emma siente un poco de frío, pero permanece con la cara hundida, exhausta. Escucha al hombre vestirse, alejarse hacia la puerta y hablar con otro hombre. Unos pasos precipitados llevan junto a ella al segundo hombre, que descubriéndose lo imprescindible, se da prisa en ocupar el lugar del noble, aunque sus movimientos son torpes y ásperas sus manos. Embotada su sensualidad, Emma no reacciona cuando el patán embiste su vientre, estruja sus pechos, lacera su piel, todo con la mayor urgencia. Apenas un minuto y ya está el gañán apeándose y subiéndose los calzones. Un olor desagradable, de hombre y ropa faltos de higiene, es la primera percepción de los sentidos de Emma, que, no sin esfuerzo, inicia un giro de su cuello para eludirlo, pero en seguida siente el escozor de un palmetazo en la nalga. Su queja es acallada por un rugido brutal: ¡Vamos, zorra, vístete de una vez!

Sin mirar a su segundo amante, Emma camina hacia su ropa, manchando la alfombra con el reguero sucio que escurre por sus

piernas. Cuando termina de vestirse, da unos pasos hacia la puerta por la que entró, pero es agarrada por un brazo y conducida a través de un corredor sombrío hasta otra puerta, que también da a la calle, pero a otra calle. Allí recibe unas monedas, acompañadas de una advertencia: ¡Y no vuelvas! ¡El señor nunca repite!

La calle está sucia, como las gentes que la transitan, como la propia Emma. Unos chiquillos le piden limosna y ella les da el dinero que ha recibido del lacayo. Inmediatamente se ve rodeada de una multitud vociferante que busca su parte. Imprecisa, sofocada, Emma se abre paso, rodea el edificio y vuelve a la calle de las fachadas deslumbrantes. Camina sin rumbo, mirando los edificios como si fuesen distintos, pero la distinta es ella, que habiendo conocido la gloria y el infierno ahora sabe que no pertenece a ninguno de ellos, sino al limbo.

FIN DEL EJERCICIO

El Voyeur firma su trabajo y lo entrega a la profesora, que no oculta su satisfacción, quizá por la caligrafía, quizá por el título elegido. Esta sonrisa y la suave bonanza experimentada por el clima en su segundo día lectivo son interpretados por el alumno como augurios tutelares. Por eso no le sorprende verse recibido por la profesora nada más entrar en el vestíbulo. Está convencido de que lo viene a felicitar. De ahí la magnitud colosal de su estupor ante el gesto adusto con que ella le devuelve su ejercicio, como si le quemara en las manos, y su posterior aturdimiento al escuchar las palabras con que, sin pararse a saludarlo, le sugiere que pase por la ventanilla, donde ya ha dado instrucciones para que la cuota de inscripción le sea devuelta. El aprendiz efímero quisiera cuando menos conocer el motivo de su expulsión, pero la tutora se aleja ya camino del aula, dejándolo en medio del

vestíbulo, navegante en el vaivén colérico de sus glúteos, náufrago en la turbia marejada de sus propias cavilaciones. Sólo las gaviotas que cubren vidrieras y tablonas le arrojan alguna luz, al recordarle la ideología cerrilmente conservadora del consistorio. Bajo esta perspectiva, el Voyeur se apresura a eximirse de culpa. Según él, la reacción de la instructora se debe a su condición de meapilas trastornada por los estigmas que llagaron su cuerpo mientras leía el ejercicio. La explicación es plausible, pero no convence al Fatuo. Piensa que la gran calidad del texto ha desconcertado a la profesora hasta el punto de tomar a su autor por un profesional de la escritura, confabulado para embromarla. «Además», tercia el Iracundo, perito en ofuscamientos, «este enfoque da sentido a su exabrupto final: ¡Me da igual quien sea usted!» «Que es como decir», concluye el Fatuo, «no me importa si es catedrático o premio Nobel». «O alguien que conoce un antiguo desliz de la profesora», plantea el Sagaz. Y remacha: «Es posible que la Emma del Voyeur haya revivido en ella una experiencia parecida».

El incidente tiene revolucionada a casi toda la tribu. Unos y otros proponen teorías, válidas o peregrinas. Todos, excepto el Sabio que, sin hacerles caso, busca el alivio de la resignación y acepta que nunca tendrá un diploma, aunque tampoco será uno de esos estudiantes que reprochan a Umbral olvidarse de Dios y preguntan a Hierro si el escritor nace o se hace («¡Suspense, hijoputa!», responde el poeta).

Ultiprólogo

A menudo, el escritor novel necesita descargar su frustración. Como es lógico, lo hace sobre lo que tiene más a mano, que suele ser algún libro aclamado por los críticos. En este cuento, el aspirante la toma con la pobre Emma a la que endosa una interpretación extremada de su peripecia. ¶ Sobre el relato siguiente debo guardar silencio. Cualquier palabra condicionaría el flujo emocional del lector.

LA GATA

Lo despertó una sensación como de ruido. Aguzó el oído, pero no escuchó nada. Con lentitud submarina, se levantó y arrastró los pies desnudos hasta la ventana abierta. No había sido el viento. Las ramas de los árboles guardaban una quietud inmóvil, ni hojas ni papeles rodaban por las calles. Volvió a la cama convencido casi de haber escuchado uno de esos crujidos que produce el cuerpo mientras reposa. La contractura de un músculo, el descenso de una burbuja por el tobogán intestinal, una articulación, un ronquido, seguro que fue algo de eso. Aun así, la parte más cauta de su cerebro permaneció alerta. No tardó en volver a escucharlo. Esta vez sí pudo precisar de dónde venía. Del cuarto de baño. Y también que no era exactamente un ruido, como había creído escuchar mientras dormía, sino algo tan suave como un roce de seda. O de algodón. Una toalla, el albornoz, quizá la cortinilla, nada que debiera preocuparlo. Pero el aire no se movía y aquel rumor no cesaba. Lentamente, echó la sábana hacia atrás. Se incorporó. Permaneció unos segundos de pie junto a la cama. Ante la insistencia del roce, recorrió la distancia que lo separaba del aseo. Se detuvo un instante ante la puerta. Luego, puso la mano en el pomo y lo giró suavemente. Conteniendo la agitación de su pecho, empujó la hoja y, más curioso que asustado, metió la cabeza por la rendija. No vio nada extraño entre las cuatro paredes, pero a través del cristal rugoso de la ventana pudo distinguir una silueta negra, como una cabeza, o mejor, como un cojín. Un cojín con cabeza. Debía de ser un gato, un macho de esos que se acercan por la noche a las casas para marcarlas como parte de su territorio con ese olor tan fuerte y tan desagradable. Se acercó despacio hasta apoyar las rodillas en la

bañera. Desde allí, la distancia era tan corta que le permitía distinguir una cabecita con dos orejas puntiagudas. Su primera intención fue proferir un grito reforzado por un par de palmadas para ahuyentar al bicho. Pero el alboroto, en medio de la noche, también habría importunado a los vecinos. Incluso a él, y eso que el ruido rara vez molesta a quien lo hace. Giró la cabeza buscando alternativas. La forma alargada de una toalla le sugirió una maza blanda con la que podría golpear el cristal sin hacer apenas ruido pero con la contundencia suficiente para poner en fuga al intruso. Con movimientos cautelosos, alcanzó la toalla y se enrolló un extremo a la mano derecha. Luego, levantó lentamente el brazo armado, lo blandió y ya iba a descargar el golpe incruento cuando, sobre lo que juzgaba un lomo, apareció una nueva bola, mucho más pequeña que la que había llamado *cabecita*. Comprendió que el visitante no era un macho marcador, sino una hembra en busca de un refugio para sí y para su cría. Esto lo cambiaba todo. Tanto, que el brazo armado se le vino abajo y dejó que la toalla cayese al suelo. Lentamente, levantó la otra mano y la fue acercando hacia el cristal. Tenía la sensación de que sus movimientos eran observados con detenimiento desde el otro lado, así que procuró que sus dedos trazasen su vuelo con la mayor delicadeza. Sus pretensiones eran contrarias ahora a las que lo impulsaban hacía sólo un instante. Ya no quería asustar al animal. Por eso no dirigió la mano directamente al tirador de la ventana, sino que apoyó sobre el cristal la yema de un dedo, el índice, y la mantuvo allí unos segundos. Luego, muy despacio, acercó un nuevo dedo, y otro, y otro, hasta que su mano casi ocultó la silueta contrapuesta. Le pareció que el animal se apretaba contra su palma abierta, y quiso abrir la ventana ya, pero lo contuvo el miedo a que su precipitación pudiera desvanecer el conjuro de aquella transcaricia. Y, sin embargo, no iba a quedarse inmóvil el resto de la noche. Milímetro a milímetro, fue retirando

la mano del cristal mientras la otra empuñaba la manilla y la giraba con la mayor precaución. A pesar de todos sus cuidados, del interior del mecanismo surgió un chasquido que lo sobresaltó. Estuvo a punto de soltar la empuñadura, pero vio que la gata, lejos de iniciar la huida, se enroscaba aún más sobre su pequeño, cuya protección la preocupaba más que la suya propia. Aliviado, terminó de girar la manilla. Con una leve flexión de su brazo entreabrió un leve resquicio a través del cual deslizó la mano hasta alcanzar el cuerpo de la gata. Sintió que sus dedos extendidos se hundían en un mar de terciopelo. Estimulado por la bronca respiración con que el animal agradecía sus caricias, dibujó espirales que cubrían una superficie cada vez mayor del cuerpo confiado. Con la otra mano tiró de la hoja para abrir del todo la ventana. Dos ojos húmedos y brillantes lo miraron como si quisieran decirle algo. Aquella mirada indescifrable lo hizo sentirse importante, importante y feliz. Porque había en ella tanta confianza, tanta entrega, tanto amor... O no, amor no sería. Pero lo cierto era que ninguna otra mirada se le había colado tan adentro, ninguna le había provocado una emoción parecida. Sin que su gesto despertara el menor recelo de la madre, separó el pedazo de fieltro negro que se acurrucaba en el vientre de la joven y se lo acercó mucho a la cara para tratar de distinguir en él los rasgos de una cara, pero no le fue posible. Lo que tenía entre sus dedos no era más que un jirón de sombra. Lo recostó contra su pecho y tendió la otra mano a la gata, que, sin peso apenas, recorrió el brazo para compartir el galope enloquecido del pecho que los acogía a ella y a su pequeño. Con ellos abrazados, cerró la ventana y regresó a la cama. Se tendió y los acomodó a su lado. A pesar de su excitación, tuvo la lucidez necesaria para comprender que en algún momento de la noche podría girarse sobre el colchón y poner en peligro al bebé. Incorporándose sobre un codo, abrió un poco el cajón de la mesilla y preparó una especie

de canasta con los calcetines que había usado durante el día. Antes de poner al pequeño en su nueva cuna consultó a la madre con la mirada. Ella estaba de acuerdo. Volvió a tenderse junto a la gata, la puso sobre su pecho y la estuvo acariciando hasta que ambos, fundidos los dos pálpitos alocados, se durmieron. Cuando despertó, su mano trató de reanudar el movimiento que horas antes el sueño había interrumpido, pero el pelo, más largo y suelto que entonces, abría sus hebras para dejarlo acariciar una piel que se prolongaba en una curvatura impropia felina al llegar a las caderas para prolongarse más allá del alcance de sus manos, acoplada entre sus muslos, amoldada a su vientre, mecida sobre su pecho con un ritmo humanamente sosegado. No necesitó abrir los ojos para saber que la piel de este nuevo sueño tenía el color sonrosado del alba, como de un negro nocturno había sido la que acariciara en el otro sueño. Y se negó a despertar.

Lo hizo, sin embargo, cuando, en algún lugar de la alcoba, restalló un vagido acuciante, y el cuerpo que había dormido abrazado al suyo se apartó de un salto para atender diligente la demanda. Medio inconsciente todavía, con los ojos velados por una turbiedad metálica, dirigió la mirada hacia el cajón de la mesilla, que estaba cerrado. Buscó luego los calcetines y los vio desparramados por el suelo, como cada mañana. Se volvió entonces hacia el otro rincón de la alcoba, en el que deberían estar sus pantalones y su camisa, tirados de cualquier manera sobre el sillón, y en lugar de eso se encontró con las nalgas más hermosas que jamás había visto. De espaldas a la cama, inclinada sobre el sillón, una mujer le ofrecía la visión más rotunda y mollar de su anatomía. La imagen lo impactó con tal contundencia que su mente cayó en un estado cercano a la estupidez al tiempo que su cuerpo se sumía en una inanidad que habría sido completa a no ser por el vigor con que crecía una palmera en el oasis de su

vientre. En ese estado de indigencia mental y anhelo carnal se mantuvo hasta que, restablecido el silencio, la joven se irguió y se volvió hacia él, con el niño dando chupetones a uno de sus pechos. Habría jurado que no la conocía de nada, a no ser porque sus ojos eran los de la gata que se había refugiado en su ventana. Quiso preguntarle: «¿Eres la gata, verdad?», pero le pareció tan ridículo dirigirse así a la desconocida que permaneció callado. Sufrió una conmoción tan grande que le habría llevado horas encontrar una manera lógica de expresarse. Mucho menos le llevó a ella reparar en la palmera. Sonriendo, devolvió el niño al sillón, se fue a los pies de la cama y gateó sobre ella dispuesta a compensar a su anfitrión por el albergue que le había brindado aquella noche.

Ultiprólogo

De regreso a su casa, un hombre ebrio ve una joven que da el pecho a un recién nacido en un portal. A su pregunta, la chica responde que no tiene donde pasar la noche. En medio de su embriaguez, el hombre le ofrece su casa. Esa noche, el hombre tiene un sueño que sirve de comienzo al relato. ¶ Termino esta colección igual que la empecé: con una reflexión acerca del matrimonio.

INJERENCIAS

El amor entre un hombre y una mujer debería ser un asunto privado. O sea, de ellos solamente. Si al conocerse presienten que juntos serían más felices de lo que vienen siendo por separado, es su derecho y su responsabilidad comprobar la certeza de esa intuición consumando el acto más íntimo que puede llevar a cabo una pareja. Si su buena sintonía supera la prueba del colchón, el paso siguiente será la convivencia.

Ahí quedaría todo si los amantes pudieran aislarse del resto del mundo. Sin embargo, para bien o para mal, la sociedad en la que viven se rige por un sistema fiscal. Unos cálculos elementales convencerán a la pareja de la conveniencia de inscribirse en el registro civil como matrimonio, formulismo burocrático que les permitirá vivir su amor con el confort que da navegar a favor de la corriente.

Pero la sociedad no solo se apoya en reglas escritas. Más influyentes, si cabe, son algunas costumbres que, lejos de perder fuerza con la modernidad, se han perpetuado gracias a la sumisión de las nuevas generaciones. Lo habitual es que cada miembro de la pareja tenga su familia, amigos, conocidos, que se molestarán si no los mantienen informados de sus variaciones emocionales. Esta injerencia fulmina, en la mayoría de los casos, la privacidad del amor.

Resignada o ilusionada, la pareja suele plegarse con docilidad a una boda bendecida por la Iglesia, rito ampuloso y entrometido. Porque si el funcionario del registro solo les había pedido algunos datos, el cura, que dice hablar en nombre de una divinidad, los hace jurar un compromiso perpetuo, condición que, en todo caso, debiera haber salido de ellos.

Por lo general, al hombre todo esto lo trae al paio, pero a la mujer... El vestido, las invitaciones, el banquete... A fuerza de oírlas, la novia ha asumido unas cuantas certezas utópicas como que ese día es el más importante de su vida o que su vestido hará que parezca la mujer más bella del mundo. Y también algún que otro anhelo inconfesable, como que su boda debería eclipsar la de su prima, que logró reunir nada menos que ciento cuarenta invitados.

Como no podía ser de otro modo, tanta expectación hace saltar las alarmas. ¿Y si ese día llueve? ¡Qué pena de zapatos, de vestido, de diadema! Y qué pena de todos, porque se les aguló la fiesta. O no. Seguro que X se alegra de mi fracaso. Y conociéndola, ¿por qué la invité? Por compromiso, claro. Y porque la necesitaba para reunir más asistentes que mi prima. Bueno, mejor me centro en lo que realmente importa. A ver: algo nuevo, algo viejo, algo prestado, algo azul...

De todo lo anterior no debe desprenderse que el hombre se acerca al acontecimiento crucial de su vida con una indiferencia absoluta. Es solo que a él lo interesan otras cosas. Bueno, en realidad, solo una: su despedida de soltero, el día o el fin de semana que pasará bebiendo con sus amigos y recibiendo las caricias de una profesional del sexo. Tiempo habrá para amuermarse con la aficionada: hasta que la muerte, o lo que sea, los separe.

ÍNDICE

EL CONTABLE	3
Presentación	4
La provocación	7
Kiki y Bobo	32
No soy Henry	55
OTROS CUENTOX	71
Aclaración	72
El fraile curioso	74
La profanación	77
Yoli	80
Spleen	85
Susana	96
Mi primera vez	115
Amnón	117
La amiga embarazada	119
Paloma	123
La adúltera	127
La risa	133
Todos contentos	135
El 69	140
Aurora la Ventera	142
Bovary	146
La gata	155
Injerencias	160